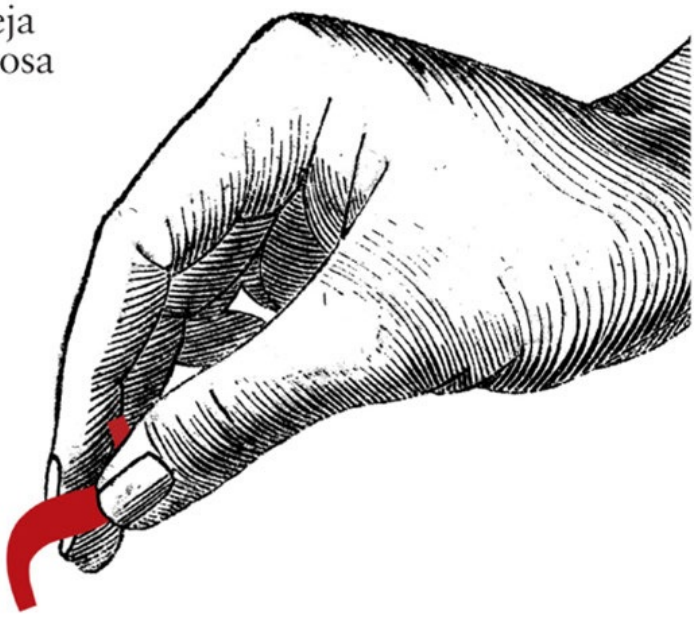
El español es un mundo

Lola Pons Rodríguez

La lengua no cambia
la sociedad, pero la refleja
con una nitidez asombrosa

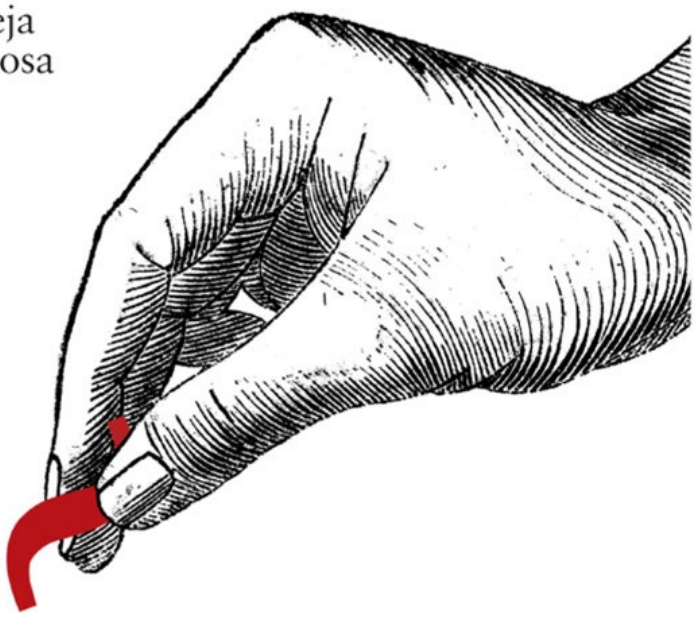


arpa

El español es un mundo

Lola Pons Rodríguez

La lengua no cambia
la sociedad, pero la refleja
con una nitidez asombrosa



arpa

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO

Lola Pons Rodríguez

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO

arpa

© del texto: Lola Pons Rodríguez, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-18741-80-7

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. EL ESPAÑOL EN UN MUNDO DE LENGUAS

La lengua vaciada

Lengua capacitada

Ventajas de despreciar la lengua ajena

No hablo español, hablo sobrecastellano:

otros nombres de nuestro idioma en la historia

La historia sumergida de los nombres de lugar

Un río de Colombia, un pueblo de Sevilla

Clamar (en español) en el desierto

Nostalgia de lo que abandonamos en Argelia

Antes de Leonor: las otras reinas políglotas

Hable como la reina

SEGUNDA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE SONIDOS

Almohadillas para un civismo ligero

Me estás ofendiendo. Y punto.

Dos sonidos en cambio en español: r y l

Madrí, Madriz, Madrit: la d final en español

Palabras para entender por qué perdemos la d

Los mapas ya no son firmes

Acento andaluz: orgullo y prejuicio

No disparen al acento

TERCERA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE LIBROS

El libro, unidad de medida

Cuando la literatura cambia los mapas

22 de agosto de 1992: un día de furia y libros

La novela de vivir bajo el volcán

Antaño y hogaño

Aquí está Andalucía

A la calle con los libros

Bienvenidos al Museo de los Engaños

CUARTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO GRAMATICAL

No los caigas

Un presente entre dos futuros

Hay problemas con el verbo haber

Dobles andantes en los verbos

QUINTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PECADOS

Ocho pecados

La soberbia

La gula

La ira

La lujuria

La avaricia

La envidia

La pereza

SEXTA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PALABRAS

Ten cuidado

Cuando vale era adiós y hola una sorpresa

Ni nosotros ni alguien ni quienes:

palabras que el español antiguo no tenía

Covidiota, balconazis, cuarempena... los neologismos que nos ha traído la pandemia de covid-19

Mentalidad, novedoso, marrón: palabras que son más modernas de lo que crees

Historia de la palabra cuñado

La religión en la lengua

Pavo real y pavo irreal

Pegasus: las trampas de un nombre

Fumarola para las palabras del año 2021

SÉPTIMA PARTE. EL ESPAÑOL EN UN MUNDO HOSTIL

El conflicto en las lenguas: tres episodios

A golpes con las palabras: bofetadas, porrazos y zascas en el español

Cólico simbólico

Ni paraíso sin serpiente ni cielo sin nubes 2

La victoria lingüística del terrorismo

Cómo se apellida un nazi

El ruido desde la montaña

La Granada rusa

Alfabeto soberano

Toda Ucrania en una maleta

De quién es la guerra

OCTAVA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO POLÍTICO

Y llega la mojiganga

Una forma muy política de escurrir el bulto

Nueva ley de educación: del jardín ideal al bosque real

Un viejo rey y el Estado de las autonomías

Simón Bolívar en Grecia

El idioma de Fidel Castro

Adicciones poco sustanciosas

Inventada la fórmula de la visibilidad política

La Constitución y sus piedras llorosas

NOVENA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE GRANDES

Cuando Castilla llegó a la Luna

Nebrija y la libertad

Anacardos y galardones

El delantal de los apuntes de Concha Casado Lobato

Nazis y peronistas organizan una cita a ciegas

Almudena es nombre de novela

DÉCIMA PARTE. EL ESPAÑOL ES UN MUNDO PROFESIONAL

Los archivos: Jano no pide aduanas

Terraplanismo y etimología

Once mil vírgenes, pero ningún corrector

Lorem ipsum

Eso que usted lee en la prensa

INTRODUCCIÓN

Hablar de un mundo es señalar a una totalidad de entidades: desde el todo el mundo que acude a una fiesta (aunque sean solo diez los invitados que asisten) al mundo de la política o de la cultura con que, de manera imprecisa, se señala a determinados conjuntos de dominios que resultan de interés mediático. Si no estás en el mundo es que no eres consciente de las aristas más feas de la realidad, se te cae el mundo encima cuando percibes lo afiladas que estas pueden llegar a ser y te comes el mundo si, pese a esa complejidad, sacas coraje y sigues caminando. Una parte de ver mundo es viajar por distintas geografías pero otra, y no menor, es transitar por mapas intelectuales distintos a los recorridos habitualmente. Nos parece que un mundo es una totalidad pero cuantificamos su existencia en numerales: primer mundo, tercer mundo y, aunque todos los continentes tengan la misma antigüedad geológica, nuestra visión de la historia nos hace hablar de América como nuevo mundo y de Europa como viejo mundo. Es evidente: con la lengua flexibilizamos y humanizamos nuestra concepción del mundo, más personal que cosmológica. El mundo es, primariamente, nuestro mundo, más bien pequeño.

En ese mundo, las lenguas con que nos manejamos son nuestro vehículo de comunicación y de transmisión de ideas, nuestras aliadas en el ámbito más íntimo y doméstico y el instrumento principal con que accedemos a la ciencia, el arte y el desarrollo tecnológico que parece guiar la evolución actual. En su diversidad dialectal, en su realidad cambiante, en todo lo que los textos del pasado nos revelan de cómo antes se veía lingüísticamente la realidad, las lenguas son, todas ellas, un mundo. En este libro se habla de varias lenguas, pero sobre todo se fija la atención en una: el español.

Hace años comencé a escribir en medios sobre cuestiones de lengua, de historia del español y de dialectos hispánicos. Dos libros divulgativos anteriores a este, Una lengua muy muy larga y El árbol de la lengua (ambos en Arpa Editores) albergaron, en 2016 y 2020 respectivamente, los textos de esas incursiones de periodismo lingüístico y de divulgación. Ambos libros abrieron en mi carrera de investigadora y profesora universitaria una línea que yo en ningún caso había previsto y que con El español es un mundo se completa a modo de trilogía. Este libro recoge ochenta textos escritos por mí de 2020 a 2022; se trata de textos

publicados en distintos medios (sobre todo en el periódico El País, en su sección de Opinión y en algún caso en Verne; las revistas Archiletras, Mercurio y Jot Down) o leídos en ocasiones especiales (Elogio del Día del Libro 2020, discurso de recogida del premio Miguel Delibes 2021); dichos textos se ofrecen aquí revisados, ordenados temáticamente y algo actualizados.

En ellos hablo de lengua, de cultura lingüística o de historia del mundo. Son textos que se fueron escribiendo en el año del coronavirus, en los meses iniciales de la guerra de Ucrania, en la inquietud por el cambio climático, sentada cuaderno en mano en la primera fila de la actualidad, sin quitarme las gafas de filóloga e historiadora de la lengua pero al lado de cronistas de la realidad, periodistas y escritores. Reviso ahora estos escritos y me veo menos inclinada al humor y a la pizarra que en otro tiempo, más crítica pero más expuesta también. Mi manera de escribir ha ido transitando por estos mundos nuevos: opinión, política, sociedad, pero he seguido con las mismas gafas puestas. Espero que el lector siga encontrando en estos textos mi mundo, mi visión de las cosas, siempre viendo la realidad del momento en relación con los usos lingüísticos actuales o heredados del pasado, empeñada en defender que casi todos los hechos tienen una lectura lingüística de la que somos responsables y de la que debemos ser conscientes.

En abril de 2022 llegó al mundo un nuevo miembro de la familia editora de los Palau, tañedores de todo lo que suena en Arpa Editores.

Para Maya, con mi bienvenida al mundo.

En Sevilla, a 4 de septiembre de 2022

PRIMERA PARTE

EL ESPAÑOL EN UN MUNDO DE LENGUAS

El español es una más de las lenguas del mundo; como tal, convive con otras, se mira en ellas y se relaciona en el mismo juego cambiante de fuerzas que tiene una relación humana. La convivencia puede ser directa dentro de un mismo país o indirecta a partir de las relaciones de contacto comercial o admiración cultural que establecen dos sociedades. El español, por ejemplo, convive en España con el catalán, el gallego o el euskera de forma oficial, se relaciona con el inglés en lugares tan reducidos como Gibraltar en España o tan extensos como Estados Unidos, gran espacio hispanohablante. En estas páginas leeremos sobre cómo se maneja el español en ese mundo de lenguas y cómo nosotros, los hablantes, vinculamos al español con otros idiomas: el plurilingüismo de la corte española, nuestra rendición sin condiciones a algunos anglicismos, la fraternidad que supone que dos lugares lejanos en el mundo compartan una lengua o la historia de cómo, sin salirnos de esta misma lengua, hemos variado nuestra forma de llamarla, como si fuera un idioma distinto. No hay lengua absolutamente aislada de otras; vivir en el mundo es vivir en un mundo de lenguas.

LA LENGUA VACIADA

Iban a la misa de tarde, se sentaban en la oscuridad fresquita de la iglesia: unos minutos de silencio, el murmullo de la plegaria en común, el esquema repetido de un rito. Al salir se encontraban con la calentura que brotaba del suelo de su pueblo de Andalucía, el alboroto de la casa o el abejeo de una preocupación en la cabeza. No puedo valorar si esa rutina de mis abuelas era sincera piedad ante lo sagrado o un rato merecido de autocuidado y de introspección, pero se parece a la llamada a la meditación y a la respiración consciente que hoy se denomina mindfulness.

Por algún lugar de la casa deben estar arrumbados, con los dobleces de la dejadez, los manteles de punto que ellas cosían con dibujos concéntricos cuyas ondas variaban desde el centro. Las puedo recordar embebidas en esa práctica, inventando o no sus formas perfectas, con el cálculo hecho a mano y la finura de la vieja labor. Hoy esos diagramas se llaman mandalas, les echamos encima una interpretación oriental que en general no entendemos y nos parecen entonces una práctica refrendada. La artesanía de la almazuela se ha popularizado como patchwork; la parte final, más artística y creativa, de los viejos cuadernillos de caligrafía es ahora la base de volúmenes caros de lettering y en YouTube los prescriptores nos enseñan a hacer diy (‘do it yourself’, pronúncielo el lector ‘di-ei-guay’), o sea, manualidades que son tan de dudoso gusto como las que ornaban los televisores de antes. Los ejemplos podrían seguir.

En la lengua los hablantes sentimos particular gusto por reemplazar las palabras que hemos heredado en favor de otras nuevas, las que hacemos propias de nuestra generación. Las vemos más exóticas, más originales, más exclusivas, menos manchadas de ranciedumbre o de adherencias de otro tiempo. La renovación léxica es propia de cualquier lengua y buen síntoma de que esta se mueve y está viva. No es raro que un mismo concepto cambie de nombre porque los hablantes rechazan la vieja palabra en favor de la nueva: el alfayate medieval fue llamado sastre a partir del siglo XVI y otros arabismos fueron reemplazados por la consciente acción de los hablantes. Tan común es este proceso como la crítica que genera. Ante cualquier caso de sustitución en el vocabulario, la renovación léxica suscitará la desaprobación del purista, el abrazo del amante de la novedad y la mirada desapasionada del estudioso de la lengua, que se limita a

observar qué hace la sociedad para diagnosticar por dónde va transcurriendo el cambio lingüístico. No es nada nuevo ni sorprendente. Pasa en la lengua y pasa en otras áreas de la vida: en política, el que viene pretende limpiar el despacho que ocupa, cambiar las fotos y modificar las leyes; en los bares, el nuevo cocinero sustituye la carta del anterior aunque hubiera platos estupendos.

Pero no hablo del vocabulario, no me alarmo ante la palabra que postergamos por otra. Hablo de los versos de Ángel González: «Cuando un nombre no nombra, y se vacía, / desvanece también, destruye, mata / la realidad que intenta su designio». Con la palabra nueva estamos barriendo la validez de los hábitos de antes. Postergamos las palabras con que se nombraban muchas de las prácticas cotidianas de nuestros viejos para adoptar palabras nuevas a las que le conferimos una trascendencia ideológica de la que con toda simpleza hemos desposeído a las palabras de otro tiempo. No solo nos traemos a la palabra foránea sino a toda una ideología que la rodea, una ideología que, curiosamente, contribuye a que consumamos y paguemos por aquello que, con otro nombre, hacían nuestros abuelos prácticamente sin abrir la cartera.

Esto no quiere ser un canto a luchar contra la novedad léxica. La palabra nueva prestigia y es humano que ello ocurra, pero es triste que sea a cambio de que lo viejo se desprestigie y que lo asociemos a algo más rancio y menos legítimo. Estamos orillando con desdén las prácticas de los mayores, vaciando la lengua de sus palabras: tu abuela haciendo punto es una carca, pero si tú te metes a knitter es que haces cosas por ti mismo para huir del capitalismo y buscar la sostenibilidad.

Las palabras que usamos dicen mucho de cómo somos, también dicen qué somos como sociedad. Somos la sociedad que huye volando de la vejez con la capa inventada del neologismo. Somos la sociedad que ha despreciado el huerto en que pasaban las mañanas los abuelos y luego se ha llenado la boca hablando de local food y de las lentejas veggies. No es lo peor que le hemos hecho a nuestros viejos últimamente, pero les estamos haciendo el vacío a sus palabras. Qué irrespetuosos podemos llegar a ser, qué adanistas, qué tontos, madre mía. Oh my God.

LENGUA CAPACITADA

Fue hace un par de meses en una comida de trabajo: abrumado porque habíamos concurrido más comensales de los concertados, el camarero resopló tratando de cuadrar el desajuste y preguntó: «A ver, ¿cuántos menús tenemos: ocho personas y dos veganos o diez personas y dos veganos?». Fue la anécdota lingüística de la comida y los dos veganos del grupo tuvieron que escuchar alguna broma. Es lógico que en el ámbito de una comida alguien se identifique como vegano, mientras que no lo sería que el grupo hubiera sido separado internamente según la condición de rubios, miopes o béticos de sus componentes. Con la distancia debida, tal es el razonamiento que hacen las personas con discapacidad cuando piden que no hablemos de discapacitados de forma general, que no digamos que una persona concreta es un discapacitado o una persona discapacitada sino que optemos por decir persona con discapacidad o que tiene una discapacidad. Lo que define a una persona con discapacidad, dicen los colectivos implicados, no ha de ser de forma exclusiva su discapacidad: tal es solo una parte de su identidad, en algunos casos la más visible, posiblemente la que implica un reto mayor para la sociedad, pero no la única. Igual que hablamos de personas con cáncer o con VIH (que serán, simultáneamente a ello, tipos simpáticos, desagradables, tacaños o veganos) deberíamos hablar, por ejemplo, de personas con autismo, pero no de autistas.

La tradición filosófica codificó esta diferencia: entre las disquisiciones escolásticas que ocuparon a nuestros antepasados medievales estaba la cuestión de cuál es la esencia de la naturaleza humana y cuál es la parte accidental que la cubre; lo esencial se tenía por la sustancia y sustanciales eran sus aspectos identificativos. En la tradición gramatical se llama sustantivos a los nombres (persona es uno de ellos), y al sustantivo se le colocan todos los accidentes o adjetivos que se quiera. Cierto es que, en la lengua, ser y tener son conceptos próximos: los latinos expresaban la pertenencia con el verbo ser en el dativo posesivo (est mihi pomum, literalmente «la manzana existe para mí», significaba «tengo una manzana») y basta contrastar lenguas para advertir que son nociones trasvasables; en español, la edad se tiene pero en inglés uno es los años («tengo 20 años» frente a «I am twenty»).

La sutileza que diferencia tener y ser lingüísticamente es en lo que se refiere a la

discapacidad más significativa de lo que aparenta y no me parece un nuevo episodio de mojigatería lingüística. La corrección política es una pesadez porque pretende disfrazar lingüísticamente aquello que no quieren que veamos, pero aquí estamos hablando de la corrección lingüística, que atiende a dar con inteligencia el nombre exacto a las cosas. Ese nombre exacto ha tardado en lograrse, bien es cierto, y ni siquiera hoy es unánime: junto con el sintagma persona con discapacidad circulan otras formas, algunas de ellas aceptadas dentro de los colectivos, que resultan poco claras a oídos de las personas sin discapacidad; tal es el caso de diversidad funcional o de la etiqueta capacidades diferentes.

El sintagma persona con discapacidad está refrendado por nuestra tradición jurídica; la Ley de Dependencia de 2006 lo incluyó y señaló la necesidad de evitar el término minusválido; hay una Ley General de Discapacidad de 2013 donde no aparece ni una sola vez la palabra discapacitado.

El informe de la Real Academia Española (enero de 2020) sobre la modernización lingüística de la Constitución Española actual (1978) se centraba en contestar a la cuestión planteada por la vicepresidenta de España Carmen Calvo: la posibilidad de cambiar la forma lingüística de la Constitución para dar cabida al lenguaje inclusivo. En sus más de 150 páginas, tal informe es una respuesta sensata a la cuestión del sexismo, que no condena que alguien quiera desdoblar, pero tampoco impone al texto legal un empleo que de momento no está extendido en el uso común y prestigiado que la RAE describe. El informe atiende también a algo por lo que el Gobierno no preguntó de forma explícita, pero que despierta una sensibilidad unánime: en el artículo 49 de nuestra Carta Magna se habla de la «integración de los disminuidos», que la RAE propone reemplazar por los discapacitados.

A diferencia de los desdobles del lenguaje inclusivo, que tan difíciles resultan para la lengua cotidiana, hablar de personas con discapacidad o que tienen una discapacidad frente a discapacitados no es una cuestión de morfología (o sea, interna a la palabra, como sí lo es el desdoble andaluces y andaluzas) sino de léxico. En general, los cambios lingüísticos se difunden rápidamente si se trata de palabras, mientras que las innovaciones morfológicas son más difíciles de generalizar. Seguramente no hay particular impedimento para que en el lenguaje común y periodístico adoptemos el sintagma persona con discapacidad y no es una barbaridad pedir que, llegado el momento, se cambie ese disminuidos de la Constitución por personas con discapacidad, por coherencia con lo que circula

en otros textos legales.

Esto no es seguramente ni lo primero ni lo más urgente en la agenda de reivindicaciones que demandan los colectivos de personas con discapacidad, pero sí es lo único que, como filóloga, puedo hacer con mis textos que, en sustancia, quieren ser un espacio desde el que acercar la lengua a la sociedad.

VENTAJAS DE DESPRECIAR LA LENGUA AJENA

La existencia de un enemigo es un gran pegamento social. Mientras que los romanos tuvieron bárbaros contra los que luchar o que tener presentes como rivales acechantes al otro lado de la frontera, contaban con un elemento simbólico para llamar a la acción, fortalecían su imagen de civilización legítima, se cohesionaban contra un agente externo amenazante. El escritor Constantino Cavafis lo sintetizaba en el final aplastante de su poema «Esperando a los bárbaros»; tras años esperando la invasión de los bárbaros, alguien se inquietaba en el foro: si estos bárbaros no existen, ¿qué haremos ahora? «Esta gente, al fin y al cabo, era una solución».

En el debate en torno a los nacionalismos en España, la lengua lleva tiempo funcionando como pegamento ideológico utilísimo a conveniencia. Los nacionalistas han extendido la idea de que hablar español en regiones históricamente bilingües es la herencia de unos aviesos invasores, y sus adversarios políticos han propagado la creencia de que no hablar en español en tales zonas es un posicionamiento ideológico y una provocación. Las lenguas de España tristemente han hecho un gran servicio político a la construcción ideológica; es más, cada vez que un territorio ha querido construir su propio partido nacionalista ha tratado de buscar la posibilidad de perfilar lingüísticamente su ideología.

Y esto, claro, no ha salido gratis; de esta manipulación de las lenguas han derivado ideas que han terminado arraigando socialmente y que están interiorizadas en muchos españoles, como la de que si hablas vasco eres sospechoso, si quieres aprender gallego no siéndolo eres un esnob, o que si defiendes que la escuela catalana no debe imponer el monolingüismo en catalán, eres un enemigo de Cataluña. Esta utilización política de las lenguas es responsable de la falta de sensibilidad lingüística que tenemos en España, porque abona la falsa idea de que hay una lengua mejor que otra.

Entretanto, al tiempo que hemos permitido que los idiomas sean manipulados como identificadores ideológicos, la lengua, cualquiera de ellas, ha seguido siendo el vehículo para construir conocimientos, para edificar parte de nuestra identidad social, para desenvolvernos personal y profesionalmente. Y mientras

se debate en el foro sobre si las plataformas audiovisuales deben incluir un porcentaje de producción en otras lenguas oficiales, el hijo de un migrante se sienta en un aula de un instituto español sin acompañamiento lingüístico relevante, destinado al fracaso escolar. Mientras se discute sobre cuotas de lenguas en entornos oficiales, en los colegios españoles los niños son incluidos en unos programas bilingües que enseñan los nombres de cada esquina del sistema digestivo en inglés, relegando la terminología científica ya existente en nuestras lenguas y apartándose de la intención pedagógica original de estos programas. Mientras que alguien grita sobre la necesidad o no de rotular en dos lenguas los carteles institucionales, y unos y otros se enfadan pensando que su lengua corre un peligro inasumible, un número insoportable de estudiantes acaba la enseñanza obligatoria con graves dificultades de expresión y comprensión oral y escrita.

Pues claro que este país tiene un problema con la lengua y su enseñanza, pero, en lugar de arreglarlo, lleva años entretenido construyendo a los bárbaros, porque políticamente esta gente, al fin y al cabo, es una solución.

NO HABLO ESPAÑOL, HABLO SOBRECASTELLANO: OTROS NOMBRES DE NUESTRO IDIOMA EN LA HISTORIA

Una cantante de Barcelona (Gisela) y otra de Tamaulipas, México (Carmen Sarahí) interpretaron en la gala de los Óscar de febrero de 2020 la misma canción de la película Frozen de Disney; ambas cantaron la misma versión musical, pero los rótulos anunciaron que una, la española, cantaba en castellano y la otra, mexicana, en español. Los espectadores hispanohablantes reaccionaron de inmediato: cantaban en la misma lengua, ¿por qué esos dos nombres? Ambos se entienden como sinónimos, aunque hay una carga ideológica o, cuando menos sentimental, en nuestra preferencia por uno u otro.

En la Edad Media nuestra lengua era llamada generalmente romance, término que deriva de ROMANICE y con el que se denominaba a todas las lenguas hijas del latín; estas eran nombradas también como ‘lenguas vulgares’ por contraste con la lengua culta, el latín. Términos como castellano o lenguaje castellano se empiezan a usar en el siglo XIII y pronto se establece una equivalencia entre castellano y español que se ha mantenido con las tensiones, preferencias y connotaciones propias de cualquier debate como este, que afecta no tanto a las lenguas como a las cuestiones políticas y emocionales que estas implican.

La elección de nombre para la lengua que hablamos no es neutra, en absoluto, pero en otro tiempo el debate tuvo en juego algunos nombres más. Uno de ellos hacía la terna junto a castellano y español: idioma nacional. Para entender la génesis de esta forma de denominar al español hay que situarse en la época de la independencia de las antiguas colonias españolas en América. Tras la separación, algunos sectores políticos y culturales de las nuevas repúblicas trataron de fundar también su propia independencia intelectual con respecto a la metrópoli, y ello llevó a ver con recelos ese obvio espacio cultural compartido que da una lengua común. En ese contexto, hay que entender que se propusiera y extendiera (en México y sobre todo en Argentina) el nombre idioma nacional como forma de llamar a la lengua. La idea de fondo era muy propia de la mentalidad decimonónica: la concepción de que un estado ha de tener una lengua propia (y solo una). Así, desde mediados del siglo XIX, sucesivas normas legales argentinas hablan del idioma nacional como lengua de los argentinos, y, por ejemplo, en 1884 la Ley de Educación Común incluía para los colegios

argentinos la asignatura «idioma nacional» como materia escolar. Aunque la ley no indicaba de forma expresa qué idioma era ese de la nación, se trataba, obviamente, del español, que por sus giros y usos propios se consideraba una forma capaz de ser llamada de manera distinta al español o castellano de la metrópoli.

La expresión idioma nacional solo tuvo fortuna en Argentina. Se terminó sintiendo como una forma encubridora de la realidad lingüística del país, y cayó en desuso. Tampoco tuvo mucha fortuna el nombre de idioma argentino que se usó también en alguna ocasión. Este nombre resulta paralelo a otros similares que han nacido en países que tenían una relación conflictiva con otras naciones de lengua compartida; así, en Estados Unidos llegaron a llamar en el XVIII al inglés language of the United States, o bien American tongue o incluso National Language. Y hay casos similares en otros contextos: en el primer tercio del siglo XIX los brasileños comenzaron a llamar a su lengua idioma brasileiro o lingua nacional y, en el convulso contexto de la Europa de entreguerras, el alemán nos dio otro ejemplo: antes de que Austria quedase incorporada a la Alemania nazi como una provincia del III Reich, los colectivos políticos contrarios a esa anexión reivindicaron que se llamase austriaco al alemán de Austria, como forma de reivindicar su independencia de Alemania.

Años antes de que se propusiera y extendiera el sintagma ‘idioma nacional’ como forma de llamar a la lengua, en América se hicieron algunas otras propuestas rompedoras en torno al español: en 1837 el político Juan Bautista Alberdi (1810-1884), se planteó que en Argentina se adoptara el francés como lengua oficial, en la idea de la emancipación lingüística resultaría clave en la consolidación de la independencia política de Argentina (de hecho su artículo al respecto se llamó «Emancipación de la lengua»). Para Alberdi, Argentina, convertida en república tras independizarse de España, adquiría un vínculo con Francia, patria de las repúblicas. Esto no es un movimiento completamente original, ya que algo parecido se había propuesto en Estados Unidos: en el conflicto de tensiones que Estados Unidos tuvo hasta lograr su independencia, algunos congresistas propusieron reemplazar el inglés, lengua de la metrópoli británica, y sustituirlo por otras lenguas; unos propusieron el hebreo y otros el griego.

El último nombre olvidado para el español fue sobrecastellano. Este término no tuvo apenas circulación más allá de quien lo inventó como concepto: Miguel de Unamuno, quien lo usaba como forma de referirse a la actitud de integración de

variedades que debía darse en el español del siglo XX. En uno de sus frecuentes artículos periodísticos sobre la lengua, Unamuno defiende que, frente a la idea de un castellano castizo, propio de Castilla como región fundacional, habría que cultivar un sobrecastellano que aspirase a ser la lengua del futuro. Observando la revisión crítica que se hacía de la cultura española en América, con la querella de la lengua en Argentina como elemento de debate constante, Unamuno reaccionó contra el purismo lingüístico. El sobrecastellano debía ser, según él, el viejo romance castellano enriquecido por el contacto con nuevas culturas. La etiqueta se usaba con la idea de renunciar a privilegios lingüísticos europeos y buscar lugares de acuerdo y encuentro con América en la época justo posterior a la independencia de Cuba, pérdida tan dolorosa para la intelectualidad española. Por eso, apuntó también a hispanoamericano como nombre del idioma. Las denominaciones propuestas por Unamuno se olvidaron, como se terminó olvidando el idioma nacional que se quiso imponer como nombre de la lengua en Argentina.

LA HISTORIA SUMERGIDA DE LOS NOMBRES DE LUGAR

La toponimia (de topos, lugar, y onoma, nombre) que llena de palabras cualquier mapa del mundo es el resultado de un conjunto de decisiones en general anónimas por las que un espacio se ha bautizado con un nombre y ha sido simultáneamente acotado en su frontera. En ambos sentidos, un topónimo es el resultado de una limitación: se determina un confín, una divisoria respecto a otros lugares vecinos y se establece una característica que da nombre al lugar por encima de otras. Nuestros antepasados nombraron su entorno atendiendo en general a razones descriptivas muy básicas: el paisaje, el paisanaje y el administrador del terreno han sido los principales elementos que han quedado codificados en los nombres de lugar que nos rodean.

Así, los árboles que predominan en un lugar terminan cediéndole su nombre: almendros, olmos, álamos y encinas dan lugar a Almendricos (Murcia), Almendralejos (Badajoz), El Olmo (Segovia), Olmedo (Valladolid), Alameda (Málaga) o Encinas de Abajo (Salamanca). Otros nombres, aunque también de árboles, nos son menos reconocibles: La Felguera (Asturias, por su entorno de helechos, en latín FILICTUM), Albolote (Granada, en árabe Qaryat al-Bollu o alquería de las encinas), Uceda (Guadalajara, por el nombre del urce o brezo). Las características del terreno que se pisaba terminaban dando nombre al propio lugar: Laredo (Cantabria) se construyó sobre la tierra arenosa que se nombraba con el latín GLARETUM, derivado de GLAREA (arena) y Arnedo (La Rioja) fue también arenal como se percibe en su origen, el latín.

El paisaje que se queda caracterizado en el topónimo puede ser también el humano: lugares llamados Godojos (Zaragoza), Godos (Oviedo, Teruel) o Revillagodos (Burgos) nos informan de que los germanos visigodos que invadieron la península en torno al siglo V no siempre se mezclaron con la población local y que tuvieron poblaciones vistas desde fuera como lugares de godos, al igual que otras eran lugares de latinos (Romanos, en Zaragoza; Romanillos de Medinaceli, en Soria; Romanones, en Guadalajara). El topónimo suele ser creado por los propios habitantes del lugar, pero otras veces parece ser establecido desde fuera y en general hay mucha toponimia sobre los pobladores que han llegado a un territorio. Así, en la península fueron muy comunes los movimientos de población tras las campañas militares contra los musulmanes, y

la repoblación dio lugar a muchas migraciones del norte al sur que dieron nombre a pueblos llamados, por ejemplo, Villagallegos (en León), Mozárbez (Salamanca, por los mozárabes o cristianos en territorio musulmán) o Vizcaínos (en Burgos).

En ese mismo contexto de cambio entre la España musulmana y la cristiana, la toponimia se fue llenando de marcas que hoy interpretamos en clave histórica: los topónimos que en Andalucía y Extremadura remiten a León (Cañaveral de León, Arroyomolinos de León, en Huelva) o los muchos que en La Mancha cuentan con el apellido «de Calatrava» (Bolaños de Calatrava, Torralba de Calatrava) nos informan de cómo en el siglo XIII la encomienda de León o la orden de Calatrava asumieron, respectivamente, el control de estos territorios. La frontera entre los dos grupos humanos es dibujada en una parte de la toponimia de Andalucía entre Cádiz y Sevilla: Chiclana de la Frontera, Jerez de la Frontera, Arcos de la Frontera o Morón de la Frontera testimonian con su nombre su antigua condición de divisoria. Por otra parte, la fundación de muchas poblaciones en esta época quedó marcada para siempre en nombres como «puebla» (o pola, su variante asturiana) que significaban «poblamiento, lugar establecido con nuevos habitantes» y que llenan la geografía peninsular de Pueblas, Poblas, Pobras o Polas con diversos apellidos diferenciadores (La Puebla de Montalbán, en Toledo; Pola de Lena, en Asturias; Pobla de Vallbona, en Valencia; Puebla de Almenara en Cuenca...).

Otra toponimia, en cambio, es muchísimo más reciente: en época franquista se crearon trescientos poblados en España, fundados por el Instituto Nacional de Colonización que partían de pequeños poblamientos previos o que directamente se construían sobre la nada: Conquista del Guadiana (Badajoz) o Sancho Abarca (en Zaragoza, en homenaje al conde de Aragón del mismo nombre), muestran la diversidad de inspiraciones para esos nuevos nombres.

La suma de historia y lengua va conformando, pues, nuestra toponimia. Y esta es, para la filología, un recurso fundamental que sirve para estudiar aquellas partes de nuestra historia lingüística que son más desconocidas. Sirvan algunos ejemplos. Aunque la palabra latina RUBEU ha evolucionado a rubio en español (de ahí Covarrubias, en Burgos, por sus cuevas rojizas), conoció otra evolución, royo, que se conserva sobre todo en topónimos (Monroy, en Cáceres; Monroyo, en Teruel; Peñarroya, en Córdoba o Villarroya en La Rioja). Los topónimos nos informan también sobre gramática: aunque hoy la palabra valle es de género masculino, en latín fue femenina, de lo que da cuenta el topónimo Valbuena

(Valladolid, Salamanca, León...) y nos guardan palabras que se han perdido para el vocabulario general de nuestro idioma: el adjetivo pudio deriva de PUTIDUS (pestilente) y está escondido dentro de Ampudia (Palencia) salido del latín FONTE PUTIDA. La toponimia es también un recurso fundamental para conocer las lenguas que se hablaron en la península ibérica. Para la etapa prerromana, los topónimos son, metafóricamente, nuestros hablantes de celta, de ibérico o de tartésico. Sabemos, por ejemplo, que la terminación -briga (‘fortaleza’, por ejemplo, Segóbriga, en Cuenca) pertenece a los celtas y siguiendo la pista de la toponimia vemos dónde estaban situados o hasta dónde llegaba su influencia.

UN RÍO DE COLOMBIA, UN PUEBLO DE SEVILLA

Cada año, el Instituto Cervantes presenta su informe El español en el mundo, un anuario que resume las cifras de uso de la lengua española y su extensión global. El acto se desarrolla, por lo general, en la sede del Instituto Cervantes en Madrid, un lugar que provoca asombro y sobrecogimiento, ya que conserva la rotundidad de haber sido a inicios del siglo XX la sede del Banco Español del Río de la Plata: mantiene las cámaras acorazadas que en otro tiempo guardaron fortunas y apabulla con la grandilocuencia de cualquier construcción de inspiración clásica y dimensiones sobrehumanas. Igual que los textos conocen los fenómenos de borrado y reescritura que llamamos palimpsestos, los edificios presentan también estas nuevas vidas, reutilizaciones que se suceden, a veces en una inercia paradójica.

Hace casi cinco siglos, fue reescrito también un punto del mapa americano. En 1531, un explorador español llamado Antonio recorría el valle de Upar, al noreste de la actual Colombia, como miembro de una expedición que buscaba el curso del Magdalena. Río arriba hacia el interior el grupo dio con la confluencia de otro río desconocido y el expedicionario decidió bautizarlo con el nombre del pueblo de su abuelo: el río se llamará desde entonces Lebrija, como el municipio que está al sur de Sevilla y como el apellido que él mismo, nieto mayor, y su abuelo tuvieron oficiosamente. El abuelo de este explorador se llamaba también Antonio: fue Antonio de Lebrija, hoy más conocido como Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática completa de una lengua hija del latín, el mejor latinista de España en su tiempo, el intelectual valiente y capacitado que cambió la forma de leer las fuentes y de enfrentarse a los textos, insuflando viento de humanismo en programas de estudio cargados entonces de medievalismo y oscuridad. Abuelo y nieto convergieron, uno por vía programática y otro por vía anecdótica, en hacer un uso de la lengua con sentido fundacional, inaugural. En las denominaciones de ríos americanos (eso que la filología llama la hidronimia) conviven nombres castellanos con otros prehispánicos; los nombres de las tierras y de los caudales fueron en buena medida reescritos con la llegada de los españoles.

Las efemérides tienen también esa tendencia al palimpsesto y a la reescritura. La celebración anual del 12 de octubre nos lo confirma: este día, siempre el mismo

en el calendario, se llamó Día de la Raza durante esa explosión de penuria y pecho erguido que fue la España de una parte del siglo XX, y en la actualidad es institucionalmente el Día de la Fiesta Nacional. El 12 de octubre sigue siendo también, hoy como ayer, el Día de la Hispanidad.

La ideología nos ha hecho cambiar la percepción de lo que celebramos en esa fecha: hoy puede resultar difícil entender por qué es pertinente y tiene sentido conmemorar el Día de la Hispanidad; lejos ya de la ínfula imperial, debemos seguir festejando la cultura común generada del contacto entre Europa y América, esa cultura tan identitariamente hispánica que habla, entre otras lenguas, en el español del sevillano Nebrija y del colombiano Gabriel García Márquez. Y yo, desde Andalucía, pienso en ese río que fue palimpsesto, en la homonimia de las Lebrijas explicada por la historia y en la anonimia común y compartida de una hispanidad que se puede cuantificar en números dentro de un anuario, pero que es imposible de medir en cultura y oportunidad.

CLAMAR (EN ESPAÑOL) EN EL DESIERTO

Los saharauis son un ejemplo de paciencia histórica en medio de la dejadez poscolonial española, y son también, seguramente a causa de esa paciencia, un precioso ejemplo de lealtad lingüística. En los años setenta, al menos un 20 % de la población saharaui hablaba el español. Aun siendo colonia española, el Sáhara de entonces no estaba por completo hispanizado lingüísticamente: junto con cuarteles y soldados españoles, muchos saharauis seguían viviendo su vida nómada en una sociedad beduina que estaba muy poco alfabetizada y que usaba comúnmente para la comunicación su propia variedad de árabe (el árabe hasaní o hassanía). La evolución posterior de los acontecimientos cambió la suerte del español entre los saharauis. El Sáhara se convierte en 1975 en la provincia marroquí que en 2022 el gobierno español ratificó y la lengua española emprende allí dos caminos distintos.

El patrimonio lingüístico español en el Sáhara hoy marroquí ha ido mermando gradualmente: la huella de España, y el español va en ella, se ha borrado o ha sido borrada. El árabe dialectal marroquí entró a residir con el hasaní, que en muchos casos quedó confinado a uso doméstico, y el francés, la lengua europea que Marruecos ha tenido como lengua culta por su propia historia colonial, fue reemplazando a ese 20 % de español.

Quienes se establecieron en los famosos campamentos argelinos en Tinduf, en cambio, se agarraron a la identidad española cuanto pudieron. Reivindicar y fortalecer el uso del español en la escuela se hizo una bandera inmaterial, que se avivaba además con alianzas de cooperación informales, como las vacaciones de los niños saharauis en España (muchos, por cierto, en Andalucía, donde hemos tenido a estos niños como una presencia cotidiana en nuestros veranos) o con ayudas más institucionales, como la de Cuba. No solo el español, también la propia variedad de árabe hasaní se convirtió en un rasgo identitario y, de hecho, el hassanía de los campamentos argelinos incluye palabras concretas que, como préstamos, se dicen en español. La cultura saharaui no es la cultura marroquí, ha habido una influencia española durante décadas y esa influencia ha pervivido entre los refugiados en Argelia, como veremos en las páginas siguientes.

Hablar español y hablar hassanía era una forma de resistencia simbólica frente a

la adversidad poscolonial. Argelia asiló a los saharauis y estos asilaron al español. Bastó que los saharauis fueran trasplantados en una tierra nueva para que sus propias lenguas se convirtieran en ramas con las que aspirar a una mayor visibilidad en medio de la arena yerma. A kilómetros de los campamentos argelinos, sin embargo, el territorio histórico de la vieja colonia española es ya escasamente hispanohablante.

La lengua es un espejo de la historia. No la cambia pero la refleja con una nitidez que asusta. Atender a la situación del español entre los saharauis nos revela fielmente la desdichada historia reciente de la antigua colonia española; nos muestra cómo la identidad se construye en buena medida a partir de la lengua. Yo entiendo que cuando se anexiona, se invade o se abandona un territorio no se está pensando en la lengua que se puede perder por el camino, pero a veces los hablantes son superiores a las personas que los gobiernan y son justamente ellos quienes sí piensan con lealtad en las lenguas.

NOSTALGIA DE LO QUE ABANDONAMOS EN ARGELIA

Los últimos republicanos que se escaparon en barco de España hacia el exilio salieron de Alicante. Lo hicieron a bordo de un buque británico, el Stanbrook, que estaba fondeado allí para transportar azafrán y naranjas, pero que, por la decisión humanitaria de su capitán, cargó a miles de pasajeros (más de 2500) que esperaban en el puerto y que sospechaban la represión a la que tendrían que enfrentarse si se quedaban en España. El viaje de este barco y su carácter simbólico lo han hecho famoso, pero se tiende a olvidar el lugar al que llegaron esos exiliados: el puerto de Mazalquivir, en Orán (Argelia). Muchos se quedaron en Argelia, y la gendarmería colonial francesa no siempre lo puso fácil; otros permanecieron unos meses en el país del Magreb antes de buscar una nueva vida en América.

No era una Argelia idílica, pero era la época en que Orán contaba con una sólida comunidad española. Era un territorio muy hispanizado que mostraba aún su viejo pasado español: Orán había sido dominio de la monarquía hispánica casi dos siglos hasta finales del XVIII y en 1874 fue el refugio de cientos de insurrectos murcianos; fue Orán, recordemos, el lugar donde el sindicalista español Marcelino Camacho (1918-2010) fue conducido tras escaparse en Tánger del campo de trabajo donde cumplía condena. Incluso Franco, en su irreal sueño africanista, codició a inicios de los años cuarenta apoderarse de Orán porque sostenía que rezumaba hispanidad.

La sociedad española en Argelia se manejaba entonces entre el francés colonial y el árabe, pero el español y el catalán sonaban en las calles argelinas; de hecho, estudios recientes localizaban en el árabe argelino de finales del siglo XX hispanismos como monigote, borrico o chico. Alguno aún subsiste hoy, pese a que tras la guerra de Argelia (1954-1962) esa comunidad española prácticamente desapareció y se fue desdibujando el pasado cultural hispánico.

La lengua española ha sido, pues, históricamente un idioma presente en Argelia. Lo es hoy, por sus dos Institutos Cervantes y por ser lengua común dentro de los campamentos de Tinduf, donde los refugiados saharauis la mantienen con mayor lealtad que los saharauis que se quedaron en su territorio de origen y que en la actualidad son súbditos de Marruecos. Lo fue en otro momento: Argelia

funcionó como uno de los puertos de acogida de los miles de judíos españoles que emigraron a cuenta de la expulsión que decretaron los Reyes Católicos en 1492, y de los árabes que, en ese mismo año, tras la caída del reino nazarí de Granada, prefirieron la salida de la península antes que la conversión. Que haya en Orán un balneario llamado Les Andalouses dentro de la playa del mismo nombre nos evoca esa salida de andalusíes y su establecimiento en Orán.

El conflicto que se levantó entre Argelia y España en 2022 a cuenta de la posición española en torno al pueblo saharaui no es bidimensional: se mezclan la ruptura del aparente equilibrio histórico del gobierno español respecto al Sáhara occidental con unas relaciones desde hace décadas tirantes entre Marruecos y Argelia; además, a la fortaleza que dan a Argelia sus gasoductos se agrega la inestabilidad del este europeo causada por la guerra de Ucrania. Una situación tan compleja no se soluciona porque España y Argelia hayan compartido lazos en el pasado, pero podemos preguntarnos qué hubiera pasado si, en su momento, la vinculación entre España y Argelia se hubiera cuidado mejor en términos culturales, si esa variedad de español argelino se hubiera considerado un dialecto del español fuera de España y si eso se hubiera rentabilizado en términos de diplomacia.

Rota la relación colonial con Francia, España no se esforzó por legar a la posteridad lo que hoy sería un lazo cultural provechoso. Y el caso es que España no tenía por qué haber renunciado a esa continuidad lingüística: de hecho, Francia incluye a Argelia en su organización internacional de la francofonía como parte de una misma comunidad lingüística.

Es iluso pensar que compartir la lengua evita el conflicto (de hecho, nuestras relaciones con la América hispanohablante tienen, de cuando en cuando, rachas pedregosas) pero contar con hablantes de español garantiza al menos una primera posibilidad de diplomacia con otras naciones. No podemos ser tan necios como para rechazar la validez de la lengua en la creación de lazos socioculturales hacia los que pueden proyectarse estados de opinión.

Claro que, para hacer uso de esa oportunidad, hay que definir qué supone España en el ámbito de la hispanidad: España no puede arrogarse el papel de dueña de este idioma, pero tampoco debe renunciar, en ningún caso, a convertirse en una referencia internacional en torno a la comunidad hispanohablante y a liderar alianzas institucionales en torno a ella. Es una postura anacrónica sacar la bandera imperialista de la lengua, pero es una torpeza inhibir el uso del español

como poder blando y hacer dejación de la capacidad de influencia que tiene la lengua en sociedades que la hablan como segundo idioma o que han tenido relaciones históricas relevantes con ella.

ANTES DE LEONOR: LAS OTRAS REINAS POLÍGLOTAS

Cuando en noviembre de 2019, durante la ceremonia de entrega de los Premios Princesa de Girona en Barcelona, la princesa Leonor se dirigió al público, sorprendió con un discurso que enhebraba fragmentos en español con otros en catalán e inglés, además de unas palabras más breves en árabe. En un país acostumbrado a que sus políticos no den apenas muestras dignas de plurilingüismo, el discurso de la heredera al trono fue de una gran solvencia lingüística y reveló una educación en la que se puede adivinar una adquisición muy temprana de, al menos, las tres lenguas principales dominadas en el discurso.

Nuestro conocimiento sobre los idiomas hablados por las antecesoras de Leonor en el trono de España nos revela mucho sobre cómo ha cambiado nuestra aproximación educativa y social a las lenguas (maternas o aprendidas); los colegios españoles actuales ofrecen, como mínimo, el aprendizaje de dos lenguas extranjeras en el currículo educativo, y, a lo que parece, la monarquía integra el manejo de lenguas como parte del programa de enseñanza de la heredera. La situación en otras épocas fue bien distinta de la actual: el dominio de otros idiomas o, incluso, el propio estudio del español para los reyes o consortes que venían de fuera, no fueron, en general, tenidos en consideración hasta la Edad Contemporánea y el aprendizaje de las lenguas era una cuestión de azar o de iniciativa propia más que objeto de una planificación estudiada. La educación de príncipes se codificaba en la Edad Media a través de un género de obras llamado espejo de príncipes. Estos libros eran tratados de contenido político donde se reunían fábulas moralizadoras, enseñanzas de la historia, instrucciones y todo tipo de consejos pensados para adoctrinar a los futuros herederos. En la tradición peninsular, obras como el Libro de los doze sabios, compuesto a petición de Fernando III para su hijo (el futuro Alfonso X) suponen la consolidación de la escritura en castellano de esta clase de obras, en cuyos itinerarios educativos no se presta particular atención ni al conocimiento ni al aprendizaje de segundas lenguas vivas, aunque sí se suele atender a cuestiones lingüísticas como la relevancia del silencio y la «custodia linguae» o ética del hablar y el callar, que educaba al heredero en la guarda de secretos y en no mentir. Si se hace alusión en algún momeno a la educación de las infantas, es para recomendar que debían aprender oraciones y buenas costumbres.

Veamos con algunos ejemplos de otras reinas de España el peso tan distinto que han tenido las lenguas en los modelos educativos regios.

Podemos suponer que muchas de las reinas de España fueron políglotas por el hecho de que fueron infantas o nobles extranjeras que se casaron con algún heredero de la casa real en el trono: reyes de la dinastía Trastámara, Austria o Borbón contrajeron matrimonio con mujeres extranjeras que llegaban a España tras el pacto de unas bodas concertadas, normalmente sin haber visto antes al pretendiente en persona y sin saber demasiado del lugar al que se trasladaban a vivir. Las crónicas medievales, que con detalle explican cuestiones de dote, acuerdos de compromiso o ceremonial de los esponsales, no dan noticia particular de la posterior integración de la extranjera en la corte y, por tanto, poco podemos saber de cómo aprendieron español esas reinas no hispanohablantes. Singularicemos el caso de Beatriz de Suabia (1205-1235), nacida en Núremberg, reina de Castilla y León, primera mujer de Fernando III de Castilla y León y madre de Alfonso X el Sabio. Como optima, pulchra, sapiens, pudica (‘buenísima, bella, sabia, honrada’) la describía el cronista Rodrigo Ximénez de Rada. La historia nos narra su matrimonio y su descendencia, así como la reverencia con que la trataba su hijo y el hecho de que introdujo en España la práctica de la cetrería, pero, a siglos de distancia, nos queda la duda de la intrahistoria que las crónicas de su época nunca narraron: ¿qué lengua usaba la alemana Beatriz de Suabia en la corte castellana en que se integró? ¿Cómo y cuándo aprendió el castellano que su hijo Alfonso ayudó a dignificar?

Inés de Aquitania, Constanza de Borgoña, Berta de Toscana y Riquilda de Polonia fueron, como Beatriz de Suabia, algunas de las consortes de reyes de Castilla o de León entre los siglos XI y XIII; a través de ellas, sin lugar a dudas, los reinos peninsulares establecieron lazos con territorios europeos lejanos en costumbres y desconocidos en sus lenguas, pero nada sabemos de cómo ellas se comunicaron con su entorno peninsular inmediato. Fueron, posiblemente, las primeras mujeres políglotas de la Edad Media ibérica.

Las relaciones entre casas reales europeas dieron lugar, pues, a figuras concretas de consortes que debieron de ser plurilingües y también fomentaron a través de sus enlaces la difusión en Castilla de vocablos cortesanos de sus propias lenguas de origen. Pensemos en el caso de Isabel de Portugal (1503-1539), esposa de Carlos I, hija de un portugués (el rey Manuel I) y de una española (María de Aragón). Tuvo al portugués y, secundariamente, al español, como lenguas maternas, y fue ella, a buen seguro, el mejor estímulo para que su marido

dominase con mayor soltura la lengua del país donde se casó y reinó. El inventario de bienes de la emperatriz Isabel es uno de los primeros documentos que testimonia la introducción en español de la palabra búcaro, portuguesismo que designaba a la pieza de barro que hoy sigue denominando al botijo en el suroeste peninsular y que Isabel de Portugal incluyó en su ajuar como recuerdo de la tierra en que se había criado. Una nota autógrafa de la reina, de 1530, muestra su empleo poco hábil del español escrito, que mezclaba con rasgos portugueses («que non aja dilaçao en vosa partida» le dice a su interlocutor). Recordemos que Carlos I de España y V de Alemania, de habla materna francesa, no dominaba ni el alemán ni el flamenco; tenía nociones de latín y cuando llegó a España en 1517, adolescente de 17 años, apenas sabía español. Pronto comienza a dar muestras de un rápido aprendizaje, pero en 1524 aún se carteaba en francés con su hermano menor Fernando, criado en España. La Crónica burlesca del emperador Carlos V (1529), que se ríe de toda la corte imperial, retrataba lingüísticamente al rey como hablante de una mezcla de español y francés; de hecho, pone en su boca una frase como ¡Id vous con todos los diablos! Sus escritos autógrafos muestran, con grafías como fransesa y firmesa, que pronunciaba como /s/, a la forma francesa las consonantes ç y z del español.

Contrario al ejemplo de Isabel de Portugal es el de una de sus nueras; María I de Inglaterra (1516-1558), la tercera esposa de Felipe II, casada apenas cuatro años con el hijo de Carlos I. La llamada Bloody Mary nunca llegó a pisar España. Él no hablaba inglés ni ella se manejaba en español, por lo que, según parece, su comunicación se hacía fundamentalmente en una mezcla de latín y francés.

Conocidas son también las biografías lingüísticas de otras reinas de la Edad Moderna. Bárbara de Braganza (1711-1758), mujer del rey Fernando VI, era de origen portugués y hablaba seis lenguas. Su cuñada, Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III, se hizo reina de España después de ser reina de Nápoles y Sicilia. El hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio reinaba en Italia y ocupó el trono español en 1759, cuando, al morir su hermano, Fernando VI, sin hijos, hubo de ocupar el trono. Carlos no hablaba alemán y su esposa Amalia no hablaba ni italiano ni español, así que se comunicaron en francés hasta que ella aprendió el italiano, la lengua de la corte napolitana en que vivió.

Reinas más periféricas, por no integrarse en dinastías sucesorias fueron las esposas extranjeras de los reyes extranjeros José I y de Amadeo de Saboya. José I Bonaparte, el hermano mayor de Napoleón, fue rey de Nápoles entre 1806 y

1808 y rey de España de 1808 a 1813. Casado con Julie Clary, de procedencia marsellesa, mantuvo durante su estancia en España relaciones con diversas nobles (la condesa de Jaruco, la condesa del Vado...). Julia Clary (1771-1845), que acompañó a José Bonaparte mientras este fue rey de Nápoles, fue llamada en España «la reina ausente», ya que no llegó a pisar España y permaneció en París durante el reinado de su marido. En la distancia, aprendió español; cuando su marido se exilió a Estados Unidos, marchó sin ella. Poco practicó, pues, ese español aprendido como segunda lengua. Su hermana, Désirée Clary, fue reina consorte de Suecia y Noruega y, en cambio, no logró aprender sueco.

Por su parte, Victoria del Pozzo, primera esposa del primer y único rey de España llamado Amadeo, fue reina consorte de España entre 1870 y 1873. Mientras que Amadeo de Saboya hablaba español con cierta dificultad, su esposa, que había estudiado la lengua, lo hablaba con soltura, lo que impresionó a los diputados españoles que la conocieron.

Podemos buscar ejemplos fuera de España. La famosa emperatriz de Austria y reina de Hungría, Isabel de Baviera (1837-1898), conocida familiar y cinematográficamente como «Sissí», fue una relevante políglota dentro del panorama de las monarquías europeas decimonónicas. Hija de bávaros, y, por tanto, hablante de alemán, Sissí sentía una profunda admiración por Hungría y su cultura, por ello, aprendió húngaro y educó a una de sus hijas (María Valeria, a la que llamaba mi hija húngara) en la cultura de este territorio. Con el fin de disfrutar de los clásicos, Isabel de Baviera aprendió también griego. Al alemán, el griego antiguo y el húngaro hay que sumarle su aprendizaje del inglés y del francés, lengua tenida en el XIX como de buen tono dentro de la cortesanía. Curiosamente, su marido, el emperador Francisco José I de Austria, fue responsable de una decisión de planificación lingüística de gran relevancia: en la rebelión de Hungría contra el imperio austriaco, Francisco José impuso una serie de medidas para acallar los focos de rebeldía húngara, entre ellas la imposición de la lengua alemana en el territorio húngaro. Hoy quedan en Hungría focos germanoparlantes en ciudades cercanas a la frontera con Austria, como Sopron.

Las reinas de origen castellano aprendieron también lenguas en su etapa formativa. De Isabel la Católica sabemos que encargó a Alonso de Palencia su diccionario latín-español (Universal vocabulario en latín y en romance, Sevilla, 1490) y que fomentó la traducción al castellano (1486) de las Introductiones latinae, el célebre manual de aprendizaje de latín del gramático sevillano Elio Antonio de Nebrija; pensaba la reina que sus damas y las monjas de su entorno

también podrían así aprender latín y ella misma conversaba en latín con la humanista Beatriz Galindo. De su sucesora en nombre, Isabel II (1830-1904) conservamos las páginas de un cartapacio escolar en que se reúnen ejercicios de materias como la sintaxis, la aritmética básica, técnicas de caligrafía y rudimentos básicos de francés como segunda lengua. El francés era desde el XVIII el idioma más aprendido como segunda lengua en la corte y la nobleza españolas.

Cabe recordar que en su primer discurso como rey ante el Congreso de los Diputados, en junio de 2014, Felipe VI nombró exclusivamente a cuatro escritores de España: el andaluz Antonio Machado, el vasco Gabriel Aresti, el catalán Salvador Espriu y el gallego Alfonso Rodríguez Castelao, representantes cada uno de ellos de las cuatro lenguas españolas: español, vasco, catalán y gallego. Sin duda, hay otro mapa lingüístico y otra sensibilidad hacia las distintas lenguas de España en la nueva corona. Solo cabe pedir que en ese itinerario educativo de la nueva realeza no falte el latín, la lengua tristemente destronada de los itinerarios educativos actuales.

HABLE COMO LA REINA

Siempre llevaba el mismo modelo de abrigo; el color de los bolsos variaba, pero tenían todos el mismo tamaño; el peinado era tan estable como previsible. Los hijos se divorciaban, iban y venían los nietos: ella permanecía inmutable. Pero algo sí cambió, y mucho, en la reina Isabel de Inglaterra (1926-2022): su forma de hablar. De esto, sin embargo, casi nadie se daba cuenta.

El acento de la reina Isabel ha simbolizado durante décadas el acento inglés estándar, eso que se llama en el ámbito anglófono received pronunciation, la manera de pronunciar el inglés británico más prestigiosa y aceptable, la forma de hablar asociada al estándar: marcas geográficas neutras, impermeabilidad hacia los rasgos del lenguaje juvenil, asociación a entornos de poder y visibilidad alta. El hecho de que se hablara sobre todo de received pronunciation y no tanto de received English deja claro que fundamentalmente esa idealidad parecía concentrarse en cómo decir los sonidos, en la fonética, y menos en la gramática o el vocabulario. El inglés conoce notables variaciones internas al pronunciar, no solo entre el inglés americano o el británico, también las internas dentro del propio Reino Unido.

Received no es «pronunciación recibida» sino aceptada, aprobada; y esa pronunciación aprobada se simbolizó en el siglo xx en una persona: la reina. Queen's English, el inglés de la reina, funcionó como elocuente sinónimo de received pronunciation. La reina era hablante de esa pronunciación aceptada; la reina hablaba, en suma, el inglés de la reina. Se había de hablar en público usando este real modelo, que sería, idealmente, el que se enseñaría en clase. Estos rasgos no eran tanto preceptos puestos por escrito sino una modelización que, de manera implícita, se tendía a buscar en el discurso público.

El inglés de la reina se ha estudiado notablemente por un hecho material: contamos con muchas grabaciones de sus discursos. De pocos hablantes del mundo tenemos registros sonoros tan continuados en el tiempo, desde alocuciones en sus cumpleaños juveniles a solemnes discursos de estado. Con la reina se ha podido hacer un estudio longitudinal, un análisis en el tiempo de cómo evoluciona nuestra forma de hablar con el paso de los años.

Resulta que los acentos cambian y ella también cambió el suyo. No solo en la juventud respecto a la infancia, sino también, y esto es más interesante, a lo largo de su edad adulta. El paso de los años causa distensión en las cuerdas vocales, y nuestra voz tiende a cambiar: esto nos pasa a todos. Pero es que, además, y esto también nos pasa a casi todos, vivir nos hace estar en contacto con otros, movernos de entorno geográfico. Vivir nos hace comunicarnos con gente que habla de manera distinta y entonces interviene el factor más empático de la comunicación: la acomodación, aquello que muchos hablantes simbolizan en la adhesiva imagen de que los acentos «se les pegan».

La imitación del acento ajeno es a veces absolutamente deliberada y consciente para el hablante, pero en otros casos, aunque voluntaria, es una especie de actualización paulatina, imperceptible en el momento, capturable para el caso de la reina si comparamos las fotografías de pronunciación que eran, por ejemplo, sus felicitaciones navideñas anuales. «¿Habla la reina el inglés de la reina?» se preguntaban tres fonetistas (Harrington, Palethorpe y Watson) en un artículo del año 2000 en Nature. Pues parece que en los noventa ya no lo hablaba tanto. Ella, que pronunciaba en sus primeros discursos land con la misma vocal e de lend o sat como set, cambió de dicción en los noventa, cuando su pronunciación fue acomodándose a las formas de decir los sonidos más propias de la clase media británica, y empezó a sonar menos a té con meñique erguido y más a señora cultivada que ha visto por dentro el metro. El estudio mostraba que el paso de los años hacía menos aristócrata y más sureña (estándar, pero sureña) la pronunciación de la reina.

Esto era, de alguna forma, previsible: las monarquías dejaban de ser circuitos cerrados, por la corte entraban y salían profesionales de clases medias. Pero es que, además, el received English encontraba una competencia cada vez mayor en el BBC English, que simboliza muy bien quiénes fabrican el estándar hoy: son los medios quienes generalizan estándares en las lenguas actuales, fabrican sus reyes lingüísticos y tienen una capacidad de emanación sin competencia. La reina también veía la tele.

Las alocuciones reales nos muestran que los estándares son cambiantes. Lo sabíamos. La filología nos enseñaba que los movimientos en el lugar de la capital o del asentamiento de una corte hacen que determinados rasgos de un área prosperen y que el estándar varíe. Las grabaciones de la reina simplemente han permitido poner otro ejemplo más.

¿Y si el estándar cambia qué es el estándar? Un modelo que buscamos, distinto en sus casos, estable en su existencia, cambiante en sus características, fabricado por los propios hablantes, útil como representante ejemplar: algo así como las monarquías en Europa.

SEGUNDA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE SONIDOS

Un sonido supone la propagación de una onda mecánica generada por la vibración de un elemento. Aplicada esta definición de la física a nuestro cuerpo, la voz humana se produce porque vibran las cuerdas vocales. Al ir pulsando las distintas cuerdas del instrumento de la voz, vamos generando sonidos. Si nos paramos a pensarlo, que un conjunto limitado de segmentos de sonidos dé lugar a las posibles e infinitas frases de una lengua es tan enigmático como simple. Además, dentro de los hablantes de una misma lengua puede haber variaciones en la forma de hacer sonar las palabras: esas variaciones, comúnmente llamadas acentos, suponen eliminaciones o modificaciones de consonantes, y evocan una procedencia geográfica determinada. Abramos el cajón de sonidos del español para conocer de dónde han salido algunos de nuestros cambios en la pronunciación y atendamos a uno de los acentos más castigados históricamente de nuestra lengua: el del mundo de los sonidos de Andalucía.

ALMOHADILLAS PARA UN CIVISMO LIGERO

Estas líneas son la defensa de un nombre. Son un alegato a favor de que llamemos almohadilla a la almohadilla, o sea, a este signo: #. Algunos lectores ya lo designan así, pero para otros quizá sea conocido con alguno de los vocablos con que también se denomina en el mundo hispánico: nombres curiosos que se inspiran en el uso de este signo para encerrar cifras, como cuadradillo, número, cardinal..., o quizás empleen apodos como michi, tatetí o gato, que se basan en el parecido de esta rejilla al tablero del tres en línea.

La ortografía tiene signos conocidos por todos, como los puntos o las comas, pero también guarda otros que son menos usados o cuyos nombres al menos nos son más arcanos: seguramente solo impresores y editores conocen los términos con que se llaman signos raros como la diple (esta: <), el et (este: &, ampersand en inglés) o la pleca (este otro: |). La almohadilla era antes uno de esos signos exóticos, que se usaba restringidamente y que nació de un uso muy técnico: la sigla romana de medida lb (‘libra pondo’, una libra por peso o peso en libras) que, abreviada y cruzada con una raya horizontal superior, gradualmente se fue deturpando en el trazo hasta dar lugar a esta doble rejilla.

Al hablar hoy de almohadillas pocos piensan ya en las que se tiraban en los ruedos como señal de mala faena taurina. Este viejo signo otrora raro se ha hecho hoy cotidiano: en las redes sociales se utiliza para marcar una etiqueta (en inglés hashtag), el tema de algo, el tópico del momento. La almohadilla bendice un tema, un personaje o una frase con su triunfo en el ruedo inmaterial de las redes sociales. Si se habla de #PepitoElDeLosPalotes, marcarlo con almohadilla lo convierte en candidato a hacerse tema del momento, trending topic en inglés; ser asunto protagonista es la medalla del posmodernismo: que hablen de uno, a toda costa, aun para mal.

El tema del momento puede ser también lema del momento, y ahí la almohadilla se convierte en pancarta virtual para que pongamos la frase solidaria que corresponda cada día. Y el problema no es promover la consigna precedida del signo, el problema es que nos conformamos simplemente con eso. Basta escribir #JeSuisCharlie o #CádizEnLucha en nuestra cuenta para mostrar que nos afecta lo que ocurrió en la sede de Charlie Hebdo o que nos concierne que Cádiz siga

perdiendo industria. La almohadilla en las redes sociales se ha convertido en la bandera de un tema, rápida e inestable como el río de las redes sociales.

Para transitar de la pasividad a la militancia cívica y el compromiso basta recostarse en la almohadilla y que se nos vea en Twitter apoyados en ella. Por eso creo que hemos de ser coherentes, olvidarnos de otras denominaciones y llamar almohadilla a este signo, porque es buen nombre para él. El nombre almohadilla nació, sí, del inevitable parecido del signo con un cojín de dormir, pero hoy este signo es de verdad una almohada moral, un elemento que incorporar tras el lemita cambiante de turno para tumbarse en un sueño aliviado de conciencia que forzosamente va a ser ligero, ligero, porque el río sigue corriendo y busca nuevas frasecitas que enrejar entre almohadillas para que nosotros durmamos tranquilos.

ME ESTÁS OFENDIENDO. Y PUNTO.

Una curiosa prueba de que una sociedad está creciendo en alfabetización es el traspaso de términos propios de la ortografía al discurso hablado. Cuando, sentados con los amigos en una terraza, nos contamos novedades de las vacaciones, puede que alguno nos interrumpa para decirnos: «¡Paréntesis! ¿Qué pedimos?». Y entonces estará llevando la ortografía a la conversación. Anunciar al hablar que vamos a hacer un paréntesis, querer convertir una ocurrencia en una sentencia senequista añadiendo «y punto», indicar que alguien es un necio «con maýusculas» o hacer el enojoso gesto de las comillas con el doble dedo en el aire son ejemplos que muestran que cuando hablamos nos apoyamos en signos emanados de la escritura y que, incluso, tales imágenes aparecen en hablantes que no manejan con soltura el código gráfico de su idioma. Hablar modulando lo dicho con signos ortográficos es un hábito propio de lenguas con escritura y se basa en una metáfora cognitiva, común pero bellísima, de que hablar es escribir palabras en el aire. Nos manifiesta que en la cultura lingüística se ha terminado incluyendo la ortografía; revela que de alguna forma los hablantes son también «escribientes» y que se sirven de los signos ortográficos para ajustar o realzar lo que dicen. En los tiempos donde la gente apenas sabía leer y mucho menos escribir, los hablantes también matizaban lo dicho, pero no acudían para ello a la ortografía, un sistema que les era ajeno.

En esos mismos tiempos de antes, circulaba un dicho para caracterizar a la gente enfadona: nuestros antepasados del XVI se reían de aquellos a quienes les ofendía un mosquito. Hoy las cosas han cambiado, pero no las susceptibilidades, que han resultado ser también ortográficas: ahora parece que hasta un punto ofende. Y esto es literal. Según nos llega de Estados Unidos en textos que tratan de ayudar a comunicar sin ser ofensivo dentro del ámbito empresarial, no es lo mismo escribir «Hablamos mañana» que «Hablamos mañana.». En los mensajes de móviles, donde el canal puede permitirnos cierta ligereza ortográfica, creen algunos que quien se esfuerza por poner los puntos de cierre está dando tal formalidad al mensaje que resulta grosero para su destinatario.

En el mundo actual, retocar la lengua es un modo fácil y barato de parecer moderno, equitativo o cuidadoso con los demás. Algunos creen que conviene decir «andaluces y andaluzas» para ser feminista, que basta no decir «no me seas

burro» al que lo es para ejercer de animalista o que es necesario usar el circunloquio «persona racializada» para mostrar profundas convicciones contra la discriminación. Pero eso no basta, de hecho, es que ni siquiera es estrictamente necesario armarse de tanta migaja lingüística para tener una buena bolsa de valores ciudadanos y democráticos. Es una simpleza pensar que la lengua arregla la injusticia y es un enorme oportunismo aferrarse a esos arreglos lingüísticos para obtener la ciudadanía de persona con valores. La corrección lingüística no nos exonera de un ejercicio verdadero de civismo.

Pero la cuestión es que con tanta corrección hemos terminado pensando que lo fundamental y lo ofensivo es la menudencia. Acabar un mensaje de móvil con punto es agresivo: ¡el punto final ofende! Y es entonces cuando podemos verificar que, aunque seamos una sociedad ampliamente alfabetizada, nos estamos entorpeciendo por días, nos estamos enredando en la minucia. Que estamos atontados y punto.

DOS SONIDOS EN CAMBIO EN ESPAÑOL: R Y L

Benito Antonio Martínez Ocasio y yo éramos felices sin saber el uno del otro. Nuestro amigo, llamado artísticamente Bad Bunny, es un rapero de bastante éxito. En una de sus canciones dice Bunny: «No quiero que más nadie me hable de amol». Haciéndole caso, no hablaremos de amor sino de los sonidos del español y, en concreto, nos preguntaremos de dónde sale ese cambio de r hacia l que convierte el amor de Bad Bunny en amol.

Amol, talde, venil... son algunas de las palabras que podría incluir cualquier imitación, por burda que sea, del español caribeño. En efecto, el paso de r a l es propio del área lingüística a la que pertenece este cantante: el español caribeño o español antillano tiene en esa conversión de r hacia l uno de sus rasgos definitorios. Puerto Rico, República Dominicana, Cuba (aunque no tanto en La Habana), las costas de Venezuela, Colombia, Panamá o Ecuador muestran con bastante recurrencia este fenómeno. Otros puertorriqueños, los Calle 13, cantaban al inicio de una de sus canciones: «Atrévete, destápate, quítate el esmalte, deja de tapalte que nadie va a retratalte», donde retratarte y esmalte rimaban con toda naturalidad. El fenómeno, por tanto, es conocido y cuenta con bastante extensión social.

Si observamos bien, vemos que este proceso se da solo cuando la consonante r está al final de sílaba, sea dentro de la palabra (tarde) o al final de ella (como en el propio amor), pero no se da en otros contextos como al inicio de sílaba.

Junto con este paso de r a l propio del español caribeño, documentamos también en español la tendencia justamente contraria: el paso de l a r. Se da tal cambio en Andalucía: barcón, arcarde. No es un fenómeno general en toda la sociedad ni tampoco sistemático en los hablantes que lo emplean, pero puede aparecer en contextos informales o incluso puede emplearse de forma deliberada en algún mensaje para marcar énfasis o expresividad. También se registra en otras zonas meridionales, como en Murcia o puntos de Extremadura.

Para cada una de las dos caras de este fenómeno tenemos un nombre técnico. Si el cambio es a favor de r (arcarde) se habla de rotacismo; si es favor de l (mi amol) entonces es lambdacismo. Ambas palabras derivan de los nombres griegos

de las letras r (rho) y l (lambda).

La consonante r es especialmente proclive a sufrir variaciones dentro del mapa de sonidos del español, por eso, junto a estos pasos hacia l se encuentran otros fenómenos muy interesantes de cambio en la pronunciación. Una parte amplia de la comunidad hispánica conoce la tendencia a eliminar la consonante r a final de palabra: comer puede sonar comé en Andalucía o, entre otros lugares americanos, en Panamá. E incluso podemos encontrar en la comunidad hispanohablante una tendencia más: en el español de República Dominicana, una variedad llamada cibaeño (de la región de El Cibao) convierte r y l finales de sílaba en i, por eso se puede oír en tal área papéi, volvéi para papel y volver. Realizaciones de ese tipo se han documentado ocasionalmente en Andalucía, Canarias y Puerto Rico, pero de forma asistemática. También en Andalucía, por otra parte, se registró en un par de zonas malagueñas un paso de r a l gemelo al caribeño.

De hecho, ni siquiera es exclusiva de los hispanohablantes la alteración de r: hay variedades de corso donde la palabra para puerto (porto) se pronuncia a veces poltu y el nombre del color verde como veldi. Y, antes de cualquiera de las lenguas romances, la lengua madre, el latín, también conoció esos trueques: mármol es el resultado de un marmor (con r) latino, y lo mismo puede decirse de árbol (desde arbor).

La razón de que vibrante y lateral alternen en el mundo hispánico y en otras lenguas tiene que ver con la articulación de ambos sonidos, que se pronuncian con los mismos órganos articulatorios: expulsamos el aire por la zona que queda entre los bordes de la lengua y el área de la parte superior del paladar. Por eso la lingüística llama a l y r consonantes líquidas y por eso para los hablantes que no tienen en su lengua materna las dos consonantes puede ser difícil distinguirlas (pensemos por ejemplo en los sinohablantes).

El parentesco especialmente intenso entre Andalucía y el área del Caribe por la procedencia geográfica de la primera base social de los españoles establecidos en América explica que el barcón de Andalucía y la colbata de Puerto Rico se hermanen. Eran andaluces (sobre todo de las actuales provincias de Sevilla y Huelva) un importante número de los que viajaban para instalarse en América en los primeros años del XVI. Las cifras de los pasajeros registrados en el Archivo de Indias confirman que uno de de cada tres colonizadores españoles de primeros del XVI era andaluz. Si hay un andalucismo general en el español

americano confirmado en rasgos como el seseo, en el español caribeño, el andalucismo es aún más acusado, como muestra la aparición de este lambdacismo o la conservación de pronunciaciones aspiradas.

MADRÍ, MADRIZ, MADRIT: LA D FINAL EN ESPAÑOL

«Cuando llegues a Madrid, morena mía, voy a hacerte emperatriz de Lavapiés...», no es el himno oficial de la capital de España pero sí el oficioso. Lo compuso en 1948 el mexicano Agustín Lara y lo han cantado, entre otros, Lola Flores, Plácido Domingo o Ariel Rot. Esa promesa de rendir Madrid a los pies de la dama se acompañaba del estribillo Madrid-Madrid-Madrid donde por triplicado aparecía el nombre de la capital con una consonante final que es tan volátil como las promesas de imperio del chotis. La d que está a final de palabra no es nada estable en español y da lugar a pronunciaciones muy diversas: Madriz, Madrí o Madrit son las que con más claridad pueden aislarse en español, junto con la estándar Madrid.

Si nos paramos a ver cómo se pronuncia la d final en palabras como Madrid o juventud, observamos que la punta de la lengua sube y roza la parte trasera de nuestros dientes de arriba, y justo cuando se da ese contacto entre la lengua y los dientes, dejamos de emitir aire (o sea, dejamos de hacer vibrar la laringe) y facilitamos la pausa ante la palabra siguiente. La articulación explica en buena medida la diversidad de ese sonido final del Madrid del chotis: a final de palabra, d es un sonido muy débil ante el que el hablante toma dos posturas, igualmente coherentes con esa debilidad: hacerlo desaparecer o reforzarlo para que suene con claridad, convirtiéndolo así en una consonante distinta.

Los refuerzos suenan en dos sentidos. En las zonas catalanohablantes (Cataluña, Valencia, Baleares) esa consonante final se convierte en –t, es decir, se transforma Madrid en Madrit, lo que confluye con muchas palabras catalanas que también terminan en –t. En la Castilla norteña, en cambio, es más común que suene Madriz, con un sonido interdental, pronunciado con la lengua entre los dientes. Cuando los humoristas imitaban a los presidentes de gobierno de España Adolfo Suárez (1932-2014), abulense, y José Luis Rodríguez Zapatero (1960-), leonés, ponían en sus bocas esas palabras del tipo juventuz, edaz y ciudaz.

La posibilidad inversa es la pérdida de ese sonido, con una pronunciación del tipo Madrí que está muy extendida en el español europeo, ya que se encuentra en Extremadura, Canarias, Andalucía y buena parte de La Mancha. La posición final de palabra es muy proclive a que se den estas neutralizaciones, y hay zonas

del ámbito hispánico donde el repertorio de consonantes finales que suena es muy limitado, ya que se pierde el consonantismo final no solo cuando hay d sino también cuando se trata de otras consonantes. Volviendo a la letra original del chotis, en ese inicio de «Cuando vengas a Madrid, morena mía / voy a hacerte emperatriz de Lavapiés / y alfombrarte con claveles la Gran Vía, / y a bañarte con vinillo de Jerez», en andaluz no se pronuncia o se modifica el sonido final de los claveles, la emperatriz y Jerez. Hay que aclarar en este sentido que los andaluces no padecemos fonofagia, no ingerimos ni nos comemos sonido alguno, como se dice popularmente. Se pierde esa consonante final porque es una posición extremadamente débil y peligrosa; recordemos que en latín usaban –m final en determinados casos, y que la hemos perdido (AMABAM> yo amaba); además de ello, la pobre d es la más escurridiza de nuestras consonantes y lleva jugando al escondite con el idioma muchos siglos; de hecho, como sabemos, la d se pierde también, y mucho, cuando está entre vocales.

Curiosamente, la capital cuyo nombre usamos para ejemplificar estas tres posibles pronunciaciones distintas de la d, se convierte ella misma en un rompeolas de todas las pronunciaciones, ya que está situada entre la zona norte donde se refuerza la d (hacia t o hacia z) y la zona sur (desde La Mancha a Andalucía) donde tiende a relajarse y perderse. Algunos estudios de la dialectología reciente han probado que ha habido cierta evolución en la pronunciación de esa d final en los últimos años en Madrid, ya que la variante Madriz, muy arraigada entre las clases populares hace unos años, está retrocediendo en algunos barrios en favor de Madrí. Con todo, la pronunciación de la –d final depende también de otros factores, no solo geográficos y de edad. Hay palabras que alteran más esa d: los imperativos con –d final, por ejemplo, la pierden mucho (venid, comed). Por agarrados que bailen los sonidos al unirse para formar palabras, los hablantes al articular los hacemos variar, intercambiarse con otros o perderse. Hablamos y nos seguimos entendiendo, aunque entre los sonidos a veces se arme la tremolina.

PALABRAS PARA ENTENDER POR QUÉ PERDEMOS LA D

Alejandro Sanz se preguntaba en su canción de 1997: «¿Quién me va a curar el corazón partío?»; el cantante gaditano mostraba el clásico desamor de las baladas y una palabra, partido, a la que también se le había partido su esquema habitual de escritura al desaparecer la d de su sílaba final y hacerla rimar con otra de la misma categoría gramatical, herío.

Lo que Alejandro Sanz cantaba es lo mismo que llevan siglos haciendo los hispanohablantes: perder la d entre vocales. ¿Por qué a los hablantes de español nos ha dado por partirle el corazón a la d y echarla de nuestras palabras? Lo cuento en 10 palabras con d:

1. Datos. Empezamos por explicar de qué estamos hablando. La pérdida de la d se da entre vocales (la llamamos por ello d intervocálica), un contexto muy común de pérdida es el de los participios, o sea, los derivados verbales que acaban en – ado o – ido (cantao , bebío , dormío). No obstante, también se puede perder en palabras que no sean participios, como por ejemplo sustantivos (madera> maera) o verbos conjugados (quedan> quean)...

2. Desprestigio (y prestigio). Este rasgo no ha sido desprestigiado y los hablantes no se reprimen demasiado en su uso. Formas como llegao , escuchao o prestao se oyen en cualquier conversación espontánea y, lo que es más interesante, también en discursos solemnes, en producciones audiovisuales o en declaraciones de políticos e intelectuales a los medios. No quedan lejos los años ochenta en que el presidente Felipe González (1942-), sevillano, avisaba en el parlamento sobre sus decisiones respecto al estao , lo aprobao y los diputaos . Esa pronunciación suscitó críticas ocasionales entre periodistas y parlamentarios, pero hoy ya se ha naturalizado.

3. Dominios geográficos. Este fenómeno no se reparte por igual entre los hispanohablantes: en España, los estudios muestran una mayor caída de la d en el sur peninsular y en algunas zonas de Asturias, País Vasco o Cantabria; en cambio, son más conservadoras las zonas en contacto con el catalán y el gallego. El fenómeno se ha expandido desde el sur al norte de la península y el suroeste español es la zona de más intensa pérdida de la d .

4. Debilidad. En general, la d da mucho juego en la historia del español porque es un sonido muy débil. La d que está entre vocales cayó, en primer lugar, en el paso del latín al castellano (el latín cadere ha dado lugar a caer en español); luego, en un proceso con muchísimas consecuencias, se perdió la d en los verbos asociados a las personas vosotros o vos (llegades > llegáis o llegás; cantábades > cantabais). La pérdida de la d de los participios se da al menos desde el siglo XVI .

5. Duración. Pese a la antigüedad del fenómeno de la caída, no ha habido un desenlace rápido de este cambio en los sonidos ni se espera que esto ocurra a medio plazo. Hay cambios que son fulminantes y generales en la historia del español, pero justamente la d de los participios lleva vacilando entre perderse o conservarse varios siglos.

6. Desigualdad. Una de las razones que explican que el proceso no sea general y que esté en oscilación desde hace siglos es que los hablantes mandan a paseo a la d según el tipo de palabra que se topen: hay una desigualdad en el tratamiento de la d. Las terminaciones en – ado parecen ser las que más favorecen la pérdida, pero, en cambio, las terminaciones en – ada , – ido o – udo resisten más con d y solo presentan abundantes casos de pérdida en Andalucía (peoná, perdío, pelúo). Además, ni siquiera cuando la palabra acaba en – ado hay caída constante, la desaparición se da más si la d forma parte de un sufijo, o sea, se da más en llegao que en soldao .

7. Derivaciones. Consecuencia de la pérdida de la d es que dos vocales se ponen en contacto (llegao) y puede cerrarse la última de ellas para crear un diptongo (llegáu) o pueden unirse dos vocales iguales, como pasa en to desde todo y na desde nada . La deriva contraria es la ultracorrección de creer que todas las terminaciones en – ao proceden de un – ado perdido, lo que da lugar a los famosos y risibles casos de Bilbado y bacalado .

8. Dialectos. Los dialectos americanos del español muestran una sensibilidad

distinta ante esta pérdida. Aunque este fenómeno sea muy frecuente en España, hay países americanos donde se pronuncia con bastante regularidad la d entre vocales (México, Argentina, Uruguay), pero en otros, como el español caribeño o el de la costa de Ecuador, la pérdida es más común. Recordemos la escena de la película de animación Toy Story 3 en que un robot se desconfigura y cambia su lengua; en los doblajes de español latino, el robot comenzaba a hablar en español de España y decía, remedando cómo suena el español de España al oído mexicano cosas como «me he despertao en un planeta extraño», «estoy rodeao », «me he estrellao » o «se ha borrao mi memoria». La caída de la d es menos intensa y también está peor vista en el español americano.

9. Diferencias. Aunque la pérdida de la d afecta sobre todo a las posiciones intervocálicas, en general la d es un sonido débil, que se pierde también en otras partes de la palabra, como al principio (d-espere-zarse) o al final (Madrí).

10. Desde luego, estamos ante uno de esos cambios en la pronunciación que nos ayudan a separar zonas internas dentro del español, en este caso, sur frente a norte. La lengua escrita no lo refleja salvo que deliberadamente se quiera plasmar el lenguaje coloquial, como si, para terminar este texto, dijéramos que esperamos que te hayas enterao de to .

LOS MAPAS YA NO SON FIRMES

Entre las explicaciones biologicistas que se han dado al comportamiento humano está la extraviada idea de que el clima modifica la lengua y es responsable de cambios lingüísticos. Una no sabe si sonrojarse o arrojar airadamente los papeles por el aire cuando lee o escucha en circuitos de pseudociencia ideas como que el calor en las casas y la (¿consecuente?) convivencia callejera hace que los andaluces hablemos mucho y que por eso gastamos los sonidos (como si abanicarse fuera erosionando las eses finales) o que en los climas tropicales las lenguas son más simples o que a más frío mayor complejidad gramatical. Folclore, supremacismo y una especie de creencia determinista en la interrelación entre la posición de la Tierra y el comportamiento lingüístico dieron lugar, sobre todo en el siglo XIX, todavía sin una Lingüística desarrollada como ciencia, a estas ideas peregrinas, que de vez en cuando algún iluminado por la bombilla de la ocurrencia defiende en alguna red social.

Y no, no es así, el calor y el frío no determinan la arquitectura de nuestras lenguas ni nuestra pronunciación. En Andalucía perdemos las consonantes finales porque ese es un proceso secular de modificación de la estructura de las sílabas del español, que afecta a muchos dialectos hispánicos, no exclusivamente al andaluz; las lenguas que se hablan en zonas tropicales pueden tener estructuras de casos tan aparentemente complejas como las que se usan en algunos idiomas centroeuropeos y pasar frío o calor no implica ninguna pronunciación particular. El clima no cambia la lengua.

Pero, a su manera, en la lengua sí rebotan los hechos meteorológicos que han preocupado a nuestros antepasados. Atenazados hoy por los incendios y por una inquietante subida de las temperaturas, se nos olvida que mirar al cielo y preguntarse por lo que venía es un gesto humano secular, que la gente de campo (la mayoría de la población, por cierto, hasta el siglo XX) cifraba en los vaivenes de lluvia y sol su cosecha, que era lo mismo que decir su futuro, su tierra firme, y que, sin el desarrollo científico de lo que hoy llamamos meteorología, se fue elaborando un conocimiento del entorno ambiental inmediato basado en la mera observación empírica; los ciclos de temperatura eran nombrados de forma impresionista, definidos con principios a modo de refranes, sin la precisión y el refrendo de la ciencia pero con notable pericia. La meteorología recibe su

nombre del griego meteóros (lo que está en el aire), ayer y hoy miramos al cielo con la misma inquietud, pero cambian los instrumentos con que podemos describir los hechos.

La ciencia nos ha cambiado la forma de presentar el tiempo y de representarlo. El léxico meteorológico ha salido del diálogo de los especialistas y, a veces con bastantes imprecisiones, se ha colado en nuestro vocabulario: desde los frentes fríos a las masas de aire, las precipitaciones o la presión atmosférica. La iconografía meteorológica también ha cambiado nuestra forma de representar la realidad, y eso es aún más importante que el vocabulario. Esos pronósticos que nuestros abuelos llamaban el parte del tiempo popularizaron en los medios (primero la prensa, luego la televisión) la presencia de mapas; la cartografía, vetusta práctica de siglos, trascendió los ámbitos aplicados en que vivía (la estrategia militar, la marinería) y pasó de ser herramienta cosmográfica a, también, herramienta meteorológica.

Es un logro de la meteorología la transición entre esa especialización de la cartografía y su generalización actual. Hoy podemos ver nuestro país representado en bloque o en detalle, como poco, en media docena de mapas del tiempo dentro de un solo telediario y se ha expandido el uso de mapas a disciplinas que no usaban en principio de esas representaciones geográficas. Eso es un enorme cambio comunicativo, aunque no estrictamente lingüístico. Desde el siglo XX ha ido creciendo el uso de mapas (la dialectología hace mapas lingüísticos, la economía desarrolla mapas de índices socioeducativos...); los aeroplanos empiezan a poder fotografiar superficies amplias y los mapas entran como objetos decorativos en las casas. Entendiendo que los mapas son guías, actualmente hay incluso quien habla de mapas de comportamiento o de mapas de titulaciones universitarias, sin que haya siquiera una representación cartográfica subyacente.

Vivimos en un tiempo de mapas. Viejo patrimonio de los navegantes, los portulanos, libros que recopilaban los mapas de redes de puertos, son sustituidos por nuestros actuales navegadores por satélite. Todos llevamos ya un portulano encima. Pero, a lo que parece, el cambio climático va a ir modificando esos portulanos: se erosionan las costas, se reducen las masas verdes, se van secando los ríos. Nos parecían inalterables las masas de tierra firme y agua de los planisferios. Y resultó que al tiempo que mejorábamos el estudio científico de lo que nos rodeaba, lo íbamos destruyendo y ni la cartografía tiene ya la tierra firme bajo sus pies. La tierra de los mapas está en el aire como la rosa de los

vientos.

ACENTO ANDALUZ: ORGULLO Y PREJUICIO

Es una verdad mundialmente reconocida que lo que logramos por celo propio nos hace sentir orgullosos de nuestro esfuerzo y que, al contrario, lo que nos viene dado por naturaleza no debería provocarnos orgullo sino, en todo caso, la sensación de ser afortunados (¿alguien podría jactarse de tener bazo «a mucha honra»?). Sin embargo, se leen y se ven como legítimas frases identitarias al estilo «orgulloso de mi acento andaluz» que suponen sacar pecho por algo que se consigue por crianza o por nacimiento, avatares consustanciales al destino azaroso de la geografía personal.

Uno habla en la variedad de su entorno. Todas las lenguas se realizan en forma de variedades, y todas esas variedades o dialectos tienen un perfil propio, a veces muy acusado (en la pronunciación, el vocabulario, las estructuras...) y otras menos rompedor con respecto a otras variedades vecinas o a la más general. El andaluz tiene uno de esos perfiles reconocibles, es una importantísima forma de hablar el español: lo es por la cantidad de sus hablantes y por sus raíces históricas, las mismas que en el XVI fundan la primera base del español americano. Estas son grandes razones para estudiarlo y respetarlo, pero en modo alguno lo facultan como un acento especial dentro de los dialectos del español. El andaluz es un acento más: nada más y nada menos que un acento más del español.

Obviamente, los acentos no son ajenos a las personas que los hablan y al sitio que estas ocupan en la sociedad. Cuando se asiste a uno de esos cíclicos ataques a la forma de hablar de los andaluces, advertimos que quienes los lanzan pretenden atacar en realidad a la persona que habla, agarrándose a su locución. Estas acometidas se han fundado en la tierra errónea del prejuicio, construido en realidad sobre razones socioeconómicas, nunca sobre hechos genuinamente lingüísticos o avalados por los científicos.

Cuando se acude al acento para invalidar la capacidad de alguien o cuando se hace mofa de la pronunciación andaluza reservándola para representar a un personaje irrelevante o un contenido baladí, se está construyendo un prejuicio pero también se está justificando otro mito: el del orgullo como escudo, que es la respuesta social de muchos hablantes contra el desprecio ajeno. Y ese escudo se

ha llegado a revestir políticamente: se ha defendido que el uso del andaluz es exigible y justificado por vía identitaria; imaginen que no solo causara orgullo tener bazo sino que fuera un signo de ideología progresista o conservadora. O se ha postulado incluso la superioridad del andaluz (por motivos tan acientíficos como ser más expresivo, más evolucionado, más florido...) para defender su capacidad y prestigio frente a otras variedades. Todas nuestras variedades son igualmente competentes y satisfactorias para responder a las necesidades lingüísticas de sus hablantes. Expresivos o aburridos como losas son los hablantes en concreto, no sus acentos.

Cuando alguien celebra que yo en público hable de la forma en que hablo, la andaluza, me siento sorprendida. No me jacto. No me avergüenzo. Y todo esto no quita para que celebre la fortuna y la oportunidad que tuve de ser, sin esfuerzo alguno, andaluza y libre.

NO DISPAREN AL ACENTO

Dice la leyenda (seguramente falsa) que el cartel colgaba en uno de esos bares arenosos y pecadores del salvaje Oeste a finales del siglo XIX: «No disparen al pianista». Cuando me preguntan por la cuestión de la variedad andaluza a propósito de lo que algún político dice o de cómo lo dice, me acuerdo, sin pasar por la Almería de los espagueti-wéstern, de esa frase sobre el pianista que va dando tumbos por la literatura y el saber popular. He escrito sobre el andaluz varias veces, pero en esta ocasión quiero tratar de este asunto viajando hasta Italia.

Pocos piensan en Nápoles como un lugar hispanohablante, pero lo fue; escindido de Sicilia, perdió su independencia a principios del XVI y hasta inicios del XVIII fue zona de dominio español, gobernada por sucesivos virreyes que eran elegidos entre los nobles peninsulares. Parémonos en un momento histórico concreto de esa historia de Nápoles: los años treinta del siglo XVI. En esa época, el rey Carlos I era también, simultáneamente, Carlos V de Alemania y paseaba el codiciadísimo título de emperador por Europa hablando una lengua que no era la suya materna: el español. En esa época ya estaba instalado en Nápoles el humanista Juan de Valdés, conquense de origen y toledano de educación, que se había marchado de España huyendo de un proceso incoado por la Inquisición General. Emplazado en la falda del Vesubio, Valdés escribió el Diálogo de la lengua (1535), una obra en la que se discurre sobre las distintas formas de hablar castellano que había en España, los sonidos y su escritura, el prestigio de unas palabras y lo desusado de otras... Un tópico está asociado a Valdés: su antiandalucismo. Valdés, en efecto, critica a Nebrija varias veces en su obra. No le dedica demasiadas líneas pero dice de él que era de Andalucía, «adonde la lengua no está muy pura». Teniendo en cuenta el prestigio que Nebrija tenía ya en España como latinista y la admiración que su obra despertaba en Italia, ¿a qué viene ese descrédito? ¿Por qué ese sesgo antiandaluz en Valdés? ¿Era meramente una cuestión de Toledo frente a Sevilla?, ¿un intento de reproducir en España la cuestión de la lengua que en Italia había elevado al toscano por encima de los otros dialectos? La corte en España era itinerante, la capital aún no se había fijado en un lugar estable y a fines del XV no estaba muy perfilada la escisión lingüística del sur peninsular. Nebrija, sí, nació en Lebrija (Sevilla) pero se formó en Salamanca e Italia, terminó ejerciendo en Alcalá de Henares y nunca

hizo profesión particular de ser abanderado de ninguna Andalucía lingüística. ¿Por qué esa crítica valdesiana?

Leído el Diálogo siglos después y estudiadas sus circunstancias, parece claro que Valdés no estaba apuntando a Andalucía, ni siquiera a Nebrija, cuando lanzaba ese dardo: estaba disparando al pianista. Por la época en que estaba Valdés en Nápoles, en Venecia se imprimían abundantemente libros de caballerías españoles (el Amadís, el Primaleón...), largas historias fantasiosas que eran muy disfrutadas por la soldadesca española que por allí campaba y que posiblemente eran vistas con ceja arqueada por los españoles más eruditos que estaban en Italia (entre ellos, nuestro Valdés, pero también Garcilaso de la Vega o Ginés de Sepúlveda). Tras esas impresiones venecianas estaba un corrector de imprenta andaluz instalado en Italia: Francisco Delicado, que había escrito una obra tan faltona y distinta como La lozana andaluza (1528). Delicado corregía las novelas de caballerías que se imprimían en Venecia y les adjuntaba prólogos en los que, de manera a menudo atropellada, con ideas que rezuman prisa y que tienen contradicciones varias, insistía en lo entretenidas, ejemplares y bien escritas que estaban tales obras. Para validar su opinión, Delicado defiende su autoridad como entendido lector arguyendo que él había sido discípulo del gran Nebrija. La argumentación de Delicado, como probó el filólogo Eugenio Asensio, es inestable y en el prólogo de esas reimpresiones venecianas las ideas se iban amontonando sin demasiada cohesión. Español en Italia, Valdés debió de ver quizás un Amadís en manos de los españoles que vivaqueban en Nápoles, no observó ejemplaridad alguna en la historia y desacreditó la autoridad de ese prólogo atacando a Nebrija. Orgulloso de su capacidad y formación, Valdés no desciende a enmendar al corrector de imprenta de un libro de ficción sino a la auctoritas con que este acreditaba su discurso. El tópico de que Valdés es un antiandaluz y que menoscaba a Nebrija por su lugar de nacimiento se nos viene abajo, al menos en parte, una vez que conocemos el contexto de la crítica al gramático sevillano. Una forma básica de falacia lógica, la llamada falacia ad hóminem, sirve para invalidar un argumento por la aparente debilidad de quien lo defiende.

Salgamos de Nápoles y del siglo XVI para instalarnos en la España del siglo XXI. El político Pablo Iglesias (Madrid, 1978-) dice en el congreso que se la suda cierta opinión de su adversario político; la expresión es, sin lugar a dudas, poco apropiada para el entorno en que se ha empleado, y muchos analistas reprochan al político tal construcción: ninguno de ellos atribuye esa inadecuación al origen soriano de Iglesias. Paralelamente, la política María Jesús

Montero (Sevilla, 1966-) se dirige a una periodista en un encuentro con prensa usando el vocativo chiqui. Curiosamente, en este caso, lo que se ataca es en global la pronunciación andaluza de Montero y no la escasa pertinencia de ese vocativo en un ámbito formal.

La manera de hablar de la ministra andaluza encaja con la variedad propia del andaluz occidental. Entiendo que un rasgo concreto que presenta, la oscilación entre seseo (provinsia) y distinción (provincia), puede resultar menos conocido a los oídos no andaluces, y posiblemente la velocidad y el énfasis con que articula (tal vez por reivindicación identitaria, tal vez por razones particulares) puede llamar la atención más que el de otros andaluces que ocupan posiciones relevantes en la política actual. Pero el episodio no es nuevo, me recuerda a las críticas que recibieron otras mujeres andaluzas con cargos (Celia Villalobos, Magdalena Álvarez, Susana Díaz) cuya pronunciación también se puso en entredicho, incluso por parte de los propios andaluces, curiosamente con cierta coincidencia en que la crítica suele proceder del partido no afín.

Se está disparando al acento, sí, pero en realidad se apunta a un blanco político. Para acabar con el pianista, se dice que su técnica es poco refinada, como si en la música y en la lengua existiera una única manera de tocar.

TERCERA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE LIBROS

No toda la lengua está en los libros, pero los libros resumen y muestran muchas de las mejores capacidades de una lengua. No creo que se pueda estudiar la lengua sin atender a cómo son los productos que esta genera, sean conversaciones de mercado o depuradísimas obras literarias. En esta sección veremos cuánto de literatura hay en nuestra vida cotidiana y por qué la literatura cambia el español e incluso sus mapas. Los libros son todavía el mejor logro humano para la transmisión del conocimiento. Quienes no vean en ellos un fin utilitario alguno no lo creerán, pero estos textos que siguen muestran que los libros han cambiado nuestros atlas de geografía física, han entrado en nuestros apellidos, han sido grandes perseguidos en las guerras y fueron en épocas de crisis nuestras mejores escapatorias.

EL LIBRO, UNIDAD DE MEDIDA

«Sabed que el mundo es como un libro y los hombres son como las letras, y las planas escritas son como los tiempos, que cuando se acaba la una comienza la otra». En el siglo XIV, ese gran relato de aventuras que fue el Libro del caballero Zifar nos convertía a todos en letras de un infinito alfabeto y hacía del suelo una sucesión de páginas en renovación continua bajo nuestros pies. La voz libro (latín LIBER), usada en todas las lenguas romances y documentada en todas ellas tempranamente, se hacía así metáfora comparable a otras que hacen al mundo equivalente a un teatro (theatrum mundi).

El prestigio del libro como dador de cultura y conocimiento, transmisor de la memoria y patrimonio material de los sectores sociales más cercanos al poder es manifiesto en todas las ponderaciones que se han hecho de este fabuloso invento de la cultura desde tiempo antiguo hasta hoy. Y ese libro, humilde como una novela de consumo rápido o distinguido como un códice medieval en pergamino y miniado, ha entrado como palabra en las lenguas haciéndose un hueco cada vez mayor, incrementando la familia de formas derivadas de él (libresco, librario...), dando lugar a una fabulosa fraseología nacida de su prestigio manifiesto (es un libro abierto, habla como un libro...) o participando en formaciones cultas que han servido para calificar a quienes han hecho del amor a los libros una intención o una obsesión. Estas páginas son metalibrescas, pues, desde dentro de un libro, hablan de libros; son metalingüísticas, pues, usando la lengua, versan sobre la lengua.

Estas páginas se redactan en Sevilla, en el barrio donde Bécquer vivió en varias casas distintas, en alguna de las cuales quizá bosquejó la rima donde se compara la mirada comunicativa de la amada con la de un libro abierto:

Como en un libro abierto

leo de tus pupilas el fondo.

¿A qué fingir el labio

risas que se desmienten con los ojos?

Los libros son el principal soporte material de la transmisión de contenido verbal, la escritura es siempre secundaria a lo hablado: hay cientos de lenguas que no se escriben y que siguen siendo un importante vehículo de comunicación. Por eso, y aunque estemos muy familiarizados con imágenes como la del libro abierto, vale la pena empezar considerando la trascendencia de una metáfora como esta: el libro como equivalente de una cara expresiva o de una mirada elocuente. La centralidad del libro en la cultura occidental se refleja en el surgimiento de símiles como este, que depositan en el libro, objeto eminentemente verbal, la misma capacidad de comunicación que la mirada, con sentido obviamente no verbal. No es esta la única imagen que usa el libro como unidad de medida ponderativa de qué es la comunicación. En el siglo XIII, el Libro de Alexandre aplaudía la calidad de ciertas pinturas que narraban la historia del pueblo de Israel, entre ellas

las carreras del mar, la muerte del Faraón,

cómo pidién los pueblos rey a Aarón,

cómo prendié la ley Moisés el varón...

y tales hechos los ilustraba la pintura, según declara la cuaderna vía del Libro de Alexandre, con tal capacidad que aquello, siendo dibujo, parecía libro:

todo era notado tan bien e tan cierto

que lo verié todo omne como en libro abierto.

También la elocuencia oral se pondera, como hacía Bécquer en su rima, diciendo

de alguien que habla como un libro: «así me gusta oírte: hablas como un libro» pone el novelista chileno Alberto Blest Gana en boca de un personaje de Martín Rivas (1862). El prestigio de la palabra escrita frente a la hablada se simboliza así en el producto escrito más fijado, el libro. La utilización de los libros como escala que mide la fidelidad o la perfección, como arquetipo, nos muestra hasta qué punto el libro se tenía como fotografía de una realidad. Las cosas que coinciden punto por punto con lo esperable en su clase son, de hecho, cosas de libro, una expresión que se encuentra desde el siglo XX incluso en la literatura: «El pobre tío es un santo, pero un santo de libro, y aunque cura, al fin y al cabo hombre» (Miguel de Unamuno, La tía Tula, 1921).

Los libros se convertían en medida externa del buen hablar, de la elocuencia o de la arquetipicidad en la posesión de un rasgo, y al mismo tiempo entraban en las casas, se hacían parte de la privacidad de las personas, se humanizaban. La lectura silenciosa, difundida en Europa desde la Baja Edad Media, ubicó al libro en los hogares de los lectores, no solo en las bibliotecas universitarias o los coros; y estos libros, gradualmente, se fueron acomodando a la medida humana, apropiándose de los espacios domiciliarios. Las mujeres del siglo XVI guardaban oracionales, misales y salterios entre sus faldas; las del siglo XIX ya son consumadas lectoras de novelas. La ficción es un importante salto en la popularización de los libros y ello dio lugar a dos sintagmas hoy comunes pero raros aún hace cien años: libro de bolsillo y libro de cabecera.

Los libros de cabecera están ligados a la lectura silenciosa; cuando ya existían almohadas de cabecera, imágenes religiosas de cabecera y, desde el siglo XIX, médicos de cabecera, el siglo XX empieza a dejarnos documentaciones de personajes que tienen libros de cabecera. El 23 de abril de 1903, el periódico El Liberal recoge un testimonio sobre la oportunidad de instalar en París un monumento a Cervantes y el novelista Jules Clarette declaraba a favor: «Don Quijote es mi libro de cabecera. Me siento orgulloso de inscribir mi humilde nombre entre los de aquellos que quieren glorificarlo». Aún no llegó este sintagma a los diccionarios en la edición del DRAE de 1970, solo en los años ochenta se consagra en la lexicografía académica esta expresión, que tenía un punto recursivo, en tanto que la cabecera (Diccionario histórico de la lengua española, 1933-1936) fue también el «adorno que se pone en la cabeza de una página, capítulo o parte de un impreso».

Por su parte, los libros de bolsillo toman la estructura de bolsillo «que denota la hechura y tamaño de una cosa adecuados para llevarla en la faltriquera»

(Diccionario histórico de la lengua española, 1933-1936), una expresión que el español tomó del francés (livre de poche) y que encontramos en el siglo XIX: «Nos sugiere estos renglones un libro que hemos visto, titulado Agenda militar [...] pero por la clase de su impresión es un libro de bolsillo» (La España, 5 de enero de 1856). Prácticamente por las mismas fechas, unos veinte años después de que se aprobara la Ley Moyano (1857), empieza a proliferar en español el sintagma libro de texto como forma de nombrar al manual escolar.

En el lado opuesto del uso del libro como elemento básico de alfabetización e instrucción, un libro que no era libro se usaba disipadamente: desde el siglo XIX al menos encontramos que los jugadores de cartas llaman a la baraja libro de cuarenta hojas. Libro que nunca se lee y sin palabras, este de las cuarenta hojas era leído por los bandoleros que retrató Julián Zugasti (El bandolerismo, 1876): «El punto negro, por decirlo así, de aquella reunión estaba, en cuanto a los hombres, en el pequeño grupo que a mi espalda se entretenía con el libro de las cuarenta hojas» y por los jóvenes que parrandeaban cerca del Jarama en la novela de 1956 de Rafael Sánchez Ferlosio: «sobre el tapete me tiré la tarde al libro de las cuarenta hojas, a base de tute por todo lo alto». La domesticación de los libros supone también, y es inevitable, su conversión en objeto con el que hacer donaires, trampas e ingenios.

Evocaciones más nobles son las de los derivados del sustantivo libro. Entre los términos biológicos que usa la lingüística está el sustantivo familia: hay familias de lenguas y familias de palabras: aquellas agrupan, como en árboles genealógicos, a lenguas que comparten antecedentes; las familias de palabras, por su parte, trazan los hijos o derivados a que ha dado lugar una base léxica, una raíz. Libro es, así, raíz y árbol del que han brotado ramas que, sobre todo con terminaciones, ha ido dando lugar a palabras nuevas: libresco, librero o libreril son algunas de ellas.

Los libreros son y siguen siendo los que venden libros. Viejos textos castellanos nos avisaban de la existencia de este oficio, desarrollado en tiendas fijas. Así, en un libro de caballerías medieval, La corónica de Adramón, anterior a 1492, un personaje descubre un libro a otro y le dice: «Adriano, mira qué te he comprado de un librero, para que pases tiempo alguna vez en estas boberías». La ubicación ideal de las librerías es trazada por Gabriel Alonso de Herrera (1513) en su obra sobre agricultura al decir que los pueblos bien regidos tienen los oficios separados por calles: «por sí los libreros, los herreros en otra calle, están en otro lugar los zapateros...». Las viejas definiciones de los diccionarios nos cuentan

mucho la evolución del oficio de ayer a hoy. Sebastián de Covarrubias (1611, Tesoro de la lengua castellana o española), que tan acostumbrado nos tiene a incluir en su diccionario noticias de la vida de su tiempo, informaciones peregrinas o datos enciclopédicos, es muy lacónico al decir que un librero es «el que tiene tienda de libros», pero algo más de un siglo después, el diccionario de los primeros académicos nos permitió conocer mejor la historia del oficio de librero por dentro. En 1734 el Diccionario de autoridades ya avisaba de cómo el librero «tiene por oficio vender libros, encuadernarlos y aderezarlos». En efecto, el librero, antes de la imprenta y después, prestaba servicios de encuadernador: una relación de gastos de 1541 incluida en el listado de documentación del Archivo Catedral de Santo Domingo de la Calzada explica cómo el responsable de cobros de la iglesia (en concreto, el llamado primiciero, encargado de cobrar las primicias) pagó el 4 de septiembre de ese año «a maestre Cerezo doce reales por encuadernar los evangelisteros» y 22 días más tarde, el mismo pagador volvió a reclamar los servicios de ese mismo librero pero abonando esta vez «ocho reales por encuadernar un misal y un libro de las procesiones». Los oficios son adjetivos candidatos a hacerse fácilmente apellidos: las 1459 personas que se llaman de apellido Librero en España nos lo demuestran y, cosas de la cuantificación censal (los datos son del Instituto Nacional de Estadística a fecha de 2021), la mayoría de los apellidados Librero reside en la provincia de Sevilla.

La librería, otro derivado de la misma raíz que libro, no era solo el lugar de venta y arreglo de libros. La librería podía ser la biblioteca particular e incluso el mueble que guardaba esos libros. Un novelón de caballerías escrito por Feliciano de Silva, el Lisuarte de Grecia (1514), encomiaba un castillo lleno de maravillas donde los personajes Alquife y Urganda, sabio y doncella, enseñan a los caballeros Lisuarte y Perión una librería tal «que fueron muy espantados de verla»; y esto era porque en ella se contenían libros que profetizaban grandes aventuras caballerescas. La discusión entre armas y letras que tanto fruto dio en la literatura española y que tan dolorosa pudo resultar, por cuanto debate de polos a elegir, nos da un ejemplo más de este valor: «El buen caballero torna agora los guantes en manoplas, las mulas en caballos, los borceguíes en grebas, las gorras en celadas [...], el oro en hierro y el cazar en pelear, de manera que el valeroso caballero no se ha de presciar de tener gran librería sino buena armería» (Fray Antonio de Guevara, Epístolas familiares, 1539).

La terminación en -esco es un eco italiano en español, y ha entrado en nuestra lengua embutida en palabras italianas que tenían esa terminación, en general a

partir del siglo XV. Pero la soldadesca y lo villanesco en las personas o lo plateresco y lo pintoresco en el paisaje tienen una vividura distinta a lo libresco, el derivado de libro, la palabra que Unamuno popularizó y que entró en los diccionarios en 1936, cuando se dio por extendida en la lengua. Seguramente inspirado por el francés libresque, el adjetivo libresco era aún percibido como galicismo por el gran filólogo granadino Julio Casares (1877-1964), quien consideraba esta voz (en su libro Crítica profana) un extranjerismo necesario pues «expresa una idea que no está en ninguno de los derivados castellanos de libro»; superaba así Casares la purista idea que Eduardo de Huidobro decía al señalar que Azorín era un majadero por escribir «cultura libresca» y no instrucción o erudición (¡Pobre lengua! Catálogo en que se indican más de cuatrocientas voces y locuciones incorrectas hoy comunes en España, [1903]1908). Como hay libros que se publican sin conseguir lectores y que son reivindicados y celebrados pasados unos siglos, la palabra libresco tuvo una historia en dos tiempos: hay una primera documentación de este adjetivo a fines del XVIII (el Correo de Madrid de 9 de mayo de 1787 hablaba del «color libresco») pero hubo que esperar al siglo XX para ver crecer la rama más moderna salida de la raíz de libro.

Los sufijos permiten agrandar y achicar a los libros, los hacen miembros destacados o menores dentro de su familia. Sufijos apreciativos como –aco o –illo se han adherido a los libros desde hace siglos, cambiando el prisma con el que se contemplaba el libro. Empecemos por los sufijos más ingratos, que dieron lugar a libracos y librejos. Los libracos fueron en otro tiempo no libros grandes, sino mezquinos: el diccionario académico de 1843 dio entrada a esta palabra por sí para definirla como ‘libro despreciable’; los librejos eran también libros ruines, denostados por infames. Sobre todo desde el siglo XVIII, cuando más se empieza a escribir sobre libros y a hacer crítica literaria, estos derivados se extienden en los textos, conviviendo con otras terminaciones más antiguas y positivas: las de los diminutivos. Librito, librico o librillo a veces achican a los libros en tamaño o importancia y a veces los agrandan en afectividad y emoción. Pero ocurre que a menudo los diminutivos se adhieren a sus bases tan sólidamente que pierden toda o parte de su carga inicial. Librillo empezó a aparecer en los diccionarios como una entrada independiente, como lo hacen palabras con diminutivos ya incorporados (es lo que técnicamente llamamos lexicalización) y eso nos empezó a informar de que la palabra empezaba a tener un significado particular y propio, distinto. El Diccionario de autoridades (1726-1739), decía que librillo o librito era ‘el libro pequeño’ pero que además un librillo de cera se llamaba al ‘envoltorio de cerilla, dispuesto en forma de libro’.

El miembro más insignificante de la familia léxica de sufijos de libro es quizá libreril. ¿Quién ha escuchado la palabra libreril en español? ¿Quién no la entendería? El jurista gaditano Félix de Llanos y Torriglia (1868-1949) ingresó en la Real Academia Española en 1945 y en su discurso se refirió a las cartas que se cruzaron Marcelino Menéndez Pelayo y Francisco Rodríguez Marín y dijo de ellas que eran no solamente «un arsenal de datos bibliográficos y libreriles sino dechado insuperable del arte epistolar». No hay muchas más documentaciones, pero, pese a ello, con esa sola cita, libreril ingresó en el diccionario de la RAE, porque el libro parece buscar al libro y una palabra que apenas se ha dicho en español ha entrado en ese gran libro de las palabras que es el diccionario.

La anonimia y los apócrifos son grandes fuentes librescas de falsedad. Cide Hamete Benengeli nunca existió, pero fue necesario que existiera para que se creara el Quijote; daríamos mucho por saber quién escribió el Lazarillo de Tormes pero seguramente este libro no existiría si su autor no hubiera aprovechado la ocultación de la anonimia. Los libros, que tantas mentiras y bulos acallan, que tan bien contribuyen a la fundamentación científica de una sociedad, son a menudo también los malvados conductos para hacer rodar bulos.

Entre las manos de la jerarquía eclesiástica del siglo XVII fue circulando un libro tan escandaloso que terminó siendo copiado, reimpreso y conocido por otras autoridades, por lectores interesados en el mundo del gobierno y la política. Quienes hoy son calificados de «conspiranoicos» habrían consumido seguro con avidez cierto libro de consejos para los jesuitas titulado Monita privata Societatis Iesu (o sea, Consejos privados de la Compañía de Jesús); la obra ve la luz en Cracovia en 1615 y finge ser traducción de un libro español de 1614. El libro se presenta como un código de circulación interna entre jesuitas con instrucciones y métodos para hacerse influyente en la sociedad: se insta a buscar a viudas ricas, recomienda ordenar como sacerdotes jesuitas a los candidatos a triunfar socialmente... muestra poco escrúpulo y mucha seguridad en las recomendaciones proselitistas. Los jesuitas rechazaron rápidamente toda relación con este libro que les fue atribuido, pero la obra no dejó de circular y de leerse; el placer de leer culpando a otros fue tal que este libelo disfrazado de precepto incluso llegó a traducirse al inglés (1669, Henry Compton). Y la fama fue tal que el libro dejó de ser exclusivamente un libro y terminó siendo un sustantivo común cargado de negatividad; la mónita empezó a ser el ‘artificio o astucia hechos con suavidad y halagos’. Y así circula la palabra del siglo XVIII en adelante en nuestra historia de la lengua: don Benito Pérez Galdós usa con cierta frecuencia el sustantivo en sus obras para criticar la «mónita frailuna» con que

alguien hablaba (Bodas reales, 1903), la «mónita constante» con que una muchacha aguantaba a sus pretendientes (La vuelta al mundo en la Numancia, 1906) y, en general, las capacidades suasivas de quienes eran hábiles en el trato verbal: «es hombre de grandísimos recursos intelectuales, muy sabedor de negocios de todo género, y con una trastienda y una flexibilidad y una mónita que dan quince y raya al más pintado» (La incógnita 1888). El verbo latino MONERE, que ha dado en español formas como admonición o monitor, generó así este hijo sorprendente salido de la rama de un libro que dejó de ser propiamente un libro.

Un camino distinto es el que el viven los libros que dejan de ser de sus autores y que, nacidos con la atribución de un nombre y un apellido que identifican la acreditada autoría, alcanzan tal notoriedad que dejan de ser nombres propios para entrar en la colectividad anónima del nombre común. Si la mónita nació de un bulo hecho libro, los viajes y el nacimiento del turista y del viajero en el Romanticismo terminaron afectando también al mundo del libro. Quienes tenemos un pie biográfico en el siglo XX recordamos la circulación de las guías Baedeker, tan populares entonces como hoy lo pueden ser guías turísticas con nombres de célebres empresas internacionales. Un baedeker fue, en efecto, una guía turística; hoy es nombre quizá ya olvidado pero en el siglo XX esta palabra se usó, procedente del nombre de marca Baedeker, derivado de Karl Baedeker (1801-1859), un editor alemán que en 1827 comenzó a editar en Coblenza guías turísticas para viajeros que quisieran desplazarse y que no querían estar atados a un guía local. Los ejemplos están ya en Galdós (Diccionario histórico, 1960-1996); en 1922 el escritor hispanocubano Alberto Insúa decía en una de sus novelas (El negro que tenía el alma blanca) del personaje de Emma: «Estuvo en las ciudades que señalaba el índice despótico de Baedeker, visitó museos, castillos derruidos, abadías famosas...» y todavía en 1970 Juan Goytisolo denostaba a esos españoles que encarnaban lo carpetovetónico por estar «opuestos al time is money, al sentido común, a la apestosa lógica» y por ser «enemigos viscerales del Baedeker y el sleeping-car, de la almohada y el baño». Quien introdujo las estrellas como método de valoración de hoteles y restaurantes fue precisamente Baedeker; con esas mismas estrellas hoy plataformas como Goodread permiten a sus usuarios valorar libros y escritores.

Si el libro de los gustos está en blanco y, para gustos, colores, los colores de los libros han quedado fijados en algunos casos como nombres de tipos de libros, independientemente del color de sus portadas. Rojos, blancos y verdes, ha habido géneros de libros ligados exactamente a un color que condicionaba y

avisaba de su contenido. Un libro blanco es hoy un documento o guía que nace en el ámbito gubernamental o comercial con el fin de ayudar a entender un tema, o guiar en la aplicación de una legislación. La adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior fue precedida en España de la publicación de un conjunto de libros blancos que, separados por titulaciones, aspiraban a ayudar en el diseño de los nuevos grados; bien conocidos son los libros blancos de la Unión Europea. Célebres libros blancos fueron el Libro blanco de 1939 (Libro blanco de MacDonald) donde se declaraba la situación del Mandato británico de Palestina que dio lugar a actos más bien oscuros de sabotaje y protestas contra los ingleses en Israel. No muy blanco fue tampoco el Libro blanco del cambio de gobierno de Chile, editado tras el golpe de estado contra Salvador Allende (1973), montaje por escrito que sirvió para justificar la intervención militar que derrocó a Allende y el gobierno de la Junta militar.

En lo antiguo, libro blanco era también el publicado gubernamentalmente y que contenía documentos diplomáticos que servían para informar a la población o a los órganos legislativos. Así, la gestión de la enorme empresa americana desde la metrópoli incluía este sintagma para que se informase a España de cuanto ocurría en las llamadas Indias:

Cualquiera que tuviera oficio de gobernación, jurisdicción o administración, forme y haga libro blanco en el cual ponga la tabla e inventario de todos los géneros y especies de las cosas de que se manda hacer averiguación, descripción y relación que se contienen en su provincia, cargo y oficio (Ordenanzas para la formación del libro de las descripciones de Indias, 1573).

Este libro blanco era en uso similar a lo que en otros tiempos y formas se llamó tumbo, como bien señalaba en torno a 1625 el abad de Rute Francisco Fernández de Córdoba (Historia y descripción de la antigüedad y descendencia de la Casa de Córdoba) cuando hablaba de que algunos componentes de la casa nobiliaria de Córdoba estaban enterrados en la iglesia de San Salvador de la ciudad califal pero que había versiones contrapuestas, pues «los de la contraria opinión se fundan en que por el libro de la santa Iglesia de Sevilla (así llaman en ella al que en otras tumbo) a hojas 53 consta...».

Otro color, el verde, daba nombre al libro «que contiene las cosas particulares de un país y especialmente de los linajes de él, y lo que cada uno tiene de bueno o malo» (Diccionario de autoridades) y que terminó dando lugar a una expresión, ser libro verde, con la que se aludía a quien tiene especial gusto en fiscalizar las faltas de otros. Así, Baltasar Gracián (Oráculo manual, 1647) prevenía de que no se debía ser libro verde: «Señal de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena: querrían algunos con las manchas de los otros disimular si no lavar las suyas; o se consuelan, que es el consuelo de los necios». El libro verde era, pues, el libro mental de las iniquidades y las faltas ajenas, el libro más oscuro de todos los que no existieron.

Dos refranes, sin colores pero con libros, reflejaban en esa misma época áurea la capacidad del libro para nombrar lo empequeñecido o lo renovado: estar ducho en el libro de la aldea propia era no saber salir de lo acostumbrado y, por contra, hacer libro nuevo era dar la espalda a un pasado oscuro para reiniciar la trayectoria. En la Subida al monte Carmelo, San Juan de la Cruz rechazaba a quienes solo rezaban en el lugar que estaba acomodado a su gusto «y así, muchas veces faltará a la oración, pues, como dicen, no está hecho más que al libro de su aldea». Hacer libro nuevo era rematar cuentas pasadas y empezar de cero.

Y los hay obsesionados por los libros. Acurrucan, nadan o somos son, además de presentes de indicativo, palabras palindrómicas, con lectura de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. Parecidos a los palíndromos hay libros con doble portada, una en cada parte de la cubierta, libros reversibles que hay que girar para leer en cada una de esas dos partes. Si tratásemos de llevar esta estructura de doble dirección a la familia lingüística de los libros, tendríamos que saltar de la palabra libro a su hermana griega biblio, del griego antiguo βιβλίον (‘papel, tableta para escribir’), diminutivo de βίβλος (‘libro’) y jugar con las palabras bibliopola y biblióp̀ola, llana y esdrújula respectivamente, con doble acentuación, con dos posibilidades a elegir para depositar la fuerza tónica en una vocal. Apostemos por la esdrújula en lo que sigue. Biblióp̀olas son en español los libreros, un término culto con sentido positivo que contrasta con otros compuestos con biblio como bibliomaníaco, bibliómano o bibliomanía:

Bibliomanía: la pasión de tener muchos libros raros o de recoger los pertenecientes a tal o tal ramo, más por manía que para instruirse.

Bibliómano: el que tiene el delirio de reunir libros raros por gusto u ostentación, sin cuidarse de adquirir los conocimientos que su lectura podría proporcionarle.

(ambas definiciones procedentes del Nuevo diccionario de la lengua castellana de Vicente Salvá, París, 1846).

La bibliomanía existe desde antiguo pero la palabra se difunde en español por la novelita que Gustave Flaubert (1836-1880) escribió cuando aún era un simple quinceañero, sobre un lector, el monje Giacomo, que vive para los libros hasta traspasar todos los límites. Aunque la palabra sea de significado y estructura muy transparente en español, lo cierto es que no llegó a extenderse hasta que la usó Flaubert. Diez años después de que apareciera la novelita en francés, Pedro Antonio de Alarcón (De Madrid a Nápoles pasando por París...) escribe de alguien que tiene «aire de sabio, de bibliómano o de arqueólogo». El personaje del Quijote que todo lector tiene en la cabeza al pensar en bibliomanía es evocado paródicamente por José María de Pereda (El cervantismo, 1880) para reírse de las «doctas pesquisiciones de un bibliómano cochinchino, don Fidalgo de la Manga». Si de Flaubert a estos dos novelistas pasa en treinta años el término en su sentido más poético y evocador, el desarrollo de bibliografía médica e higienista termina atrapando a esta manía de los libros en su campo de trastornos y síndromes. Tomás Orduña Rodríguez, en su Manual de higiene privada (1881) explicaba con florimanía ilustrándola con la pasión por los tulipanes que prendió en Holanda y, junto con esta manía, avisaba sobre los peligros de la bibliomanía, que, «entre todas las manías coleccionistas» resultaba «la más extendida, la más seductora, y la más lentamente ruinosa». Alguno de los lectores de este libro la sufre o la va a sufrir, y seguramente se gane la indulgencia del dios de la lectura, si es que este existe. Las bibliomanías, como todas las obsesiones, pueden ser muy variadas en su plasmación en los individuos. La ensayista mexicana Valeria Luiselli (El País Semanal, 25 de noviembre de 2014, «Bibliomanías») señalaba las suyas: «Cuando durante un tiempo frecuento una biblioteca, suelo escoger el mismo sitio para leer. Si un día sucede que mi espacio está tomado, salgo a buscar café y regreso luego. Si cuando vuelvo sigue ocupado, me resigno a actividades intermedias».

La familia léxica de los libros es amplia. Vayamos terminando. Trashojar es uno de los más bellos verbos que se esconden entre los libros, pero está muy arrinconado y estas líneas querrían invocarlo para que se encarnase y saliese a la calle convertido en una criatura ligera, enredona, volandera. Trashojar es ‘pasar las hojas de algún libro sin hacer detención ni estudio particular en ellas’ en la definición del diccionario académico de 1739. Cuando el lector que acaba ahora de leer estas páginas tuvo en sus manos por primera vez este libro, a buen seguro se dedicó a trashojarlo, y seguramente lo trashojó de nuevo antes de sentarse a leer. El libro sigue siendo, más allá de su uso concreto como objeto de transmisión de contenido, una unidad de medida de lo prestigioso, el patrón de una magnitud de conocimiento y de capacidad. En una sociedad tecnocéntrica, el libro sigue frecuentando la lengua en forma de raíz léxica, centro de refranes y de metáforas, lo que aún no han conseguido otros inventos modernos. Larga vida y larga lengua a los libros.

CUANDO LA LITERATURA CAMBIA LOS MAPAS

Sancho Panza no existió nunca, pero en nuestra cabeza existe: un labrador de bien, corto de entendederas, que se deja convencer por don Quijote para ejercer como escudero. Hay algo que anima su decisión de seguir al hidalgo manchego, y es que Sancho ambiciona ser el gobernador de una isla. El lector sabe que eso nunca ocurrirá, pero el cebo de la isla es el anhelo que acaricia Sancho durante toda la aventura de la novela. En la segunda parte de la obra, Cervantes mete a Sancho y a don Quijote en el palacio de unos duques que se ríen de ambos y hacen creer al ingenuo escudero que efectivamente ha sido nombrado gobernador de un lugar: Barataria. El nombre es un juego de palabras hecho seguramente a partir del nombre baratario, lugar donde se vendía engañosamente. Barataria no existió nunca, como no existió don Quijote. Pero en homenaje a la novela de Miguel de Cervantes, el mapa de América registra dos lugares llamados así.

Barataria, en efecto, salió de la obra cervantina para hacerse un lugar real en el Caribe: en Trinidad y Tobago (en la zona de San Juan Laventille) hay una localidad así llamada. Y el mismo nombre de Barataria tiene un enclave en Estados Unidos, en Jefferson, en el estado de Luisiana, posiblemente heredando el nombre de Barataria que le había dado Bernardo de Gálvez (1746-1786) a un pueblo de la zona.

Los grandes nombres de la literatura, como los de otros ámbitos culturales, tienen un recuerdo en nombres de estatuas, placas o monumentos. Un paseo por cualquier provincia española nos hace toparnos fácilmente con calles que se llaman, por ejemplo, Cervantes, Blasco Ibáñez o Emilia Pardo Bazán en homenaje a estos autores. Pero hay homenajes mucho más llamativos y curiosos, como estos casos en que el lugar que un escritor ideó para situar la acción de su obra, llamado con un nombre inventado y creado de su cabeza, se hace realidad para volverse un punto geográfico, un lugar existente y fijado en los mapas. Los nombres de lugar, técnicamente llamados topónimos, salen a veces de la literatura para entrar en la geografía real.

Otro caso similar es el de un pueblo llamado Guadalema de los Quintero, pedanía del municipio de Utrera (Sevilla). Este enclave fue fundado hace menos

de un siglo; el Instituto Nacional de Colonización, creado en la posguerra, fundó más de trescientos pueblos en toda España con el objetivo de reorganizar poblaciones y reactivar determinados cultivos agrícolas. Uno de los pueblos que creó estaba en una zona cercana a Utrera, lugar en que habían nacido los hermanos Álvarez Quintero, Serafín (1871-1938) y Joaquín (1873-1944), escritores muy célebres en las tablas teatrales españolas por sus obras costumbristas. En varias de ellas se menciona como lugar de la acción un pueblo andaluz inventado llamado «Guadalema». Pues bien, cuando el Instituto de Colonización fundó esa población cercana a Utrera la llamó Guadalema de los Quintero y dio a sus calles nombres de personajes o de comedias de los hermanos escritores. Los Quintero se inventaron una Guadalema para sus libros, y esta terminó apareciendo en los mapas de la provincia de Sevilla. Hoy cuenta con un millar de habitantes.

Fuera de España hay algún caso parecido. El escritor francés Marcel Proust (1871-1922) se inventó el nombre de un pueblo imaginario llamado Combray como lugar en que se desarrolla la acción de Por el camino de Swann, una de las novelas de la serie En busca del tiempo perdido. El reconocimiento a la la obra de Proust hizo que ese pueblo cobrara existencia y comenzara a aparecer en los mapas: Illiers, localidad a dos horas de París en que Proust pudo inspirarse para crear Combray, cambió su nombre en 1971 a Illiers-Combray para rendirle un homenaje a este autor. Un halago similar le brindaron al escritor ruso Aleksandr Pushkin (1799-1837), que estudió entre 1811 y 1817 en la ciudad de Tsárskoye Seló (traducible como ‘aldea real’), llamada a partir de 1937 Pushkin en reconocimiento a este autor.

Pero para que la literatura entre en los mapas se necesita algo más que la voluntad de algunos lectores. Macondo fue el nombre dado por Gabriel García Márquez al imaginado lugar donde pasaban su vida las sucesivas generaciones de los Buendía. El pueblo natal de García Márquez, Aracataca, en Colombia, se planteó en 2006 cambiar su topónimo a Aracataca-Macondo en homenaje al escritor y como modo de atraer las visitas de los lectores. Pero el referéndum fracasó por falta de participación, y la localidad se sigue llamando Aracataca, aunque en ella haya barrios llamados Macondo, Urbanización Gabriel García Márquez o Ciudadela Macondo.

No es habitual que los topónimos inventados por los escritores salgan de los libros a los mapas. Normalmente si hay pueblos o ciudades que rinden homenaje a una persona concreta, de existencia real y efectiva, es porque esta ha sido un

militar o un prócer destacado: la ciudad italiana de Reggio Emilia fue llamada en época romana Regium Lepidi en honor al político y militar romano Marco Emilio Lépido. Al dictador de República Dominicana Rafael Leónidas Trujillo (1891-1961) se le antojó cambiar el nombre de la capital de República Dominicana, Santo Domingo, a Ciudad Trujillo, y así se llamó el lugar de 1936 a 1961. Morelia en México rinde homenaje desde 1828 al sacerdote José María Morelos y Pavón (1765-1815), uno de los líderes de la Independencia mexicana... Hay muchos casos de ese tipo.

Que la literatura cambie los mapas no es lo común. La literatura parece destinada más a cambiar a las personas que a los lugares. Los libros pueden cambiar paradigmas, esquemas mentales, hacernos descubrir pasiones u odios; son un buen camino para modelarnos. Pero si consigue cambiar realmente los mapas y hoy Barataria existe, ¿por qué no pensar que don Quijote existe también o que en algún lugar de cuyo nombre no queremos acordarnos Sancho Panza gobierna?

26 DE AGOSTO DE 1992: UN DÍA DE FURIA Y LIBROS

La única universidad alemana que otorgó un honoris causa a Albert Einstein fue la de Rostock, una ciudad portuaria al norte del país donde el 26 de agosto de 1992 la noticia era el incendio de un albergue de refugiados: se vivía la resaca de unos días de disturbios provocados por extremistas neonazis que rodearon el edificio y terminaron quemándolo. No hubo víctimas entre los asilados, en su mayoría vietnamitas que habían huido de su país y que escaparon como pudieron. Aquel 26 de agosto de 1992 era miércoles y esa semana Sarajevo había vivido un lunes negro con más de un centenar de víctimas tras un bombardeo de tres horas; la ciudad en guerra amanecía ese miércoles, además, con dos noticias que digerir: la destrucción de su hermosa biblioteca bajo la artillería del Ejército ultranacionalista serbio y la inauguración inminente de una conferencia internacional en Londres donde la ONU iba a asumir la desintegración de Yugoslavia. Mientras se destruían libros por el este de Europa, por el oeste se cosían legislativamente dos textos: en España, el BOE estaba a punto de publicar la primera reforma de la Constitución que adecuaba la Carta Magna de 1978 a la integración europea propuesta en el Tratado de Maastricht.

Ese mismo día, la localidad de Barcarrota, en Badajoz, buscaba confirmar en las noticias televisivas la situación en que había quedado Bradenton, ciudad estadounidense con la que está oficialmente hermanada. El huracán Andrew llevaba días arrasando la Florida y estaba a punto de entrar por Miami. Barcarrota y Bradenton son ciudades unidas por la figura de Hernando de Soto, el extremeño que en 1539 desembarcó en la bahía de Tampa, seguramente el primer europeo que vio el río Misisipi. En homenaje a este explorador, la Chrysler vendió automóviles bajo la marca DeSoto hasta 1960.

Justamente un profesor universitario estadounidense de literatura hispánica huía ese día del ciclón tropical en su viejo DeSoto, ajeno a lo que estaba pasando en Extremadura. En Barcarrota, en ese mismo mes de agosto, el albañil Antonio Pérez acondicionaba la planta alta de la antiquísima casa de Antonia Ascensión Saavedra. El obrero avisó a la dueña de que al tirar un tabique se había topado con unos libros emparedados. Eran diez los ejemplares, todos de mediados del siglo XVI: una edición desconocida del Lazarillo de Tormes, un tratado sobre exorcismo, otro sobre quiromancia, un libro del perseguido Erasmo de

Rotterdam... y junto a ellos un papelito con la estrella de David. Los libros habían resistido las inclemencias de los hombres y del tiempo. Alguien en el siglo XVI los guardó con recelo para protegerlos de los incendios de la Inquisición. La noticia de la biblioteca de Barcarrota tardó muchos meses en hacerse pública; revelada en los medios, y aún sin Internet, el hallazgo maravilló a aquel profesor estadounidense, que semanas más tarde abrió nervioso su seminario semestral sobre la novela picaresca con el relato a sus alumnos de la noticia del nuevo Lazarillo localizado en España. El 26 de agosto de 1992 la vida no se detenía, y en un incesante ciclo de destrucción y creación había personas escapando y explorando, había libros que renacían y que desaparecían. En todo tiempo y lugar hay perseguidos y perseguidores, tesoros ocultos y revelados, por eso es necesario recordar a los que huyen, a los que crean, a los que preservan. Y a los que leen lo que escribimos.

LA NOVELA DE VIVIR BAJO EL VOLCÁN

Es curioso el escaso crédito que damos a la novela cuando la incluimos en nuestra vida cotidiana: el adjetivo novelesco alude a una circunstancia que nos parece extremadamente fabulosa o estrafalaria. Le sucede algo similar a la palabra teatro: una actitud teatral no se critica por escénica sino por impostada. Parece que no nos gusta que la vida se nos llene de invención, pero la vida está llena de giros argumentales, de experiencias que nos dan la vuelta y de detalles que, menores a ojos de otros, nos conmueven por dentro y nos hacen variar el rumbo.

La retórica llamaba anagnórisis a las experiencias de reconocimiento que modificaban para siempre la vida de un personaje. Esto solía ocurrir en la literatura antigua con el personaje del criado, que de repente conocía que su marca de nacimiento en la espalda lo validaba como hijo oculto del rey, o con el personaje de la dama, que descubría que ese paje que desde tiempo atrás la protegía del infortunio era en realidad su amado pertinazmente embozado. La anagnórisis (o sea, 'reconocimiento' en griego) fue muy usada en la novela europea del siglo XVI, inspirada en la herencia de la comedia y la tragedia griegas: un personaje descubre algo sobre su identidad que cambia su fortuna para siempre y que lo obliga a adaptarse a un nuevo destino. Hoy lo ejemplificaríamos con el «yo soy tu padre» de uno de los episodios de la Guerra de las Galaxias.

No hace falta ser uno de esos personajes en lance aventurero para vivir una anagnórisis, para reconocerse como alguien distinto al que se era un instante atrás, para reacomodarse a una identidad nueva o a un giro brusco del guion. Pienso en el retorno a sus casas de un millar de habitantes de la isla canaria de La Palma una vez que se terminó la danza de fuego del volcán Cumbrevieja en el verano de 2021. Aunque la estructura y el contenido de los hogares permanezcan en algunos casos intactos, la casa a la que volvieron no es la que dejaron; resultaría ilusorio pretender recomponer el horizonte del paisaje y de la vida de antes de la erupción. Para ellos, el giro argumental fue tan sorprendente como el de esas antiguas novelas, aunque en este caso la anagnórisis no será la de reconocer una persona sino la de reaprender un espacio: tejas afuera, el panorama de los lugares sepultados y, tejas adentro, ese hogar que se abandonó y

en el que las cosas empezaron a tener un sentido distinto.

Para quienes no perdieron la casa, retornar supone atender a un paisaje doméstico donde se muestran con mayor nitidez pertenencias corrientes que durante semanas habían sido el espejismo de un recuerdo. Se topan con objetos que ocupaban sin saberlo un sitio en la memoria, realidades sin las que se podía vivir pero que, puestas de nuevo delante de la vista, habrán provocado esa frase de «mira esto, ¿te acuerdas?» con la que no se pide a quien oye que recuerde nada ausente sino que reconozca el papel que eso que atesoramos entre las manos tuvo en nuestro pasado.

Los giros de argumento, los reajustes vitales y los encuentros íntimos con objetos que creíamos perdidos son los mejores ingredientes para una ficción; quizá la furia natural derramada en La Palma provoque una obra literaria basada en esta experiencia y tal vez un injusto lector del futuro se sorprenda al leerla y considere que es demasiado novelesca.

ANTAÑO Y HOGAÑO

Quiso Miguel de Cervantes que don Quijote en su lecho de muerte se viniera abajo, mirara hacia atrás, reconsiderara sus aventuras, se arrepintiera de ellas y pinchara las expectativas propias y los miedos ajenos con una frase hermosa y triste: «Vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño». Brillan más en la historia de nuestros tópicos literarios sus delirantes luchas contra los molinos, el soltar embravecido a unos presos, el yelmo mágico, los sueños de grandes monstruos y ricas ínsulas; no hemos perpetuado en nuestra memoria a un Quijote cuerdo sino al loco. Y ese personaje cuerdo que recapitula en la cama y que da por imposibles los sueños que albergó se asemeja bastante a nosotros mismos en diciembre, en esa época de inevitable inventario y retrospectiva que guardan los finales de año.

Todo es fabricado en la medición del tiempo que hacemos los humanos al separar años, meses, días, horas, minutos y segundos. Como es artificial, este sistema de medida es de cómputo tajante: lo que en la naturaleza es una modulación gradual del buen tiempo a la lluvia, de la luz a la sombra, del otoño al invierno, eso que en el cielo es un «vámonos poco a poco», es en el reloj un orquestado pasar de las doce a la una. Nada será más acompasado que nuestra ceremonia de final de año: el día 31 nos darán las doce campanadas y habrá un intervalo de silencio entre dos momentos de ruido, el del final y el del inicio; entonces empezará un año nuevo aunque nada cambie: seguiremos los de siempre y faltarán los que ya hace meses que echamos de menos porque la vida nos los quitó de la agenda.

En el artificio del año, que tiene su correlato natural en ciclos más orgánicos, como los de la cosecha o las estaciones, hemos descansado secularmente nuestras marcas de fin de etapa. Es una convención, pero el año nos funciona como una unidad de medida de la vida. Y eso lo muestra la lengua. Hemos usado el año para medir aquello que nos ha dado de comer durante siglos: la tierra y los animales. Los añojales son los montes que cumplían un año tras haber sido limpiados de matas y hierbas malas; un año de vida de becerros y corderos servía para llamarlos añojos. Lo que sucedía cada año se llamaba cadañal y el contraste, doloroso o no, entre el año anterior frente al año presente sirvió para nombrar dos bellos adverbios: antaño (ANTE ANNUM, un año antes) y hogaño

(HOC ANNO, en este año). Los dos están en la frase quijotesca: el antaño que nombra todo lo de ayer y el hogaño que nombra todo lo de hoy. Este segundo adverbio, el referido al tiempo más actual, es curiosamente el que se nos ha quedado anticuado: lo empleaba Cervantes para representar a un Quijote que claudica pero ya no lo usamos los hablantes de hoy. Nos gusta más mirar hacia atrás, a las aventuras que nos hicieron personajes antaño, y no a un hogaño que sentimos demasiado cabal o duro. Pero yo creo que siempre hay una aventura nueva que meterse en la cabeza para hacer de quijote un rato, por eso hay esperanza y tiene sentido desear un feliz futuro, como ahora hago a mis lectores de hogaño.

AQUÍ ESTÁ ANDALUCÍA

Todos los edificios tienen una historia en papel como huella de su construcción. En Valladolid, la catedral como construcción atesora el registro de su historia en papeles: los planos previos, los pagos a los alarifes, pero también... una cartilla.

En 1583 el cabildo de esta ciudad le pidió al rey Felipe II que le concediese la exclusividad de venta de las cartillas de lectura en España y América; se buscaba así que los ingresos logrados por la venta de esos libritos para aprender a leer sirvieran para sufragar la construcción de la nueva catedral. Durante siglos, cada ejemplar de la cartilla de la doctrina cristiana que alguien compraba para aprender a leer le daba un dinero a la hucha de los cimientos de esta catedral de Valladolid.

Las cartillas de la doctrina cristiana, impresas hasta mediados del XIX, fueron quizá más de setenta millones de ejemplares. Cuantos más ejemplares se imprimían, distribuían y compraban, más se avanzaba en la construcción; si había una bajada de ventas, había un parón en los andamios. La ecuación es tan clara como extraordinaria: a más españoles alfabetizados, más alta y ancha era la catedral. Que la alfabetización social haya construido esta catedral de Valladolid es un digno mérito para el edificio y para esta ciudad, que puede decir que tiene piedras hechas de letras, piedras letradas.

A todos nos impresiona la grandeza y el lustre de una catedral: construcciones que se levantan en fases, en varios siglos, que muestran la mejor cantería de su tiempo. Soy de Sevilla, allí estudié Filología Hispánica y enseño e investigo en la Universidad de Sevilla, un edificio precioso que paradójicamente fue en otro tiempo una fábrica, la de tabacos; la Facultad de Filología está sita a muy pocos metros de una catedral imponente, de locura, la Magna hispalense. Conozco el privilegio de trabajar en un edificio monumental, localizado en un entorno histórico de excepción y, pese a ello, para mí la mayor construcción no es ninguno de estos edificios: ni las catedrales ni los otros grandes monumentos que la mente humana ha concebido y los brazos han cimentado. La mayor construcción humana que concibo es la lengua con que, por ejemplo, describimos los monumentos y las catedrales. La sintaxis forma los contrafuertes, los cristales y la azulejería forman el vocabulario, la

pronunciación es el paramento y la techumbre la dan en su altura las lecturas, porque solo la literatura da altura y nivel a la lengua. Por eso, siendo menor, no hay libro más importante que una cartilla, porque ese es el primer libro.

No hay arquitecto que supere la grandeza de quien se sienta al lado de un crío y lo ayuda a aprender a escribir con esos palotes que son pilares de un proceso de alfabetización. La de la lengua es una catedral que se construye sin planimetría, sin cronograma de ejecución; se construye sola, no conoce otra tensión en los materiales que la que externamente le producimos nosotros, los hablantes, si intentamos meterle el pie forzado de politizarla.

La lengua es la catedral en la que yo oro y ante la que me postro. Y cualquier lengua es buena para orar: las de España, por ejemplo, todas las de España, en cualquiera de sus acentos. Hablo en la misma lengua que pasó por Valladolid para llegar en su camino al valle del Guadalquivir, que en la Edad Media sobrepasó Sierra Morena hasta Andalucía. En 1583, cuando se empezaban a distribuir esas cartillas que tanto ayudaron a esta ciudad, ya en Sevilla estaba asentada una nueva forma de pronunciar el castellano, que legitima un nuevo nombre para el idioma, el de español. Era la época en que se estaban embarcando libros para América que desde el puerto de Sevilla llevaban desde Andalucía ficciones europeas al otro lado del mar y que, de vuelta, alimentaban historias, músicas y crónicas renovadas felizmente con la impronta americana.

Si dirijo una oración a esa catedral que es la lengua, suena con mis compases: con eses aspiradas, con la velocidad y el ritmo con que se habla en Andalucía; sonidos y acento que no son de herejía y que han aprendido a leer con la cartilla de Valladolid, esa cartilla que construía la hermosa catedral. Si en esa catedral que es la lengua pudiéramos elegir patronos y retablos, yo tendría en mi altar a Antonio de Nebrija, del pueblo sevillano de Lebrija, por sus proezas lingüísticas: escribir una gramática para el español y dos diccionarios que merecen un templo; pero lo tendría también por sus grandes pequeñeces: incluir en su diccionario el verbo aljofifar, o sea, fregar el suelo de rodillas con el trapo o aljofifa, un arabismo que hoy siguen usando en Andalucía quienes ya no hincan la rodilla en tierra para limpiar; tendría a Juan de Mena, a las mujeres que cantaban romances todavía en el siglo XX.

Tendría a otros patronos tutelares: mis profesores, la suma de mis libros, las palabras que aprendí viviendo fuera de España, las piedras con que se ha construido mi variedad, hija de mi entorno y de mis circunstancias, de las mías

propias. Estas son mis piedras letradas. Y hoy invoco esta oración, la rezo, santifico a la lengua que está en los libros y en la calle y bendigo las piedras letradas que la construyeron.

A LA CALLE CON LOS LIBROS

Cuando bajaron intrigados a la costa, dieron con un habitante que era muy alto y al que vieron tan extraño que lo describieron como «un hombre de aspecto gigantesco... tan grande que nuestras cabezas llegaban apenas a su cintura». No es un relato inventado de una aventura, es el diario de la expedición Magallanes y, en concreto, la anécdota que narra el encuentro en 1520 con un habitante de la Tierra de Fuego. La historia posterior creyó que los patagones habían sido así llamados por tener pies grandes, pero la filóloga M.ª Rosa Lida (1910-1962) nos hizo ver que mucha toponimia americana había sido modelada por los españoles a la medida de las fantasías librescas que traían en sus cabezas, y que esas fantasías eran las únicas que estaban a la altura de la tierra distinta que era América a sus ojos. Magallanes bautizó a los patagones así porque había leído la novela de caballerías Primaleón (1512), que tenía entre sus personajes a un gigante llamado Patagón. Cuando llegaron a la costa y vieron a ese hombre, solo pudieron pensar en el coloso que habían conocido en su libro de entretenimiento. De él recibió su nombre la también inmensa Patagonia.

Millones de personas han dado la vuelta al mundo al igual que Magallanes. Se montaron en las cubiertas de sus libros y navegaron a lomos de las páginas. No hace falta viajar para viajar: ni en 1519, cuando salió de Sanlúcar de Barrameda la expedición de Magallanes, ni hoy. Viajamos con el ritmo rezagado de Sancho Panza, o llorando las lágrimas de la Regenta o callejeando en una noche gata con García Lorca. Como el navegante, seguimos viendo la realidad a través de nuestras ficciones; con los libros el lector más pacato fue tenorio y el más cobarde se hizo quijote. Navegamos a tierras lejanas o a un territorio inventado que conocemos bien porque es la misma tierra que estamos pisando: la Sansueña de Cernuda, la Mágina de Muñoz Molina.

Los lectores, con playa y sin ella, tuvimos durante el confinamiento de 2020 el agua de la lectura como alivio para bañarnos en otras costas. Millones de personas, estando confinadas en sus domicilios, se vacunaron contra el virus del aburrimiento con la lectura. Y en semanas inciertas de aislamiento se quedaron en sus casas para visitar ideas y personajes en los libros: en esos edificios de pisos sin fachada que son los tebeos, en el éxodo sin combustible —al interior, al exterior— que es un libro de poesía, en las medicinas sin recetas que son las

páginas de un ensayo.

El capitán de nuestros filósofos, Emilio Lledó, dice que leer es hacer «una navegación por derroteros y constelaciones nuevas, que no solo nos enseñan países desconocidos sino que nos convierten a nosotros mismos en país, en territorio abonado para nuevas vidas». Con Lledó hemos aprendido que no leemos los libros sino que los libros nos leen. Por eso, podemos invocar: ¡Viva la lectura, vivan los libros, viva la lengua que los parió, vivan los libros que nos parieron! ¡Viva Primaleón, el Lazarillo y toda su casta de invenciones!; ¡que vivan los libreros, los editores, los bibliotecarios! ¡Que viva esa lima de tinta que es capaz de quebrar los barrotes de nuestras casas! Yo propongo que llevemos a pasear nuestros libros; salgamos a navegar en nuevos barcos para seguir dando vueltas al mundo: llenemos otra vez la ciudad de letras. En el confinamiento contuvimos los libros en las bibliotecas y en las librerías: ¡tenían que salir!, ¡teníamos que airearlos! Cuando pasó el encierro, nos preguntaban cómo habíamos estado. Y yo no paraba de decir: «Yo he estado a diario con gigantes, yo he estado en una casa con libros».

BIENVENIDOS AL MUSEO DE LOS ENGAÑOS

Bienvenidos al Museo de los Engaños Raros y Documentales. En esta visita pasearemos por tres grandes engaños que, con forma de hallazgo arqueológico o de joya impresa, han tejido una artimaña seductora en la que incautamente cayeron quienes, más crédulos que rigurosos, buscaron en el pasado una forma fácil de cambiar el presente.

Pueden empezar su visita por la sala moderna, porque, en un curioso engaño al tiempo, este museo se organiza en dirección anticronológica. El primero de los engaños que veremos es el de los famosos y falsísimos restos arqueológicos de Iruña-Veleia. Fíjense en esos restos de cerámica con inscripciones (se conocen también como óstraca): vean cómo aparecen palabras en latín, una suerte de jeroglíficos egipcios e incluso voces en euskera. Recordarán los titulares: «Iruña-Veleia: la nueva Pompeya», «El hallazgo más importante de la historia peninsular», «Descubren las primeras palabras en euskera, del siglo III». Nuestro material multimedia les extracta las declaraciones que políticos entusiastas y arqueólogos muy interesados hicieron recibiendo con alborozo el hallazgo. ¡Qué enorme engaño! El anzuelo se lanzó en 2006; quienes lo mordieron creyeron que en el yacimiento de Iruña-Veleia, diez km al oeste de Vitoria, se habían localizado unos restos de época romana con las muestras más antiguas de euskera y con huellas de un profundo cristianismo vasco: no dejen de fijarse en esa pieza pequeñita que representa un calvario, apenas diez centímetros y un Monte Gólgota al que no le faltan los dos ladrones, las figuras de los que parecen la Virgen y San Juan, el lema del RIP en la parte superior y, por supuesto, un Cristo crucificado.

Vean cómo se han usado los clásicos ardides de esta clase de falsificaciones: apariencia material vetusta, un guiño a Egipto (¡se nombra a la gran Nefertiti!) y el típico experto extranjero que acredita la veracidad del descubrimiento. Pero reparen también en el descuido clásico de todo falsificador: no saber de historia de la lengua. Recuerden, por cierto, que en la tienda del museo encontrarán nuestra Guía para elaborar engaños pseudohistóricos donde, para superar a los escamoteadores que en el siglo XXI pretendieron colar este invento arqueológico, les explicamos cómo evitar estos errores de principiante: por ejemplo, si pintan un calvario no usen RIP sino INRI, porque los cristianos no

usarían el requiescat in pace, ya que usar el RIP supondría asumir la muerte (sin resurrección) de Cristo; recuerden que el latín no usaba minúsculas ni signos de puntuación ni comillas ni decía cuore (eso es italiano) ni Nefertiti, eso es una convención británica del siglo XIX; tengan en cuenta al falsificar que el euskera del siglo XXI no sería el del siglo III. En todos estos errores incurrieron estos escamoteadores, así que, en fin, cuiden el aspecto lingüístico del timo porque de otra forma serán prontamente descubiertos.

Pasen ahora a nuestra segunda sala y contemplen este libro impreso en 1499: uno de los incunables de la historia de Castilla. Se tituló Centón epistolario y reúne más de un centenar de cartas escritas por una sola persona: un físico (‘médico’) de la corte del rey Juan II de Castilla llamado Fernán Gómez de Cibdarreal. Hemos proyectado alguno de los fragmentos de estas cartas, interesantes y a ratos muy divertidas: Fernán Gómez de Cibdarreal disfrutaba más escribiendo que sanando, y contaba en sus misivas (a sus amigos o al propio rey Juan II) noticias de la corte. Leamos, por ejemplo, esta carta a Brianda de Luna, donde el médico Cibdarreal escribe: «La cuñada de vuestra merced rogó con muy mucho placer de todas al arzobispo de Lisboa que bailase con su merced una zambra, este arzobispo es don Fernando de Castro, nieto del rey D. Enrique el Viejo, y se excusó con buena cortesanía, que si supiera que tan apuesta señora le había de llamar a baile, no trajera tan luenga vestidura». ¿Imaginan al arzobispo remangándose el hábito para ejecutar el baile? Muchos de los personajes nombrados en el Centón están mencionados también en crónicas del siglo XV, pero sorprende que otros no lo estén: por ejemplo, los distintos caballeros del linaje de los Vera que aparecen aquí y allá en esta obra, retratados como valientes y esforzados soldados fronteros de estirpe extremeña. Las cartas insisten sospechosamente en reivindicar la valentía de la soldadesca extremeña y la fertilidad de esa tierra; por ejemplo, al hablar del lentisco, el médico que escribe las cartas dice que este «nace en toda la calzada que va de Sevilla a Valladolid, e aquel de entre Mérida y Lerena es como entre las rosas aquellas de Jericó».

No hay Veras en las crónicas del siglo XV, y es justamente ese apellido, Vera, el primer indicio de mentira. Juan Antonio de Vera y Zúñiga (nacido en 1583), conde de la Roca, fue un noble favorecido por el conde-duque de Olivares, que le concedió diversos honores, el más relevante el de ser embajador español en Venecia y luego en Roma y Saboya. Fue autor de alguna obra histórica, dedicatario de comedias de Lope, quien, de hecho, lo nombra en varios de sus poemas como protector. Pero el perfil que más nos interesa de él es su faceta de

falsificador. Montó una imprenta clandestina en Venecia, se preocupó de comprar en Alemania los tipos de imprenta para que la fuente de impresión evocara mayor rareza y antigüedad y se alió con su tío para publicar en la stamperia veneciana libros fraudulentos de perfil genealogista. En este Centón se le fue la mano: el autor evoca la tierra extremeña de la que está lejos, se empeña en elogiar a familias de allí vinculadas con su linaje y cuela palabras de finales del siglo XVI que eran desconocidas en 1499. Pero ¡cuántos fueron engañados por el Centón! Ha sido mencionado muchísimo como forma de conocer por dentro la vida en la corte de finales del siglo XV, lo encontramos citado como fuente en manuales sobre historia de la medicina e incluso el primer diccionario de la Real Academia Española, el Diccionario de autoridades (1726-1739) lo usaba como corpus para acreditar el empleo de palabras como conforte o confraternar, como si fueran del siglo XV.

Por último, en la tercera de las salas guardamos los Plomos del Sacromonte, la más preciada de nuestras falsificaciones. Son tan falsos que el papa Ratzinger los devolvió a España en 2000. El engaño se fraguó en Granada a fines del XVI, y el anzuelo lo mordieron quienes, al derribar el alminar de la mezquita mayor, abrieron un cofre que guardaba unos huesos, un trozo de tela y un pergamino, e, ilusos, creyeron que los huesos eran de san Esteban, la tela era del manto de la Virgen y el pergamino era realmente una pieza del siglo I d.C. A partir de ahí, el engaño creció: el pergamino avisaba del inminente descubrimiento de unos libros revelados y siete años después aparecieron los plomos en un monte de Granada llamado entonces «Valparaíso» (hoy Sacromonte, al oriente de la capital granadina). Los plomos se construyeron en 1588 pero fingían ser del siglo I d.C. Observen el conjunto de planchas circulares, más de 220, simulando 21 libros de diez centímetros de diámetro. Verán que están escritos en árabe (con grafías extrañas, de trazo picudo, sin signos diacríticos, los llamaron «letras salomónicas»), pero también en latín, y sorprendieron tanto que muchos los interpretaron como una revelación divina de una suerte de quinto evangelio. Siempre hay un aguafiestas que sospecha: si el pergamino que anunciaba el hallazgo era del siglo I, ¿por qué estaba escrito en un castellano tan comprensible del siglo XVI? Si la revelación era cristiana, ¿por qué se plasmaba en árabe y con conceptos a ratos lindantes con el islam? Tras varias traducciones y muchas idas y venidas, se determinó que los plomos eran falsificaciones en 1682 el papa Inocencio XI los reclamó para Roma y los postergó por contener «ideas mahometanas, puras ficciones humanas fabricadas para ruina de la fe católica», aunque sí admitió como reales las reliquias que aparecieron junto a los plomos, hoy veneradas como de san Cecilio, patrón de Granada.

Tenemos por último en la planta superior nuestra galería de timadores: si conectan la audioguía los oirán en cada esquina cuchicheando. Al norte, escucharán a los arqueólogos y al personal auxiliar que hizo aparecer las óstracas falsas de Iruña-Veleia, murmurando entre ellos «verás como ahora se convencen de que en esta zona se hablaba euskera desde el siglo III y no ha habido ninguna vasconización tardía»; al oeste, conocerán a Juan Antonio de Vera, cerrando los puños llenos de tinta mientras susurra «por fin aceptarán que soy noble de casa y con una historia vetusta» y al este, en grupitos, se conectarán a las voces de los moriscos de Granada, pueblo proscrito en el siglo XVII, abocado a la expulsión o a la conversión forzosa, que trató de conseguir con los plomos que el islam y las creencias cristianas se fundieran en una religión sincrética validada por el hallazgo, esforzándose por conseguir un sitio para el cristianismo árabe de los moriscos dentro del catolicismo español, empeñados en mostrar que había árabes cristianos desde el cristianismo más primitivo y que ellos, los moriscos, eran tan antiguos como los cristianos. Oirán a los dos creadores de esta falsificación, Miguel de Luna y Alonso Castillo, cada uno con sus razones, cada uno pensando que legitimaba con el pasado una verdad defendible en el presente.

Todos los timadores de nuestra galería elucubraron desde sus respectivas soledades para inventar ficciones arqueológicas que pudieran ser creíbles, aunque fracasaron lingüísticamente. Si me preguntan cuál es mi engaño favorito, les digo que tengo particular inclinación por el caso de los plomos, intento desesperado de la sociedad morisca por lograr continuar viviendo en España. Justamente, de esa impostura de los plomos queda en Granada el propio nombre del Sacromonte y la abadía así llamada, que se construyó en el lugar del hallazgo de la falsificación. Por eso, durante años, Granada reclamó que este museo, esta historia de lo falso, se edificara allí, pero decidimos instalarlo en este no-lugar, al lado de nuestra ruta de engaños que también les recomiendo visiten. Prosigamos la visita. Hay muchos más engaños. La existencia de este museo es uno de ellos.

CUARTA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO GRAMATICAL

Hay quien habla de la gramática del cine, la gramática de la arquitectura o la gramática de la música. La gramática de una lengua agrupa los principios a que nos atenemos cuando hablamos y ponemos en fila las palabras. Estas se van distribuyendo y jerarquizando a partir de normas internas que gobiernan cómo se conjugan los verbos, qué abre o cierra una frase o de qué forma se combinan preposiciones o adverbios. El español es un mundo gramatical, con una organización interna que se parece mucho a cómo nos constituimos socialmente: hay principios que están determinados por las circunstancias, que se negocian en la interacción; hay principios que son cambiantes en el tiempo y que se prestan a interpretaciones. La lengua, como la sociedad, es un complejo compuesto por muchas partes y aquí nos pararemos a leer sobre algunas de ellas.

NO LOS CAIGAS

Eso que para los habitantes de España es un badén que, elevado desde el suelo, reduce la velocidad en carretera, se llama en Venezuela, Nicaragua o Colombia «policía acostado», una imagen gráfica de cómo estos artefactos determinan la conducción. Esa herramienta que en el español de España no hemos sabido denominar de manera uniforme (USB, pincho, lápiz de memoria...) se llama llave maya en Costa Rica y memorín (qué palabra adorable) en otras zonas hispánicas. Es lógico sorprenderse al descubrir las palabras con que otros hablantes de nuestra misma lengua nombran algo que nosotros llamamos distinto.

Cuando la diferencia no está en el vocabulario sino en la trama con que se teje la gramática, el asombro es mayor, porque implica renegociar nuestra manera de estructurar el idioma, de organizarlo, de conferir propiedades a las palabras. Ocurre, por ejemplo, con verbos como quedar o caer: lo general es que los usemos para expresar una acción que ocurre fortuitamente, sin que nada hagamos: una mancha se queda, después de un golpe queda un dolor... y parece que nada expresamente nos implica en la acción. Algo parecido ocurre cuando usamos caer: una hoja cae, un plan se cae...; si queremos implicarnos en la caída hemos de cambiar la forma de usar el verbo y decir que nosotros lo dejamos caer.

Pero hay un grupo de dialectos hispánicos donde esto no es exactamente así, donde los objetos no se caen o alguien los deja caer sino que alguien los cae; donde las cosas no permanecen o se quedan sino que alguien las queda. Es propio sobre todo de la zona central y occidental de la península (Valladolid, Zamora, Extremadura...): cocinillas que dicen que hacen tomate frito y lo quedan como el del supermercado, un abuelo que riñe a los nietos porque estos caen el vaso de agua, gente que pide confianza al otro diciendo «Eso quédalo de mi cuenta» o alguien que se lamenta de su despiste porque ha quedado el bolso en casa. Es un uso que en las gramáticas se llama causativo, porque deja clara cuál es la causa, señala a un agente expreso que provoca que algo se quede o se caiga. Es la misma diferencia que se da entre lo que muere (solo) frente a lo que matamos (nosotros): el verbo matar es el causativo de morir.

Aunque quizá nos falta perspectiva histórica para advertirlo, nuestros actos, por menores que sean, desprenden una trascendencia imprevisible. Hay cosas que no se caen o se quedan solas, las dejamos caer o, dicho al modo de una parte de los hablantes del español, las caemos nosotros. Nacen y mueren solos el viento o las tormentas, pero nuestra acción y nuestra inacción colectiva hacen que nazcan o mueran muchas otras cosas: librerías, academias de idiomas, casas de comidas o salas de teatro que no se quedan donde están porque el cielo las bendiga sino por nuestra intervención causativa como consumidores. Por eso mi exhortación es que nos propongamos quedar las cosas que nos importan y no caerlas, porque hay un momento en que ya es tarde para conjugar la gramática de otra forma, y diremos de ese lugar adorable que ha cerrado, sin notar que hemos sido nosotros mismos los que estábamos provocando que cayera la persiana.

UN PRESENTE ENTRE DOS FUTUROS

Teníamos abierto en la mesa el libro de lengua de primaria, con su lista de los tiempos verbales en español. Sus nombres son el fruto de la historia gramatical de nuestras lenguas, que para el aprendiz primerizo de gramática son tremendamente opacos: pretérito imperfecto, pretérito anterior... Con la ayuda a veces insegura de los padres, los críos iban siguiendo durante el confinamiento las clases virtuales; por eso, repasar la asignatura de lengua de Primaria era parte de la tarea doméstica cotidiana. Y en eso estábamos cuando en mitad de ese colegio en casa, entró por el balcón el soniquete de la canción: un coche que pasaba llevaba puesto el Resistiré a toda potencia y los verbos en futuro de ese que fue en España el himno manido de la cuarentena se quedaron más colgando en los barrotes de los balcones, retumbando en las paredes de la calle: resistiré, me volveré de hierro, soportaré los golpes...

Una de las paradójicas bellezas de nuestra lengua es su tendencia a crear constantemente nuevos futuros. Quienes tuvieron la suerte de estudiar latín y de armarse con Eneas recordarán la forma de los futuros latinos (AMABO, REGET, AUDIEMUS...): ninguno de ellos sobrevivió en las lenguas romances hijas. El castellano, como otras lenguas, confinó esos futuros en un armario que no volvió a abrirse y empezó a construir futuros que, aupados por los sentidos morales que el cristianismo fomentaba como nueva religión, tenían forma de obligación: resistir he (he de resistir) es el origen de resistiré; soportar has (tienes que soportar) es soportarás. Y así todos: la base de nuestro futuro es, en su sentido originario, una obligación. Los hablantes de otro tiempo gastaron los futuros del latín y los reemplazaron por otros nuevos.

Pero también en las lenguas la historia tiende a repetirse; siglos más tarde, sobre todo a partir del XVIII, apareció en español otra forma para la expresión de futuridad: voy a salir por ‘saldré’ o van a dormir por ‘dormirán’. En la pavorosa desnudez de las gramáticas, estos futuros de verbo ir con infinitivo se llaman «perifrásticos» y parece que los hablantes los enfrentan a sus otros futuros según el grado de certeza que manejen. El español de hoy tiende a asociar los futuros expresados con ir a mayores certezas que los futuros simples. Voy a hacer deporte es más seguro e inmediato que haré deporte, aunque al fin y al cabo no es la lengua sino la voluntad de levantarse del sofá la que concede valor de

verdad a cualquiera de los dos asertos. Todos esos planes que hacemos a primeros de año tal vez están expresados en futuro (ordenaré la casa, comeré sano, estudiaré inglés) pero seguramente se van convirtiendo con el paso de los días en futuros expresados con ir: voy a planearme día a día, voy a hacer lo que pueda. Debajo de la lengua que usamos están escondidas nuestras actitudes ante lo que decimos, con recursos que utilizamos, de forma deliberada o intuitiva, para personalizar nuestra proyección al futuro.

En mi salón, la gramática del libro, ajena a su dimensión humana, impasible ante este pasmo fluyente que es el día a día sobrevenido, seguía ofreciendo su lista de tiempos verbales en español. Pero la mejor forma de enseñar cualquier realidad (sacarla del libro y llevarla al momento en que está el estudiante) se hizo fácil con la excusa del Resistiré que sonaba en la calle; los nombres de los tiempos verbales del español salieron del libro de texto donde estaban durmiendo su atonía y en casa buscamos el futuro, lo identificamos con su nombre técnico (futuro simple), vimos lo fácil que era contrastarlo con los pasados (he estado, estuve) y lo enfrentamos a su otro compañero: el presente como tiempo del verbo (yo escribo, tú juegas, nosotros aplaudimos, ellos cocinan). Y así terminó la clase en casa: el presente es un verdadero regalo y nuestra única certeza. El presente es un presente.

HAY PROBLEMAS CON EL VERBO HABER

Si el verbo haber tuviera que escribir su currículum, declararía los dos grandes puestos que ejerce en la lengua española. Por un lado, se usa para construir pasados en los llamados tiempos compuestos, o sea, en los verbos conjugados en dos palabras; en ellos, el verbo haber es siempre el que encabeza la conjugación: había venido, habrían estado, hayas comido, hubiéramos salido, por ejemplo.

Por otro lado, tiene otro gran oficio en español: sirve para presentar cosas que existen, también en ese caso poniéndose en cabeza de la expresión, por ejemplo, en las frases de existencia hay libros, había un problema, habrá una sorpresa o hay una chica nueva en la oficina.

Se trata de dos importantes desempeños en la gramática de nuestra lengua, ambos muy antiguos y ambos vivos en el español de hoy. Nos ocuparemos ahora del segundo de esos oficios, y, en concreto, de frases como *habían barcos o *habían problemas. Cuando haber expresa que algo existe en español lo hace dentro de esa estructura en la que se puede decir que él manda, ya que no tiene jefe que lo controle (es decir, no tiene sujeto gramatical, es una frase impersonal); no importa, por tanto, que la existencia que exprese haber sea de una cosa o varias: siempre ha de aparecer el verbo en singular. Decimos, por tanto, hay una casa o hay unas casas, había un barquito chiquitito o había unos barquitos, y ni hay ni había cambian si lo que existe es singular o plural. El verbo haber, pues, no necesita adaptarse a ninguno de sus acompañantes, no tiene nada que ver con ellos, encabeza el equipo y anuncia lo que existe, y eso que existe es un complemento directo (los hay, lo hay).

La situación es esa pero algo la está modificando desde hace tiempo. Los hablantes, siempre tan amigos de inventarse relaciones, llevan años quitándole al verbo haber su puesto dominante, poniéndolo al mando de un nuevo jefe, inventándole un sujeto. Hacen así que haber tenga que concordar con esa cosa que existe, y construyen frases como *habían problemas, *habrán víctimas o *hubieron muchos que se quejaron. Este tipo de concordancias se da para cualquier forma del verbo haber y sobre todo se repite más con había(n), o sea, con la correspondiente al imperfecto de indicativo.

Tenemos aquí un curioso caso de diferencia entre España y América: en el español europeo, los casos del tipo habían casas se dan en hablantes de cualquier zona, quizás algo más en ámbitos catalanohablantes por influencia del catalán, pero connotan poca instrucción o descuido. En cambio, en la América hispanohablante estas frases con haber concordado se localizan no solo en la lengua poco cuidada sino también en la lengua periodística o en el habla pública y cuidada de quienes comparecen ante los medios. Es un caso interesante en que un cambio lingüístico se produce a ambos lados del Atlántico pero se valora de forma distinta entre ellos. En América, el fenómeno de haber que expresa existencia en plural tiene, pues, una diferente altura social a la de España.

Relacionado con este fenómeno está el caso de habemos, primo de nuestro haber, que aparece en frases de referencia humana del tipo *habemos seis personas y que los libros de estilo recomiendan sustituir por el verbo ser (éramos seis personas). En este caso, habemos es aún más llamativo lingüísticamente que *habían problemas, porque habemos es una forma que existió en nuestra conjugación para los tiempos compuestos (cantado habemos, habemos de cantar) pero que desapareció del castellano en el siglo XVI. En general, los estudios de dialectología constatan que habemos se suele dar en zonas donde para el otro oficio de haber también se sigue usando la vieja forma habemos y no la reducida hemos: quienes dicen habemos comido dicen seguramente también habemos seis.

Las frases del tipo *habían problemas son consideradas incorrectas y los libros de buen uso de la lengua recomiendan mantener el verbo haber usado como impersonal. Pero hay que detenerse a pensar por qué los hablantes de español dicen cosas como *habían problemas. Pensemos que, por una parte, existen las formas habían, hubieran y similares, usadas correctamente dentro de los tiempos compuestos. Por otra parte, muchos verbos que expresan existencia tienen como sujeto la cosa que existe (por ejemplo existen casas o existe una casa) y varían según el número de cosas que existen. Al decir habían problemas, los hablantes se empeñan en quitarle impersonalidad al verbo haber y convertirlo en un verbo normal con sujeto propio. En una época donde se nos dice que debemos ser especialistas en algo y que la profesionalidad se mide en la capacidad plena y específica sobre una sola cosa, la lengua nos enseña que las palabras pueden asumir muchos papeles, trabajar en muchos puestos y que ese pluriempleo se da al gusto de los hablantes.

Terminemos con un dato llamativo. En Alemania hay un pequeño pueblo

llamado Hayn, cercano a Leipzig, pero en español hayn es otra cosa: una forma dialectal, documentada con poca frecuencia pero localizada en encuestas en el siglo XX (en puntos de Canarias, Valencia, Colombia...). Para algunos hablantes de español, el singular hay (hay una cosa) tiene un plural: hayn; dicen, por ejemplo, *hayn dulces que me sientan mal o su variante haen: *haen comidas que no tolero. El proceso es similar al de *habían muchos coches, ya que implica la suma de la marca de plural (la ene de tenían, vivían o salían) a la forma de haber hay. Este hayn es, de nuevo, incorrecto para la norma del español, pero responde a una tendencia de todos los hablantes, cualquiera que sea su lengua: la de buscar correspondencias y parecidos entre las formas de expresar una realidad.

DOBLES ANDANTES EN LOS VERBOS

La historia nos suena de algún cuento fantástico; una persona tiene un doble, malvado, idéntico o muy similar a él pero que sin duda representa una tendencia perversa opuesta a la suya. Superman conoció como doble al supervillano Bizarro, en los videojuegos de Mario el doble malo era Wario y en la literatura antigua o reciente los ejemplos son tan numerosos como inquietantes. La palabra alemana doppelgänger (que significa 'doble andante') sirvió para nombrar a este recurso de la ficción.

Si buscamos algo parecido en la gramática, esos dobles están en los participios. Y es un fenómeno sobre el que la mayoría de los hablantes ha reflexionado alguna vez: «¿he freído?» o «¿he frito un huevo?». La norma del español es muy clara en ese sentido y está expuesta en las distintas obras de la Real Academia Española: el verbo freír tiene dos participios posibles y ambos son correctos; por tanto, puedes decir que has freído o que has frito patatas. Esto mismo solo ocurre con los derivados de freír (sofreír, refreír) y en otros dos verbos de la lengua española: imprimir (he imprimido, he impreso) y proveer (he proveído, he provisto).

En español los participios son regulares (los que acaban en –ado, –ido) o irregulares (acaban en cualquier otra terminación); los verbos tienen un solo participio, que pertenece a un grupo u otro: por ejemplo, leído o llegado son regulares, pero visto o vuelto son irregulares. Para el caso de freír, lo curioso es que tenemos dos participios, o sea, está el participio regular, con su terminación normal, freído, y, como en los cuentos, hay una versión de personalidad inversa, el irregular frito.

A fines del XV, Antonio de Nebrija documenta ya freído y frito; tres siglos después, los diccionarios de la Academia incluyen freído; a inicios del XX Emilia Pardo Bazán (en su obra La cocina española antigua y moderna) daba estas instrucciones para una receta muy calórica: «Se moja con caldo del puchero y se añade la manteca de cerdo en que se han freído los chorizos». No obstante, aunque históricamente los dos participios son posibles, la mayoría de los hablantes tiende a usar frito.

Igual que en la ficción uno de los dobles tiene una personalidad y unos comportamientos que le son propios y exclusivos, en la gramática hay también papeles que solo asume uno de los participios. Así, para el caso de freír, cuando no estamos usando el participio como verbo (o sea, cuando no se combina con haber o con ser) sino como adjetivo, hay que usar siempre la forma irregular: «me tenéis frita» (y no freída), «de postre tomé leche frita», «cocino al vapor y no como tantos fritos».

¿De dónde salen estos dobles? En la literatura, la enigmática presencia de los dobles se atribuye a razones misteriosas como la bilocación, el demonio y sus lados oscuros o el típico recurso a la historia de los gemelos separados al nacer. Pero para el español las razones son más simples y prosaicas: tenemos estos dobles participios por herencia del latín.

Veamos: muchos de los verbos latinos acabados en –ERE tenían participios irregulares, que fueron heredados en español; hemos conservado una parte de ellos (positus ha dado lugar a puesto o el propio FRICTUS dio lugar a frito) pero otros no; nuestros hablantes medievales parece que se sintieron más cómodos, en general, buscando regularidades y, por ejemplo, para la forma latina NATUS (del verbo nacer) heredaron el participio nado pero lo perdieron en favor del regular nacido. Igualmente, del participio CURSUS no dijeron he corso sino he corrido; corrido es un participio regular creado, como lo fue freído o como se llegó a decir rompido para evitar el irregular roto (latín RUPTUS). A veces el viejo participio irregular se nos ha conservado, pero solo como adjetivo; por ejemplo, no decimos «han preso al ladrón» porque hemos creado el participio regular prendido, pero sí conservamos la herencia del latín PRENSUM al hablar de «el preso». Lo mismo nos ha ocurrido con otros participios irregulares: converso, tinto, cocho (de coctus, que significa ‘cocinado’); los usamos como adjetivos (minoría conversa, vino tinto, bizcocho o cocinado dos veces) y como participios los hemos reemplazado por convertido, teñido, cocinado.

En alguna ocasión, y como en la lengua hay gente para todo, nuestros antepasados recorrieron el camino inverso y, donde tenían un feliz participio regular (querer:querido) crearon su particular doppelgänger: a querido le salió quisto, de donde en la lengua antigua se decía bienquisto omalquisto, que ya han sido olvidados en favor de bienquerido o malquerido.

Para el caso de freír o de imprimir, se nos han quedado en nuestra lengua la vieja forma irregular, frito, con la nueva forma regular, freído. En «Borges y yo»,

Jorge Luis Borges decía tener en sí mismo un doble: uno era él, un aficionado a los mapas y a los relojes, pero el otro era Borges, el escritor, a quien le ocurrían las cosas. Nuestros dobles participios nos desquician menos que los dobles literarios, aunque, como ellos, observarlos y verlos hermanarse o separarse da para toda una trama fantasmagórica en la historia de la lengua. Por eso tenemos que hablar de freído y de frito, porque los dobles participios son también dobles andantes en nuestra gramática.

QUINTA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PECADOS

Un pecado es una transgresión consciente de un mandato divino, algo malo, una falta a lo debido, una incorrección. Hablemos de pecados en las lenguas, pero no observando malas expresiones, faltas o impropiedades sino considerando cada uno de los siete pecados capitales que separa el cristianismo para, a través de su etimología y de su evolución histórica, observar cómo es la sociedad en que vivimos y de qué manera hemos cambiado respecto a nuestros antepasados, que vivían en otro mundo pero con la misma tabla de pecados como amenaza. Esta serie de textos fue publicada semanalmente en verano de 2020, en los primeros meses de apertura a la vida y a la calle tras el confinamiento domiciliario impuesto por la pandemia de covid-19, con distancias entre personas y medidas de higiene impuestas en casi todos los países. Era un pecado hablar entonces de lengua sin detenerse a considerar qué había pasado en el mundo.

OCHO PECADOS

Cuando el verano tendría que haber sido, como todos los años, una mezcla desequilibrada de tedio, dejadez y excesos, nos hemos topado con una estación retadora y militante que acumula las cruces del miedo y el recelo en su pechera y porta como armas, una por mano, la cinta métrica de la distancia exigida y más alcohol en gel que en vaso de tubo. La vida manda.

Sobre los nuevos preceptos de la profilaxis social, parece haberse impuesto un imperativo moral: no quejarse. Igual que hay un momento en enero en que dejamos de felicitar el año nuevo porque el rito suena caduco, parece que ya ha prescrito el derecho al lamento por estos meses de extrañeza y muerte. Es pecado estar triste.

No es nueva esta cosa moderna y obligatoria de estar alegre como prerrequisito: hasta el siglo VI la tristeza era uno de los ocho pecados capitales y fue san Gregorio Magno quien decidió confinarla como pecado e incluirla dentro de la pereza. Los pecados pasaron entonces de ocho a siete, capitales todos ellos. La capitalidad no tiene que ver con que Madrid los contenga todos sino con que en el latín CAPUT significa ‘cabeza’ en el sentido de ‘elemento que origina el resto’. De ese CAPUT el español derivó dos palabras: el resultado noble, más apegado a la lengua madre y poco herido por el desgaste de la pronunciación, fue capital; en el bolsillo propio de los hablantes quedó la palabra caudal, resultado de siglos de cambio en los sonidos.

De este capital de pecados tratan los textos que siguen. Nos rozaremos con la lujuria, no toleraremos la ira, miraremos a la envidia ajena, nos comeremos la gula, atesoraremos palabras con avaricia, nos vanagloriaremos de nuestra soberbia, tal vez descuidemos la pereza. No se exige, pero se valora, que el lector al otro lado lea cada pecado armado con la virtud teologal de la paciencia.

LA SOBERBIA

Antes de bordear los Alpes evitaban algunos pueblos franceses que estaban comidos por la peste y algunas universidades cerraban por temporadas para evitar contagios. Los españoles que iban a Italia en el siglo XVI cuentan en sus cartas situaciones que nos resultan familiares. Al final del trayecto, Italia era la ventura: una seducción de cortesanía, la posibilidad de medro... Sicilia y Nápoles, reinos españoles en el mapa del emperador Carlos, eran una oportunidad. Aun deslumbrados, estos españoles en Italia, foráneos en territorio propio, debieron de mostrarse crecidos en altanería, porque se repite entre los textos italianos de ese tiempo la queja de que los españoles que allí campaban eran buenos cortesanos pero envalentonados y soberbios.

La iglesia tiene como el peor de los siete pecados capitales a la soberbia: engreimiento de lo propio y vanidad de sí. Hoy la lengua popular no acudiría a la palabra soberbia para calificar esa actitud de nuestros antepasados sino seguramente emplearía su versión más juvenil, ir de sobrado. Una y otra levantan neciamente la ceja hacia el mismo étimo, el latín SUPER.

En la misma época en que los españoles paseaban por Italia, una palabra latina empezó a hacer fortuna en español: patria. La Edad Media hablaba de la pertenencia a un reino o a un lugar en términos de tierra pero ya en el siglo XVI no gustaba tanto la evocacion feudal de tal palabra y apuntaba con patria a una idea menos señorial y servil de adhesión a un lugar. Los ideales de vida renacentistas promovieron esa idea de patria; patriota y compatriota se fueron extendiendo siglos más tarde.

Hoy patria es una de esas palabras de definición compleja, envilecida por ideologías. Para muchos ser patriota es algo tan cándidamente simple como agarrarse a una bandera, la que sea, y apretar los dientes. Los símbolos son legítimos y respetables pero no son nada si no se trascienden y llenan con el significado de una actuación social acorde, que los dignifique a la medida de nuestro comportamiento.

Cada época exige un patriotismo distinto, ¿qué sería la patria para un español del siglo XVI? Lealtades, dogmas y exigencias eran muy distintos a los actuales.

Tengo para mí que hoy y en estas circunstancias bajar la soberbia es una forma de ser patriota. Hacer patria, mirando hacia arriba, es aceptar que se han cometido errores al equivocar a los ciudadanos con instrucciones contradictorias; hacer patria, mirando a los lados, es ser cívico y aceptar ciertas incomodidades necesarias para tratar de controlar esta nueva peste del siglo XXI. Ser patriota es ser cívico, y ser cívico es llevar mascarilla cuando toca. Y los valentones y sobrados los dejamos para los que requerían la espada en el siglo XVI.

LA GULA

De los siete pecados capitales, la gula es el más incomprendido para los países mediterráneos. La condena al apetito desmedido casa mal con una cultura donde disfrutamos hablando de comida en torno a la mesa; si el argumento de origen es que el primer pecador fue Adán por comer algo tan frugal como una manzana, nosotros, con el mantel manchado de hedonismo, aún lo entendemos menos. Por eso, aunque la palabra gula es vieja en español (significaba 'garganta'), ha resultado en una familia más bien corta de palabras derivadas (engullir, goloso, golilla o engolarse).

Históricamente, España ha pasado mucha hambre, y los esfuerzos para sobrellevarla han producido personajes decisivos en nuestra literatura: nos compadecemos del pícaro Lázaro de Tormes, que iba de noche a hurtar un mendrugo del arca de su amo y al ver cuatro panes juntos decía estar ante un «paraíso panal»; nos apiadamos de otro de sus amos, el escudero, que por la dignidad de su honrilla salía con mondadientes de casa para aparentar haber comido.

En la cumbre europea de julio de 2020, los Países Bajos y sus aliados regatearon el volumen de ayudas que habían de distribuirse en el fondo de recuperación por la crisis y exigieron con suspicacia un control de los desembolsos. Es legítimo que se vele por el destino del dinero, pero cuando los que desconfían de abrir la bolsa se hacen llamar «los frugales», la cuestión empieza a ser sospechosa. Llamarse frugales nos convierte al resto de países en gastosos, indolentes y despreocupados; desde la tarima de la geografía y de la moralidad, los frugales nos acusan de gula sin ninguna templanza verbal.

Hace unos años, un político holandés con mucho recorrido en Europa, Jeroen Dijsselbloem, dijo estar a favor de la solidaridad entre países pero avisó a los países del sur de las obligaciones en contrapartida con una frase injuriosa: «No puedo gastarme todo mi dinero en copas y mujeres y seguidamente pedir ayuda». La historia se repite ahora. Entiendo que la dignidad patria se sienta herida, pero esto no nos debería espantar demasiado en España. De vez en cuando, algún político nuestro repite argumentos similares, pero cambia y achica el sur al que se veja. ¿Les suena eso de «aquí somos frugales pero los andaluces

se lo gastan en fiestas...»? Siempre hay un sur hambriento que acusar de gula.

LA IRA

Existió en la Edad Media un cantar épico que circuló por Castilla; el filólogo Ramón Menéndez Pidal lo encontró en el siglo XX recitado aún en pueblos españoles y americanos. La leyenda de los infantes de Lara contaba la rivalidad de dos familias nobles del siglo X; había venganzas, una emboscada, un anillo roto en dos, siete infantes muertos y hasta un pepino con sangre que se arrojaba a un manto como ofensa: todo muy medieval, todo muy extremo, todo lleno de ira.

La palabra ira, nombre para uno de los siete pecados capitales, era muy común antiguamente, más que hoy, para nombrar cualquier enfado: estar irado era una expresión frecuente hasta el XVI. La cólera se materializa ahora en vocablos y actitudes menos extremas: de la irritación a la contrariedad, del enojo del tiquismiquis al de los ofendiditos, nombre que en las redes se da a quienes miden su dignidad en naderías.

La ira medieval nos parece excesiva respecto a los enfados de hoy pero algo comparten nuestros antepasados con nosotros: la facilidad con que el discurso desde el estrado nos enciende para hacernos masa airada y enardecida. La palabra puede ser yesca para prender mechas y en los últimos años nos hemos acostumbrado a que haya políticos que señalen, micrófono en mano, a un periodista o a un tipo de votante e inciten al terremoto en las redes o en la calle. Detrás de los escraches hay siempre un discurso previo de ira, propagado por alguien que solo tiembla ante el peligro de ese discurso cuando le toca padecerlo.

La visibilidad mediática y social de los airados contrasta con la invisibilidad de los sosegados, y en ella no deja de admirarme la templanza que en la sociedad española muestra la mayoría de las víctimas de delitos. Y el caso es que a veces me cruzo por Sevilla con los padres de una niña a la que su novio mató y cuyo cadáver sigue aún sin aparecer. Su familia aceptó la sentencia judicial y el desconsuelo de su propia sentencia amarga a seguir cada día preguntándose dónde está. Ellos y tantos como ellos me hacen pensar que las placas tectónicas de la sociedad en que vivo y de cuyas garantías disfruto son esa gente templada y ejemplar que, a saber de qué forma dolorosa, en la intimidad de su casa, descargan sin terremotos su justificada ira.

LA LUJURIA

La palabra lujuria procede del latín luxus y posee el significado conocido del placer carnal tenido por pecado, pero alberga también un segundo significado menos común y muy poco empleado: lujuria es en español el exceso y la opulencia. Nuestros antepasados tenían tan poco que escrituraban hasta las sillas y los paños, posiblemente la única demasía que podían permitirse era la que solo dependía de echar el pestillo y disfrutar con el cuerpo propio o ajeno. Por eso, en la Edad Media la palabra lujuria quedó reducida a su primer significado reprendido como pecado: la lascivia, condenada por el sexto mandamiento. Mi coterráneo Antonio de Nebrija traducía la palabra lujuria como mulierositas, pensando en su horizonte que todo placer carnal estaba asociado al cuerpo de las mujeres. Pasaron siglos, hasta mediados del XVII, para que la voz lujo, hermana de lujuria y también derivada de LUXUS, se extendiera en la lengua española como forma de nombrar la suntuosidad.

La tontuela pregunta que se mantiene en algunas entrevistas de «¿qué te llevarías a una isla desierta?» nos invita a considerar qué tenemos por imprescindible y qué es un lujo. Si, a la luz de las noticias de este verano, propusiéramos esa pregunta sobre nuestro gobierno y su organización, cabría dudar: ¿es un exceso tener veintidós ministerios, alguno de ellos mero ascenso de una antigua secretaría general? ¿Es un lujo inmanejable contar con esas decenas de organismos en capas que, competencia arriba, competencia abajo, han mostrado lo complejo que les resulta organizar el flujo de la gente en la calle ahora que su regulación se muestra vital? Si aplicamos la pregunta a nuestra monarquía constitucional, ¿es un lujo tener un rey? La monarquía es una tradición europea, y quedan cerca buenos ejemplos de monarquías de este continente con más valores democráticos que algunas repúblicas de otros lares; los reyes, dentro del papel que les otorgan sus respectivas constituciones, son buenos agentes de visibilidad internacional y de diplomacia, no mediatizados por las gafas reductoras del partido político de turno. Pero el debate social planteado en este verano parece en realidad más relacionado con la real lujuria, con la mulierositas y sus consecuencias, que con los fundamentos de la Constitución de 1978. Sea cual sea la opinión de los lectores al respecto, creo que convendrán conmigo en que a los pecados les pasa como a los delitos: que no se heredan.

LA AVARICIA

Fue en abril de 2016. Una mañana cualquiera, una obra pública más en un pueblo a las afueras de Sevilla, Tomares. La excavadora dio con un obstáculo, algo sonó a roto, un obrero se asomó a la zanja y 19 ánforas con 600 kilos de monedas de los siglos III y IV volvieron a ver la luz. Imaginemos a un hispanorromano cavando en el suelo rocoso, llevando de noche las ánforas desde el carro en que las había transportado, colmatando la fosa. Más allá de la propia fertilidad del suelo andaluz, aquel terreno se convertía en la tierra más rica de Hispania por el metal de las 22.000 monedas sepultadas. No sabemos si el dueño fue un especulador o un cambista, pero el viejo poseedor se nos hace tiernamente ridículo en su avaricia inútil: su fortuna nunca recuperada no lo hizo rico a él sino a nosotros por la trascendencia de ese hallazgo.

Las palabras avaricia y avidez comparten raíz, ambas describen la acumulación anhelante, dolorosa en su afán; la lengua antigua la retrataba con la imagen de un río que no sacia al avariento: «Tú eres avaricia, eres escaso mucho, / non te fartaría el Duero con el su aguaducho» decía el Libro de buen amor. El agua, hoy y ayer, es un bien escaso que incita a la codicia. A estos tesoros materiales —las monedas, las acequias—, las sociedades actuales han añadido la nueva avidez de acumular adhesiones en forma de likes en redes sociales, megustas bebidos para satisfacer una sed distinta, la del ego. Imagino a nuestros hedereros rompiendo en el futuro las ánforas digitales de nuestros tesoros electrónicos y descubriéndolas vacías, sin monedas que den contra la losa. También imagino a los historiadores del mañana explicando cómo esas ánforas fueron manejadas por partidos y líderes para comprar seguidores que hicieran emerger o sumergir noticias y elecciones. Entiendo bien las viejas avaricias materiales, con su dimensión humana, con trazos seguros en el mapa del tesoro, pero siento pavor ante los efectos de esa avaricia que alinea bots en las redes para manipularnos. Por eso, asentada en verano en la misma diadema del Aljarafe donde se enterró el tesoro de Tomares, me entrego a mi propia avaricia, inmaterial pero tangible: la de amontonar en mis ánforas luz y lecturas, para cuando no haya.

LA ENVIDIA

Recuerdo bien a ese alumno que tuve hace una década; me contó que había sido un directivo de agenda colapsada pero que la vida lo paralizó con un ictus como infausto regalo a los cuarenta. Al año siguiente de la tragedia, tartamudo y verbalmente desarmado, estaba dándose una nueva oportunidad en un aula de la Facultad de Filología, estudiando entre compañeros de mesa que no sobrepasaban la gozosa juventud de los veinte años. Al terminar la época de los exámenes y viendo llorar a una compañera por una nota, me dijo: «Cuando los veo llorar por un examen, siento envidia de sus lágrimas».

El pecado de la envidia está muy mal visto y hay consenso teológico y social en que perjudica a quien lo padece. No obstante, es más absoluto en su definición teórica que en su plasmación real. La Edad Media alternaba envidia con invidia, una palabra que se acercaba bastante al aspecto del étimo (IN VIDERE: mirar con malos ojos); los hablantes fueron paulatinamente poniendo la palabra a jugar con todo tipo de matices, refinaron las formas de mala mirada que acarrea la envidia. Idearon la forma de nombrar a la envidia sin bilis, esa que llamamos «envidia sana» y que nuestros antepasados, más píos, denominaban «envidia santa» buscando como nosotros un modo de blanquear la oscuridad del sentimiento. La envidia entró en expresiones hechas como comerse o estar verde de envidia y generó numerosos refranes; de hecho, hoy, cuando ya hemos olvidado qué era la tiña, sabemos que esta enfermedad existió precisamente porque la hemos ligado a la envidia. Incluso se ha adoptado la palabra alemana Schadenfreude para designar con sentido técnico el malicioso placer que podemos sentir ante el mal ajeno.

Sí, pocos pecados han sido lingüísticamente tan productivos como este. Sin embargo, tanta variedad léxica no me ofrece una etiqueta que colgar a la envidia que sentimos ahora, que podría llamar «retroenvidia», porque se proyecta sobre nosotros mismos en el tiempo pasado más inmediato y lo codicia, como el nublado al celeste del que proviene. Miramos al mes de febrero de 2020 con los ojos entornados de retroenvidia por su normalidad sin pandemia: no podemos pensar en ese tiempo tan cercano sin que sea iluminado por el oscuro rayo de este pecado. Y esa es una penitencia añadida a la nueva normalidad.

LA PEREZA

Todas las vueltas al cole felices se parecen pero esta vuelta al cole nos inquieta a cada familia de una manera. En la sobremesa de una comida, hay un padre preguntándose cómo afectará un colegio cerrado al progreso de su niño con discapacidad, hay una madre desvelada por no saber dónde dejará a su hijo si las aulas no se abren, hay familias agotadas de teledocencia que tiemblan ante la posibilidad de que la experiencia se repita. Hay padres alarmados por la formación de sus hijos y otros intranquilos por la logística de la casa. Todo es comprensible, todo es lícito, pero en esas conversaciones domésticas, ¿quién se acuerda del profesorado?

Yo pienso en tantos profesores que en febrero de 2020 de un día para otro se inventaron recursos de la nada, se adaptaron como pudieron a la enseñanza en línea con sus propios medios y llegaron exhaustos a final de curso; pienso en esos cuya entrega estuvo a la altura de su vocación: ¿les hemos reconocido su esfuerzo? Cuando legítimamente nos hemos preocupado por los ingresos de bares, discotecas, teatros y cines, ¿quién se ha interesado por esa enorme red de pequeños negocios que rodea a la educación: profesores de academias, de extraescolares...? ¿Y ahora nos escandalizamos porque los responsables políticos no han previsto bien la vuelta al colegio? La desidia hacia los profesionales de la educación que muestran nuestros líderes no es nueva y no es distinta a la de la sociedad común. En esto sí que nos representan.

La pereza es un pecado muy veraniego y, ciertamente, eso que en México llaman estar acostadote es una holganza excusable en agosto. Pero, con toda razón, la pereza se llamó también en la Edad Media acidia, una palabra tomada del griego que significa ‘indiferencia’. Esa acidia que rima con desidia ha sido el pecado constante de España en materia de educación. Quizá porque pertenezco al gremio sea poco objetiva, pero tengo claro que si este curso tan frágil no se derrumba al poco de empezar será de nuevo por la tenacidad comprometida de muchos de los profesores. A ellos dedico esta columna.

SEXTA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE PALABRAS

Desde que nos levantamos de la cama por la mañana no hacemos otra cosa que no sea hablar, con nosotros mismos o con los demás. Pasar del sueño a la vigilia es, por tanto, pasar del silencio a las palabras. Con cada una de ellas somos capaces de nombrar objetos, personas, emociones; con ellas informamos de nuestra voluntad y nuestras derrotas. Gracias a las palabras, hacemos que pasen cosas en el mundo; con ellas, el mundo es nuestro. El español, como todas las lenguas, es un mundo de palabras agrupadas en familias, y estas cambian con el tiempo: unos miembros llegan, otros se van, otros van y vienen... En las páginas que siguen veremos cómo se apañaban nuestros antepasados cuando no se usaban palabras que hoy tenemos por fundamentales, observaremos cómo un año de actualidad se puede definir en palabras o de qué forma el coronavirus nos dejó simultáneamente sin palabras pero con muchas palabras nuevas.

TEN CUIDADO

Cuando leo sobre el hedonismo como horizonte, sobre la necesidad de abandonarse y de disfrutar, sobre lo festivo que es rebañarse el plato, sobre el reposo indolente de una siesta playera, pienso en que no hay descuido posible en los que cuidan, nada de esto está reservado a los cuidadores. Cuando escucho llamadas al autocuidado, se me viene a la cabeza que esa apelación a sobrevivir en medio del tráfago moderno, esa dedicación plena a nosotros mismos, no es elegible para quienes cuidan a otros: llevar y traer a consultas, disponer comidas, revisar pautas medicinales, organizar la agenda de turnos, dar la vuelta en la cama al postrado, conocer quién será la nueva terapeuta que atenderá a la persona con discapacidad a su cargo.

La carga mental y los cuidados están etimológicamente unidos, brotan de la misma tierra lingüística. Sé que la verdad de las cosas no está en lo que fue la palabra que las nombra, sé que una palabra significa lo que es en la época en que se dice y que es en esa negociación que establecemos al comunicarnos con otros cuando un vocablo se fija en su valor. Pero los cambios que nuestros antepasados hicieron sobre los significados de un término nos cuentan mucho de la sombra que este proyectaba. Y eso es lo que le pasa a la palabra cuidar, que lleva en sí, dentro, a la palabra pensar.

Si atendemos en radiografía histórica al verbo cuidar, vemos que proviene del étimo COGITARE (recuerden las clases de Filosofía con el COGITO ERGO SUM de Descartes, ‘pienso luego existo’ o ‘pienso y por tanto soy’). Los latinos sacaron el pensamiento de la agitación: AGITO, pariente de COGITO, es agitar, poner una cosa a moverse, y COAGITO era perseguir una idea, tenerla en movimiento en la mente, no dejarla estática ni inmóvil. Ese es el COGITARE del que salió el castellano cuidar, un verbo que significaba para nuestros antepasados ‘pensar’: «cuido que verdad es» (o sea, ‘creo que es cierto’, dice un personaje de la literatura medieval mirando sorprendido a una estrella fugaz). En castellano antiguo, en efecto, cuidar era pensar, por eso, en los viejos textos castellanos, quien estaba cuidadoso o cuidoso es que pensaba mucho. Todavía hoy quien es descuidado lo es porque actúa sin pensar, sin detenimiento, y si alguien no se cuida de la opinión ajena es que no la atiende ni le preocupa. Ya en el siglo XVII la lengua española varió el sentido de cuidar al actual, el de asistir a alguien.

Todavía el gallego retiene en su verbo coidar el valor latino de creer y pensar.

En la historia de la pintura hay cuadros que, mediante estudios radiográficos, exhiben las huellas de los arrepentimientos, los bocetos o los cambios que el artista experimentó hasta dar por terminada la última versión, y esos estratos nos hacen entender mejor que hubo un desarrollo y una duración en lo que nosotros disfrutamos como una foto fija, una creación terminada. Lo mismo le ocurre a las palabras: la radiografía de su historia nos cuenta mucho de los matices que hay dentro de su significado. Y las usamos en el presente, a veces con los viejos valores proyectándose como una sombra que no coincide exactamente con la silueta del significado. Quien cuida no para de pensar... en los cuidados de los demás, los tiene rebotando en las paredes de su agitada cabeza continuamente, con la paradoja de que queda atrapado en ellos y no atiende a sí mismo; el de los cuidadores es un COGITO... ERGO NON SUM porque asumen como únicas certezas inamovibles las derivadas de sus responsabilidades hacia el otro. Solo descansa quien aparta esa carga mental de su cabeza, siquiera por unas horas. De hecho, el verbo curar, tan relacionado con cuidar, uno como objetivo del otro, es también frontero semántico con la idea de pensar, y curar significó también en nuestra lengua pensar, meditar.

Las labores de cuidado han sido las más menospreciadas socialmente y solo las hemos empezado a valorar cuando quienes (sobre todo mujeres) las desempeñaban gratuitamente han dejado de ejercerlas o se han profesionalizado. Quienes tienen grandes dependientes a su cargo no sabrán ni qué quiere decir esa última palabra de moda que es autocuidado. En imperativo, descuidar es librar a alguien de la preocupación que pueda tener; por eso, «Descuida, yo lo haré» es una buena frase para decir a quienes siguen asumiendo la fatigosa tarea de cuidar.

CUANDO VALE ERA ADIÓS Y HOLA UNA SORPRESA

Si viajáramos en el tiempo al siglo XVI, escucharíamos a los hispanohablantes de entonces saludarse con hala, despedirse con vale y sorprenderse del precio de los productos en el mercado con un hola de cejas enarcadas. Las despedidas y los saludos son muy cambiantes en la historia de las lenguas. Hola y vale, dos de las palabras que más decimos hoy, en otro tiempo se usaban con sentidos muy distintos a los actuales.

Nuestros antepasados se despedían diciendo vale. Esta palabra, que hoy usamos para cerrar acuerdos, para expresar confirmaciones y como constante muletilla, era una elegante forma de cerrar conversaciones en el lenguaje cortesano del castellano antiguo, que la había heredado del latín.

Hoy en muchos cierres de conversación amistosa le decimos a nuestro interlocutor «cuídate mucho»; pues bien, en latín ya empleaban fórmulas similares a esta: vale era en latín el imperativo de VALERE, que significaba ‘cuidarse, estar sano’, de forma que en las despedidas se recomendaba al interlocutor ‘consérvate sano’ en frases de deseo como VALE, VALETE, CURA UT VALEAS (todas ellas con significado similar a ‘cuida de estar bien’). El castellano antiguo heredó este empleo y mantuvo, al menos hasta el XVII, ese vale como fórmula de despedida. De hecho, como derivación de ese sentido, se creó el sustantivo el vale como equivalente a la palabra despedida, y el vale último o vale postrero era la despedida que se daba a alguien tras fallecer. Así, Pedro de Solís decía a mediados del XVII de cierto personaje que hizo su testamento y «dio el vale al mundo». Gradualmente, ese vale comienza a perder frecuencia en las despedidas y nuestros antepasados hicieron crecer a adiós (derivado de la expresión a Dios seas) como fórmula común para irse marchando.

En la misma época en que vale cerraba la charla, aún no se usaba hola de manera general para abrirla. Nuestros antepasados decían hola para llamar a quienes consideraban inferior, a los criados o los servidores; era una apelación comparable al oye de hoy, un «atiéndeme» que en principio estaba restringido a la jerarquía de quien manda hacia su subordinado. La palabra hola encierra muchas intrigas, no obstante. No se encuentra en los textos hasta el siglo XVI y,

por tanto, no sabemos si se usaba en la Edad Media; los primeros ejemplos que se localizan como claro saludo son del siglo XVI, época en que se entendía como una variante de hala. Además, junto con el hola equivalente a «escucha, atiende», había un hola que tampoco era exactamente saludo, era el hola que servía para expresar sorpresa o extrañeza. De hecho, en algunos textos antiguos se usa por duplicado, como en la lengua actual podemos expresar sorpresa diciendo «anda, anda» o «mira, mira». Por ejemplo, a mediados del siglo XVI, Juan de Arce ponía en boca de las mujeres de sus textos una copla popular que decía: «¡Hola, hola, que no tengo de dormir sola!, ¡Hala, hala, sino bien acompañada!». El siglo XVII llena los textos teatrales de holas y hasta surgió un verbo, holear, que significaba «usar constantemente la palabra hola».

La historia sigue. Como los saludos y las despedidas son una fuente constante de cambios, nos quedaba un episodio más en torno a hola. En los últimos años, hola ha crecido en un doble sentido; por una parte, se ha extendido su uso: antes se empleaba entre conocidos y en el lenguaje familiar y ahora ha entrado en la comunicación profesional: cualquier empresa en sus presentaciones digitales o en sus mensajes grabados de asistencia saluda con hola a sus clientes. Por otra parte, en el lenguaje juvenil español actual se ha extendido el sentido de hola como expresión de sorpresa y de reproche: «Me han querido cobrar 15 euros por un café, ¿hola?». Este sentido, desarrollado en redes sociales y en el lenguaje juvenil, es sobre todo interrogativo y expresa sorpresa, desacuerdo, reacción del hablante con un sentido más bien descortés.

Las formas de saludo y de despedida tienen una parte de ritual heredado, de fórmula consagrada que usamos sin pararnos a pensar, y tienen otra parte de cambio, de innovación y moda. En los últimos años la despedida hasta luego, que antes se usaba para indicar un efectivo reencuentro próximo, se ha empezado a emplear también como cierre de conversaciones entre interlocutores que saben que van a tardar mucho en volver a verse o que, en un principio, no tienen por qué verse más (por ejemplo, en la despedida de un taxista o de un teleoperador).

El otro vale que usamos hoy es el sustantivo que nombra el papel que se da a favor de alguien a modo de bono, que acredita la entrega de algo a cuenta o la gratuidad de un servicio. Este vale deriva también del verbo VALERE latino pero no en imperativo como ocurría en el saludo, sino en la tercera persona del singular: «esto vale». En algunas zonas hispanoamericanas, como en República Dominicana, un vale es un pueblerino, una persona a la que se descalifica por

rural, y en Venezuela se puede llamar al amigo íntimo «mi vale». En la famosa novela Doña Bárbara (1929) del venezolano Rómulo Gallegos leemos: «Yo me voy a presentar yo mismo, no vaya a ser cosa que mi vale Antonio le dé malas recomendaciones».

NI NOSOTROS NI ALGUIEN NI QUIENES: PALABRAS QUE EL ESPAÑOL ANTIGUO NO TENÍA

Sé que conozco a muchas gentes a quienes no conozco. Gustavo Adolfo Bécquer nos hablaba de los 'dedos de rosa' del sueño, de las visiones que dejaba en nosotros ese mundo imaginado que hay en nuestras cabezas por las noches. Más de 150 años después de la muerte del poeta sevillano, los versos de Bécquer podrían ser parafraseados como creo que conozco a personas a quien no conozco en realidad. Y en esa frase veríamos ese fenómeno tan frecuente del español de hoy por el que utilizamos el singular quien para referirnos a un grupo que es plural (personas). Tal uso, condenado por la norma del español, ocurre porque el plural quienes es una palabra relativamente nueva en nuestra lengua, no tan extendida como nos parecería a la vista de su empleo actual.

Es llamativo comprobar cómo palabras que forman parte de nuestra gramática y de nuestra lengua cotidiana no eran usadas en el castellano antiguo. Quienes es una de ellas. Los textos castellanos primeros usaban quien como pronombre relativo, pero el origen de este pronombre (del latín QUEM, singular) hacía que se usara la forma quien tanto para aludir a una persona como para aludir a varias: «los hombres bien nacidos a quien estas ciencias son infusas», decía en el siglo XV el marqués de Santillana. El plural quienes se crea a finales de la Edad Media: está ya en algunos manuscritos del XV, pero no antes. Cuando en una película o novela de ambientación histórica medieval escuchemos a un personaje decir quienes, hemos de desconfiar: tal plural no se generalizó en nuestra lengua hasta el siglo XVII; seguramente en su origen era un plural tenido por raro y vulgar (como si hoy dijéramos álguienes) y, aunque ha acabado extendiéndose, no se ha borrado la posibilidad de que empleemos aún quien en singular para referirnos a un antecedente en plural.

Otra de esas palabras que no conocían los primeros hablantes del español fue alguien. El castellano medieval carecía de tal pronombre: si nuestros antepasados querían referirse de forma indeterminada a una persona, hablaban de alguno («cuando alguno viene, otra razón mudamos», Libro de buen amor) o decían, en circunloquio, alguna persona. Alguien es la copia castellana de las formas alguem y alguién que se usaban en gallegoportugués y asturleonés, respectivamente: hasta el siglo XV no se introdujo este pronombre en castellano

y, cuando lo hizo, fue bajo la forma de acentuación aguda alguién. Influido por algo, que sí existía en castellano, alguién se hizo alguien y se quedó en nuestra gramática para siempre.

Un tercer caso de ausencia llamativa es el de los pronombres personales nosotros y vosotros. El castellano medieval decía nos y vos («ellos son nuestros siervos, nos somos sus señores», Libro de Alexandre) pero desde el siglo XIV se empezaron a extender las variantes nosotros y vosotros, que no se generalizaron en español hasta el siglo XVI. Otros fue primitivamente un refuerzo de nos y vos, similar al usado en el inglés de hoy, que enfatiza su plural you con you all o you people.

Palabras de la gramática como quien, alguien o vosotros nos muestran que el español de hoy no es solo y exclusivamente la herencia en años del castellano de la Castilla fundacional. Alguien vino del occidente, nosotros y vosotros fueron pronombres empujados por la influencia del catalán y el aragonés: todavía a principios del siglo XVI los sevillanos decían nos y vos mientras que aragoneses y manchegos decían nosotros y vosotros. Quien, en singular, barrió en la Edad Media desde el occidente a la forma relativa que era usada en el centro y oriente de la península: qui. Vientos del norte al sur, del sur al norte, de las franjas laterales hacia los centros y del centro a la periferia nos permiten comprobar que, al menos en lo que se refiere a las lenguas, nuestros antepasados estaban también en contacto y sometidos a influencias varias, sin que necesitasen para ello ni los aviones ni las pantallas que hoy nos parecen imprescindibles para conectar.

Cuando leemos un texto medieval, nos topamos con vocablos que no entendemos, bien porque nombran a realidades que ya se han perdido o bien porque los hemos terminado sustituyendo por palabras nuevas, pero, además de esas voces que han desaparecido para siempre, el lector de hoy percibe que el castellano de otro tiempo, aun siendo comprensible, tiene un aroma distinto al actual. Ello ocurre en buena medida porque palabras de gran uso dentro de nuestra gramática moderna faltaban en la lengua de antes, que empleaba otras en su lugar.

Ahora bien, que nuestros antepasados se comunicaran sin contar con palabras que para nosotros hoy son fundamentales no puede hacernos pensar que los hablantes de otro tiempo hablaban con mayor dificultad o imprecisión que nosotros. Nuestras formas han reemplazado a las suyas y sus discursos eran tan competentes o eficaces como lo pueden ser hoy los nuestros. No conocemos a

nuestros hablantes de hace siglos, solo los representan los textos. Leer esos libros antiguos es una forma, no soñada y sí real, de conocer a quienes no conocemos.

COVIDIOTA, BALCONAZIS, CUAREMPENA… LOS NEOLOGISMOS QUE NOS TRAJO LA PANDEMIA

Que el pensamiento no puede tomar asiento lo sabíamos ya gracias a una de las canciones de Luis Eduardo Aute. Que la lengua tampoco puede, ni debe, sentarse quieta a esperar, lo podemos confirmar simplemente observando cómo se comportaron las palabras del español durante las semanas que duró el confinamiento domiciliario decretado a causa de la pandemia de COVID-19.

Pasaron pocas horas desde que el virus se hizo cifra y habitó entre nosotros para empezar a detectar cómo los hablantes, en redes sociales, en los memes y en las tertulias empezaban a hacerse con palabras que hasta entonces yacían dormidas en nuestro vocabulario: confinamiento,pandemia y su hermana infodemia se hicieron protagonistas de nuestros usos lingüísticos, desplazando a otras más manidas que estaban clavadas en el discurso mediático. Aprendimos que EPI son las siglas de equipo de protección individual, supimos que las mascarillas son nasobucos en Cuba y barbijos en Argentina y Bolivia; descubrimos el significado social de que algo sea esencial y nos enseñaron que tenemos una mano no dominante que es la que debíamos utilizar al salir a comprar. Las resurrecciones léxicas tampoco pararon: desescalar como sinónimo de ‘graduar’ es un ejemplo.

Al mismo tiempo que despertamos a viejas palabras, creamos otras nuevas. Cualquier innovación que se registra en una lengua pasa por dos fases: una es la propia innovación y otra, la verdaderamente clave, es la difusión. Innovar lingüísticamente no es tan complejo, pero esa creación queda en nada si no es adoptada por otros hablantes y se generaliza más allá de la persona que inventa. Esa nueva palabra que se crea y, si tiene suerte, se extiende, recibe el nombre de ‘neologismo’. Pues bien, no son pocos los neologismos que empezaron a circular a causa del coronavirus.

Quizás el más extendido mundialmente fue el adjetivo covidiota. Tanto en inglés (covidiot) como en español (covidiota) la palabra designó a aquel que, en circunstancias sin duda trágicas, cometía irresponsabilidades que perjudicaban a los demás: ignoraba la distancia social, extendía bulos, acaparaba por encima de sus necesidades... De hecho, la cuenta de Twitter del New York Times

@NYT_first_said, que registra las palabras que aparecen por primera vez en este periódico, documentó covidiot el 4 de abril de 2020, coronacoma el día 1 y anticoronavirus el 30 de marzo de ese mismo año, tres neologismos del inglés causados por la situación que vivimos. En español circularon variantes de todo tipo a partir de las palabras comunes hoy: el covidiota ha sido llamado también coronaburro; al coronavirus lo han llamado carallovirus; a la cuarentena, cuarempena, y al confinamiento, confitamiento por la ganancia de peso que, a falta de ejercicio físico y dada la ingesta de repostería doméstica, parecíamos mostrar. Los que ejercieron de policías de balcones para insultar a quienes circulaban por la calle (sin saber si, por ejemplo, son gente que va o vuelve de trabajar o padres de niños con discapacidad) fueron calificados como balconazis.

Estas creaciones de vocabulario, neologismos del lenguaje, empezaron a convivir con otro fenómeno igualmente interesante, individual y aún más ocurrente. Al pediatra Alberto García-Salido (@Nopanaden) se le ocurrió a primeros de abril de 2020 abrir un hilo en Twitter con la etiqueta #covidcionario para que los hablantes de español propusieran nuevas definiciones para palabras que nuestra lengua ya tenía. El hilo dio lugar a toda una cadena de definiciones (descacharrantes unas, muy críticas otras) propuestas por distintos usuarios de la red social: ventana como ‘parte de nuestra casa que durante el periodo de confinamiento disfruta de una clara actualización de su sistema operativo’; pandemia como ‘acuerdo tácito entre una gran parte de la población para ponerse a hacer pan durante el confinamiento’ o, refiriéndose a la indignante escasez de trajes EPI, epitafio como el ‘estado en que queda un servicio cuando escasea la protección individual y se ha de confeccionar’. Son neologismos de significado, neologismos semánticos.

Con todo, pocos lingüistas o filólogos disfrutarán con este fenómeno de neologismo léxico o semántico. Decía Aute que vivir es un accidente de gozo y dolor; las palabras tambien reflejaron ese doble camino. Los miles de hablantes de español que murieron entre 2020 y 2021 se llevaron consigo cientos de palabras que solo su generación conocía, algunas recuperables a través de textos, otras, propias de las tradiciones orales y de las conversaciones más espontáneas, enterradas como se entierra en los entierros de la pandemia: sin velatorio ni rito de despedida. Estas nuevas palabras en torno al coronavirus han sido una ganancia muy cruel para la lengua.

MENTALIDAD, NOVEDOSO, MARRÓN: PALABRAS QUE SON MÁS MODERNAS DE LO QUE CREES

Somos conscientes de que la palabra coronavirus es más o menos moderna y que, en cambio, maravedí es una voz arcaica en nuestra lengua. Pero, en general, los hablantes de un tiempo y un lugar concretos no tenemos capacidad para detectar lo recientes o antiguas que son las palabras que hemos adquirido por vía heredada al empezar a usar la lengua. Muchas de las palabras que son frecuentes en nuestro léxico común, que nos parecen «tradicionales» o «de toda la vida» tienen, en realidad, prácticamente tres días.

Las lenguas romances, esto es, las hijas del latín, se consideran ya nacidas en el siglo X. Por ello, si algo comienza a usarse en el siglo XIX entendemos que esa palabra es relativamente nueva, aunque nuestra memoria viva, la de nuestros abuelos y bisabuelos, la tenga como palabra bien asentada en nuestro fondo léxico. Vamos a bucear en la historia más reciente del español a la búsqueda de ejemplos de palabras que a mediados del siglo XIX no se usaban o se sentían recientes y muy novedosas.

La primera es precisamente ese adjetivo que acabamos de emplear: novedoso. La palabra empezó a usarse en el español americano a mediados del siglo XIX. Se forma a partir de la unión del sustantivo novedad y la terminación –oso, pero tiene la gracia de perder una sílaba al crecer: no decimos «novedadoso» sino novedoso, por lo que hemos enviado la sílaba da al arcón de lo que sobra al construir palabras. El adjetivo novedoso entró en los registros de la Real Academia Española en 1927, en un principio marcada como propia de Chile y el Río de la Plata. La intelectualidad abrazó esta voz que se terminó extendiendo también en el español de España. El resultado es que ya no tiene nada de novedoso decir que algo lo es.

Un caso similar es el de otro adjetivo, exitoso; tiene la misma terminación que novedoso y también se difundió desde el español americano al español europeo, aunque en fecha aún más reciente. Se utilizaba en textos americanos desde la segunda mitad del siglo XX y, por ello, entró en el diccionario de la Real Academia como americanismo en una fecha bien próxima: 1989. Hoy no sentimos este adjetivo como voz americana ni como novedad, lo que muestra la

capacidad de influencia mutua que hay entre el español de un continente y de otro: las lecturas compartidas, el prestigio del ensayismo americano y la difusión de los medios han ayudado mucho a esa doble dirección de intercambio.

Si hoy somos particularmente sensibles hacia (o contra) los anglicismos, nuestros antepasados del XIX estaban aún muy influidos por el francés. Eso explica algunas incorporaciones a nuestro vocabulario reciente desde la lengua vecina, en los llamados galicismos. Veamos un caso curioso: el color marrón existe desde antiguo pero antes se llamaba castaño. Nuestros antepasados desde mediados del siglo XIX empezaron a hablar de ropa de color marrón, trayéndose tal palabra del francés. Emilia Pardo Bazán, por ejemplo, en Un viaje de novios (1881) habla de un «traje semimasculino, de paño marrón». Los nombres de colores son un catálogo constante de cambios léxicos. Hoy seguimos usando el viejo adjetivo para nombrar al pelo castaño.

En otros casos, lo reciente no es la palabra sino la construcción en que se inserta. La palabra furor deriva de latín FURIA y está en curso desde el siglo XV para nombrar a una forma de enajenación, pero en español las cosas hacen furor desde fecha muy reciente. La construcción hacer furor con el significado de ‘despertar entusiasmo’ se trajo desde el francés (faire fureur) a mediados del siglo XIX. Mariano José de Larra (1835) hablaba de cierta moda que «comenzó a hacer furor» en París y usaba para ella esta construcción que también se puso de moda, se condenó por galicista pero terminó siendo común en nuestra lengua en el siglo XX.

Otras novedades tienen que ver con innovaciones en conceptos o dispositivos que hoy nos parecen generales pero que nuestros antepasados del XIX veían como singularidades. Pongamos dos ejemplos al respecto. Uno procede del léxico de la filosofía: mentalidad. Esta palabra se empezó a extender a fines del XIX y no se generalizó en el español de España hasta principios del siglo XX. Otro ejemplo, este menos abstracto, es el de la palabra gasolina. Deriva de la palabra gas y se trajo desde el inglés gasoline. La voz gasolina era una rareza a fines del XIX; de hecho, los diccionarios de esa época remitían a gasoleno y gasolina no tendrá una definición propia en el diccionario hasta 1925.

Los historiadores de la lengua estudian etapas antiguas de los idiomas, por ello el punto de salida está claro en la disciplina: es la etapa de orígenes, o, para el caso del español, el momento de dejar de ser latín para empezar a ser castellano. Pero ¿dónde está el final?, ¿dónde acaba la historia del español y estamos pisando ya

terreno que se considera español actual, nada histórico? La cuestión ha estado muy viva en la investigación reciente sobre nuestra lengua y en los últimos años han empezado a surgir trabajos científicos que analizan el siglo XX como etapa incluible dentro de la historia del español.

Como vemos, el léxico es la parte de la lengua que más sujeta está a cambiar para reflejar la realidad de la historia que afecta a los hablantes, sus gustos o su apetencia de novedades. En tiempos del coronavirus, pudimos comprobar cómo el confinamiento revitalizó viejas palabras que apenas circulaban en el lenguaje cotidiano, como pandemia; vimos cómo se introducían otras nuevas en nuestras conversaciones, como desescalar e incluso nos hicimos a usar un nuevo anglicismo, PCR (sigla de polymerase chain reaction o sea, «reacción en cadena de la polimerasa»). En estos casos, los hablantes somos conscientes, a poco que tengamos un poco de sensibilidad lingüística, de que estamos ante novedades léxicas, por vía de revitalización o de introducción. Pero ahí están, agazapadas entre vocablos medievales, otras voces que fueron adquisiciones nuevas en el armario de palabras de nuestros antepasados del XIX. Es la paradoja de que, aun dándose constantemente cambios en nuestro vocabulario, en el fondo no hacemos con las palabras nada nuevo bajo el sol.

HISTORIA DE LA PALABRA CUÑADO

Nicolás Copérnico (1473-1543) estudió Derecho y Medicina, se formó con matemáticos y astrónomos, y pasó años trabajando hasta mostrar el logro que fue clave para abrir la puerta a la modernidad en el pensamiento científico europeo: sostuvo que era el Sol, y no la Tierra, el centro del sistema solar. Pese a ello, posiblemente, en una conversación de sobremesa, algún listillo le soltó: «¿El sol en el centro? No tienes ni idea, Nicolás; espera, que yo te lo explico».

Listillos y enterados ha habido siempre, pero solo en los últimos tiempos se los ha empezado a llamar «cuñados». Además de nombrar a la propia relación de parentesco, el sustantivo cuñado empezó hace unos años, al menos cinco, a designar a esa persona insoportable que parece saber siempre todo mejor que tú, que opina de todo vendiendo la opinión propia como la única válida y solucionando en dos frases problemas complejos con muchas aristas. Ese cuñado que no es tu cuñado representa más bien a una especie de modelo de comportamiento; eso explica que se hayan creado derivados como cuñadismo (sustantivo similar a otros derivados en –ismo que significan corrientes de actuación: socialismo, protestantismo...) o cuñadista como adjetivo para quien practica tal manera de actuar (actitud cuñadista). La palabra cuñadismo rozó en 2016 el podio de la fama al ser una de las doce candidatas a palabras del año según la Fundación del Español Urgente (Fundéu). Ganó populismo, seguramente porque faltó un verdadero cuñado en el jurado que le explicase las cosas al resto.

Lejos de postergar a la figura del cuñado y de dejarla con el palillo de dientes en la barra del bar, podemos recorrer históricamente la palabra cuñado para observar que es tan elocuente y expansiva como el propio personaje al que ridiculiza. Veamos cómo la palabra cuñado se ha mostrado especialmente flexible en la historia del español para acoger nuevos significados.

A fines del siglo XX, cuñadismo se usaba con el sentido de ‘nepotismo que recae sobre un cuñado’, es decir, era equivalente a amiguismo; pudo influir en este significado el hecho de que llamasen cuñadísimo a Ramón Serrano Suñer (1901-2003), político casado con la hermana de Carmen Polo, mujer de Franco. Estos usos derivaban del significado estándar de cuñado, palabra que en español

general de hoy da nombre al hermano de tu cónyuge o al cónyuge de tu hermano. Hay otro significado más de cuñado hoy: en español de hoy puede llamarse cuñado al que técnicamente es un concuñado o concuño, es decir, podemos llamar cuñado también al cónyuge de nuestro cuñado o al hermano de nuestro cuñado (esto parece complejo, dile a un cuñado que te lo explique). En algunas zonas de América, se llama cuñado a un amigo, aunque no se tenga ningún parentesco con él.

La lengua antigua reservaba para cuñado significados aún más amplios. Antes el cuñado era cualquier pariente político, en cualquier grado. En latín la voz COGNATUS significaba pariente consanguíneo (NATUS significa 'nacido' y el prefijo COG- viene de con, que señala a algo que ocurre conjuntamente). Cognados eran, pues, los familiares de nuestra misma estirpe; parientes afines eran, al contrario, los parientes políticos. El significado era bastante amplio, y así se recibió en castellano, que empleaba en sus orígenes cuñado como cualquier pariente, sobre todo los de la familia política, o sea, los no consanguíneos, justamente el significado opuesto al latín. Posteriormente, la voz cuñado parece ir especializando su significado para empezar a nombrar al cónyuge de tu hermano o al hermano de tu cónyuge.

Los derivados en la lengua antigua mostraban aún mayor soltura que hoy. Una obra histórica de Alfonso X, en el siglo XIII, habla de la «razón de la cuñadez» y junto con cuñadez estaban en el español antiguo derivados como cuñadía, cuñadío (la estirpe de cuñados), cuñadería (o conjunto de cuñados) o cuñadazgo, el estatus de ser cuñado.

El cuñado de la lengua antigua fue estrechando su significado para aludir primero al pariente, luego al concuñado y cuñado y luego exclusivamente al cuñado; al criticar hoy a los cuñados, al contrario, ampliamos el significado de la palabra, ya que la aplicamos a quien opina de todo creyendo tener razón, sea o no nuestro pariente: hay un ciclo de ensanchamiento y estrechamiento de significado en la palabra cuñado.

No hay, en cambio, respuesta lingüística sino quizás antropológica a la pregunta de por qué simbolizamos en el cuñado ese rechazo a quien opina de más. El originalísimo gramático extremeño Gonzalo Correas recogía en el siglo XVII el refrán «Aquella es bien casada, que ni tiene suegra ni cuñada» para explicar maliciosamente que las relaciones con la familia política son más fáciles si no se dan; hay un refrán alemán que dice «La amistad de un cuñado es endeble» (Bei

einem Shwager ist die Freundschaft mager). Debe de haber algo universal en la animadversión al cuñado.

Un cuñado nos diría, convencidísimo, que seguro hay un complot mundial contra los cuñados y que él lo arreglaría «en dos patadas», más o menos como arreglaría la pandemia. Tengamos conmiseración: a algún Copérnico habremos refutado alguna vez su sólida teoría.

LA RELIGIÓN EN LA LENGUA

Escribo sentada en una terraza al sol en Sevilla, suenan de lejos las bandas de música del Domingo de Ramos y huele a incienso. No por tópico es menos conmovedor. Hay nazarenos yendo a las iglesias y abruma el trasiego de gente expectante. La ciudadanía que participa en la Semana Santa, la que sale a la calle, se comportará estos días como una de esas bandadas de pájaros que, sin rozarse, saben que hay un momento en que tienen que virar unánimes el vuelo, subir o bajar con decisión rápida. Habrá mutismo absoluto cuando toque cofradía de silencio y habrá gloria callejera cuando toque exultación, sin que nadie ordene explícitamente una cosa u otra. Haremos en la calle lo mismo que se hace en la lengua: ser religiosos aunque no practiquemos, llevar lo sagrado a lo común, humanizar lo que en la iglesia se tiene por divino.

La religión está en la lengua porque sus ritos y lecturas han estado en nuestra cabeza, en nuestra forma de relacionarnos. La huella del cristianismo nos hace decir que hemos pagado la cuenta religiosamente o que ponemos a alguien en un altar; nuestro refranero contiene también expresiones bíblicas (tirar la primera piedra, poner la otra mejilla, ser profeta en tu tierra). Las creencias varían pero las tribulaciones en que se sustentan son las mismas: la humana necesidad de la introspección, la inquietud por el azar y la muerte, la gestión de las emociones... Por eso, si cambia la religión, varía el vocabulario de la adoración pero esta sigue siendo parte de la lengua. En su momento, el cristianismo sustituyó de forma deliberada al léxico del politeísmo romano: se prefirió, por ejemplo, llamar iglesia a lo que antes era templo, igual que hoy, con términos de otras religiones, se llama gurú al que cumple para unos la función de líder espiritual que tienen los sacerdotes para otros o se anhela un estado zen o nirvana, que no es distinto de la elevación que decían experimentar nuestros místicos de los Siglos de Oro.

Sí varía entre sociedades, y por tanto también entre lenguas, nuestro modo de acercarnos a lo divino. Para algunas religiones, la divinidad desborda a la lengua. Lo sagrado se hace en ellas inefable, imposible de expresar con palabras, o incluso innombrable, tabú, voz prohibida. En la tradición hispánica, en cambio, la lengua no se ha privado de nombrar a lo divino: el castellano, que tiene desde sus orígenes formas respetuosas de apelar al otro (vos, vuestra merced, usted) no

las ha utilizado en las oraciones, que siempre han tuteado a las entidades divinas. Igualmente, en un proceso muy largo, nuestra sociedad ha terminado integrando el idioma cotidiano como idioma de la liturgia. En la India, el sánscrito sigue siendo lengua de la liturgia, aunque no se use en la calle; en Europa, el latín, en cambio, fue lengua de la misa respecto a las lenguas romances pero estas entraron poco a poco en la iglesia: lectores habrá que recuerden la misa en latín.

En la celebración de la Semana Santa, cuando las iglesias parecen abrirse a la calle, podemos reflexionar sobre cómo nos hemos divinizado como humanos y cómo hemos humanizado, sacado a la calle y metido en la lengua lo divino. Todo lo humano necesita de la lengua para ser expresado, las religiones no son posibles sin la lengua, en el principio siempre está el verbo. Y después nosotros, individuos y no masas unánimes, tratamos de desentrañar cotidianamente el laberinto de vivir y sus tribulaciones.

PAVO REAL Y PAVO IRREAL

Europa se trajo de oriente los pavos reales y los soltó en sus jardines para extasiarse ante el pecho azul y el arco ligero pero prodigioso de las plumas del animal. Durante siglos, los hablantes de español lo denominaron pavo o pavón; luego, desde Centroamérica, un ave desconocida en Europa embarcó en galeones hasta los puertos andaluces, era parecida al pavo pero comestible y doméstica: los españoles llamaron también a ese pájaro forastero pavo, lo empezaron a cocinar y a comerlo en mesas notables. El viejo pavo, más señorial pero menos útil, empezó a ser llamado entonces pavo real, o sea, algo así como ‘pavo verdadero’. El pavo de corral se apropió de la denominación simple y genérica, la más antigua, pero en la lengua quedó reducido a ser un farsante en relación con la especie histórica, un voluntarioso parvenu.

Para nuestros antepasados, igual que para nosotros, el adjetivo real puede expresar la vinculación con la corona (casa real) o la existencia objetiva o material de algo (hecho real). Para el primer significado, la lengua española permitía graduar el significado de lo real: antiguamente se decía que había corceles, séquitos o servidores muy reales, y todo ello se ligaba a que estaban particularmente protegidos o vinculados al rey. En cambio, lo real como opuesto a lo irreal se expresaba solo en términos absolutos: las cosas eran reales o irreales, en dos polos enfrentados sin matiz intermedio posible.

De la misma forma que la convivencia con los demás nos hace ver que las cosas no son tan extremas como parecen, el mundo actual nos ha variado la forma de definir lo real. Ahora lo real es también graduable y hay una escala que mide el grado de realidad de hechos y personas que son materiales, que existen.

Quienes muestran en las redes sociales su día a día (qué desayunan, cómo hacen deporte o qué visten) se pavonean enseñando una vida bonita, cercana o no a la realidad, en buena medida tutelada por marcas que quieren patrocinar sus productos en tal ambiente de idealidad: y en ese ámbito, donde la competencia es cada vez más dura y entre gente más joven, los seguidores valoran determinados perfiles de influyentes porque son muy reales, dejan de seguirlos porque cuando se profesionalizan ya no son tan reales o prefieren que las fotos se retoquen menos y sean más reales (o sea, sin filtros). La realidad ya no es un hecho

tajante, sus severas aristas han criado rebordes curvos y real no se comporta ya como un adjetivo de absolutos sino de grados. Las categorías se han redefinido muy rápido, ahora miramos y admiramos la realidad en términos relativos y no categóricos.

PEGASUS: LAS TRAMPAS DE UN NOMBRE

Lo engañaron, le prometieron lo que sabían que nunca iban a poder darle, lo engolosinaron con la promesa de que tendría el poder y el bastón de mando de un territorio. Pero algo ya olía a triquiñuela, y nosotros, lectores del Quijote que veíamos lo que le prometían a Sancho Panza, ya recelábamos. Porque le decían que sería gobernador no de una isla ni de un archipiélago: le apalabraban una ínsula: Barataria. Y con ese nombre de ínsula ya sospechábamos que Sancho Panza nunca gobernaría, porque ningún territorio real se llama ínsula. Ínsula es nombre de novela de caballeros y damas, pero la tierra que pisamos, real y pedregosa, tiene nombre de isla, menos aéreo y evocador. Usar un latinismo como ínsula frente al nombre vernáculo de isla, gastado por el tiempo, es una rentable vía para dotar de aire prestigioso a una mentira.

Darle nombre a algo, bautizarlo, es una actividad que procura la descripción, pero que hace aterrizar en las letras limitadas de una palabra la evocación que algo nos provoca o que, interesadamente, queremos sugerir. Así ocurrió con el programa informático espía que nos escandalizó en primavera de 2022. Un programa creado para el fisgoneo telefónico que vence el encriptado que suponemos protege el móvil de una ministra o un presidente se podría haber denominado con cualquier nombre técnico, con mayúsculas o con números, como los robots de las primeras películas distópicas. También podría haberse designado con esos nombres castizos de los tebeos donde Mortadelo y Filemón ejercían de agentes secretos costumbristas (pienso en el extraterrestre Aoug, el agente secreto Fantásmez o en un Espiatrón). Pero quien es tan hábil como para gestar un programa espía de esta naturaleza es igualmente hábil para escoger cómo llamarlo, y eligió Pegasus, un nombre clásico que prestigia mucho.

Eso que se quiere dejar de ofertar como materia obligatoria en las escuelas, la mitología, nos enseñaba que Pegaso era el caballo alado nacido de la sangre derramada por Medusa. Y con ese nombre, resurrección del pasado grecolatino en algo tan moderno como un teléfono espiado a distancia, se bautiza una máquina de retención de la fugacidad, una herramienta tecnológica que da alas a la intimidad de una conversación hasta atesorarla en el arsenal peligroso de quien nos espía.

Nombrar para engatusar es un torneo de ingenio. El software que nos hace vulnerables a través del teléfono móvil se parece bastante al caballo de Troya, el artilugio que los aqueos utilizaron para introducirse a escondidas en la ciudad fortificada de Troya y desembarcar saliendo del vientre del animal de madera. Nuestros teléfonos son nuestros caballos de Troya: creemos que son un regalo de libertad y solvencia y se terminan convirtiendo en el ariete que dinamita nuestra intimidad. Bautizar Pegasus a un programa espía es un taimado ejercicio de reciclaje y de apropiación. Si pensamos en lo que esa palabra tiene de recorrido histórico, es toda una desfachatez y un nombre de una pasmosa caradura.

El caballo infunde, sobre todo cuando se llama corcel o pegaso, una profunda evocación poética. Si los hispanohablantes lo nombramos así, caballo, es porque en el latín vulgar se fue postergando la palabra latina clásica: EQUUS. Hoy la mantenemos para el femenino, yegua, y en los derivados cultos (equino o ecuestre) que derivan de la vieja denominación, pero para el animal hemos preferido el nombre de CABALLUS, un término que el latín usaba para nombrar al animal que acarreaba el grano y que era castrado para que sirviese mejor. El latín vulgar dejó de considerar al prestigioso EQUUS y todos los equinos se entendieron como CABALLUS, como animales de carga. Mientras en el día a día la gente ya no pensaba en corceles sino en el animal confiado que ayudaba en el trasiego del campo, el mito de Pegaso quedaba para los frisos escultóricos, para las alusiones poéticas, para los pintores y para quienes, aprovechando lo positivo de tanta evocación, querían dar nombre a su caballo de Troya del siglo XXI.

Si uno contenía en el vientre la amenaza del guerrero, el caballo aquí aludido, el impostor, convierte las tripas del celular en el jinete intimidante. Uno era el caballo preñado de una batalla griega mientras el moderno caballo alado es la amenaza invisible que causó una marejada política con algunas sobreactuaciones. Y los ciudadanos, otra vez recelosos, empezábamos a sospechar que podía algo de engañifa en todo aquello, porque a veces España, sí, parece Barataria.

FUMAROLA PARA LAS PALABRAS DEL AÑO 2021

Al pisar el suelo, la tierra cercana al volcán quema porque hay magma soterrado que quiere salir; este termina brotando a través de un punto donde el terreno se fractura, un lugar donde se rompe la superficie y, sea en los flancos, sea en el cráter, los gases y vapores empiezan a emerger. Ese punto de emisión de los gases de un volcán se llama fumarola, y es la palabra que en mi opinión mejor retrata lo que nos pasó lingüísticamente en el año 2021. Porque la lengua es también un volcán, cuya capacidad para generar nuevos términos o para hacer aparecer palabras ignotas es más intensa cuando sus hablantes son afectados por circunstancias sobrevenidas.

Si Borges declaraba refiriéndose a sí mismo que ser gran lector y al mismo tiempo ciego era una «declaración de la maestría de Dios» no fue menos magistral lo de 2021: terminó con un volcán cerrando la boca tras meses desahogando fuego el año que empezó con una tormenta descomunal de nieve. Casi ocho mil mujeres en España, según el INE, se llaman Filomena, pero en 2021 en España Filomena fue solo una, la borrasca que afectó en enero al centro peninsular. Igual que en la poesía de los Siglos de Oro se hablaba del hielo abrasador y del fuego helado como el colmo del amor apasionado, nuestros informativos podrían, agarrando los extremos de este año, unir La Palma y Madrid, la periferia y la corte, la lava y la nieve, para crear su propia contradicción: en los medios, palabras opuestas se hicieron realidades vecinas gracias a esa transcripción de la vida que es la noticia, y en esa reordenación los científicos (vulcanólogos y meteorólogos, en este caso) nos fueron explicando qué era todo eso que caía del cielo; de esta manera, sus palabras técnicas fueron calando en nosotros.

El español tiene humo porque el latín le donó la palabra FUMUS, pero se trajo la fumarola del italiano para no usar humareda a la hora de describir las grietas de los conductos volcánicos con un término más especializado. Fumarola es, junto con colada, malpaís o piroclasto, una de las palabras técnicas que, aun existentes ya en el lenguaje técnico del español (fumarola se usa al menos desde el siglo XIX) no se ha incorporado al habla general hasta que ha llegado la erupción del volcán canario de Cumbre Vieja.

No es una tendencia lingüística novedosa. Desde el inicio de la pandemia fuimos observando la frecuencia que fue adquiriendo el lenguaje científico en las noticias y, por ende, su familiaridad en el habla común. Si coronavirus fue la palabra vanidosa que en 2020 atrajo toda nuestra atención, en 2021 fue el moscardón que rondaba por encima de otro conjunto de palabras pandémicas. En el año en que en España los filólogos protestamos públicamente para intentar que el latín y el griego no naufragaran en los nuevos planes de estudio de la última ley educativa, tuvimos que ver cómo se recurría a esas lenguas para dar nombre a los lugares donde acudíamos a inmunizarnos (vacunódromos, con la base griega dromos), a las nuevas variantes del virus, bautizadas con las letras del alfabeto helénico (beta, delta, gamma, ómicron) o incluso a realidades virtuales muy tangibles como ese metaverso del que ya se empezó a hablar en 2021, donde la meta no es el fin sino el prefijo ‘después de’ del griego y el verso no es la línea del poema sino la parte final del universo.

La cabeza es nuestro propio volcán y también echa sus fumarolas. En año de Juegos Olímpicos (Tokio), durante las competiciones más relevantes de fuerza física, se habló sobre todo de fuerza mental. La atleta estadounidense Simone Biles renunció a subirse a la barra y quienes treparon a la primera plana en su lugar fueron las palabras que durante décadas habían sido tabú: ansiedad, psicofármacos, terapia, suicidio... El debate sobre la oscuridad mental se desarrolló en España en el año en que la luz se nos hacía más cara y prohibitiva: el precio de kilowatios y megawatios nos hizo apagar bombillas en un mundo donde ya había muchas cosas a oscuras, entre ellas, las cocinas fantasma, esas cocinas industriales que solo sirven por reparto y que aún están fluctuando entre ser nombradas a la española o a la inglesa; la lid es similar a la que están atravesando otras palabras muy propias de 2021, como el a domicilio, aún batallando para que delivery no le quite la casa; ya Black Friday le arrebató la suya a viernes negro y stock parece estar conquistando a la muy esencial existencias. En el horizonte verde de fondo, vemos al anglicismo eco-friendly aproximándose resueltamente hacia la zona de lo ecológico y contemplamos a la ecoansiedad o preocupación por la crisis climática cernirse, de nuevo sobre nuestra propia cabeza, para echar un desvelo más al volcán de nuestras inquietudes.

Los volcanes se pisan con cuidado, y en 2021 hubo que tener aún más cuidado al hablar. Se confirmó la tendencia al escrutinio constante de la forma de hablar en público: decir o no decir niñes se ha hecho un identificador ideológico, uno de tantos. Las palabras se nos convirtieron en un paisaje moral sobre el que

algunos, hablen como hablen, construyeron un comportamiento abyecto: los nombres propios de las niñas Anna y Olivia, asesinadas por su padre, cruelmente coordinados en el fondo marino de Tenerife, y el nombre del muchacho Samuel Luiz, golpeado hasta morir, encarnaron en personas reales la descarnada violencia que llamamos violencia vicaria y homofobia.

Cuando parecía imposible mantener el volumen de sorpresa informativa que sufrimos el año 2020, llegó 2021 con una concatenación de desdichas nuevas. Y la lengua, espejo que irradia lo que preocupa a sus hablantes, también entró en ebullición, y también abrió una fumarola por la que comenzaron a brotar palabras nuevas. Lanzadas al aire, algunas aterrizarán sobre el mapa de palabras que es la fértil tierra de los diccionarios mientras que otras, volátiles, vivirán en el calor de nuestras conversaciones y desaparecerán, porque no todo perdura.

SÉPTIMA PARTE

EL ESPAÑOL EN UN MUNDO HOSTIL

Nuestro mundo se mueve en rotación y traslación, pero también se conmueve por sacudidas que no son esperadas y que se deben a nuestra forma de relacionarnos, de convivir y de gobernarnos. Las páginas que siguen tratan de conflictos, una experiencia tristemente universal, compartida por todos los países y culturas, pero codificada lingüísticamente de forma diversa. La guerra mejor librada es la que se soslaya y evita; la política mejor ejercida es la que logra evitar la guerra o paliar el conflicto. En las próximas historias se habla, a partir de hechos de lengua y cultura, sobre combatientes, beligerancia, discusiones con otros o peleas con uno mismo. La salud mental, el activismo en redes, las guerras (Ucrania, Afganistán) que nos están sacudiendo y nuestra actitud cobarde o valiente ante la injusticia revelan mucho sobre quiénes somos. La lengua refleja igualmente ese mundo hostil que se abre en esta sección. La templanza y la razón tienen también una construcción lingüística, y esa es la esperanza que alimenta estas páginas.

EL CONFLICTO EN LAS LENGUAS: TRES EPISODIOS

Fue hijo de un cerero pero lo apodaron el Divino; rasgaba las hojas manuscritas de sus poemas si alguien le señalaba en ellas algún defecto, pero desesperaba a los impresores con los particulares cuidados tipográficos que exigía que se cumplieran en sus libros. Fue absolutamente individualista en la defensa de su capacidad e ingenio, pero al mismo tiempo, no rechazó frecuentar las tertulias de poetas y pintores que se formaron en la Sevilla de la segunda mitad del XVI. De alguien como él, de alguien con una personalidad tan contradictoria como el poeta Fernando de Herrera (1534-1597), podemos esperar que sea uno de los primeros autores poéticos en documentar la palabra conflicto en la historia del español.

La idea de golpear contra algo, la oposición de dos personas, de dos bandos o de dos elementos es el significado nuclear de la palabra conflicto. Su antepasado latino, CONFLICTUS, es un derivado de CONFLIGERE QUE significaba precisamente ‘chocar’ y la propia palabra, como si los textos entraran en guerra con las voces que los pueblan, muestra un particular conflicto en su historia. Siendo CONFLICTUS un vocablo latino, el romance castellano dio la espalda a tal palabra en sus primeros textos; de hecho, cuando Enrique de Villena tradujo a principios del siglo XV la Eneida usó conflicto, pero lo hizo en lucha con la comprensión del mensaje y necesitó explicar a sus lectores qué significaba tal sustantivo: «debe ser notado que dos maneras de conflicto, siquiere guerra, ha en el ombre». Más de un siglo después, de pie y ante el mar, Herrera se recrea mirando el embate de dos naves y en ese escenario de libertad usa la palabra conflicto sin necesidad de glosa:

«Del mar las ondas quebrantarse v[e]ía

en las desnudas peñas, desde el puerto;

y en conflicto las naves que el desierto

Bóreas, bramando con furor, batía».

El propio Herrera había entrado como escritor y estudioso en uno de los más interesantes conflictos de la historia literaria española. En 1580 publica un comentario a la obra poética de Garcilaso de la Vega (Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera) en el que deliberadamente «olvida» nombrar los Comentarios que El Brocense había dedicado a Garcilaso de la Vega tres años antes. La contestación a la obra herreriana (redactada por alguien escudado bajo el pseudónimo de Prete Jacopín) abrió una polémica de altura en los círculos literarios del XVI y hubo corrillos en Sevilla, como los hubo en Burgos, que comentaron esa polémica.

Los conflictos entre escritores son quizá los más curiosos y dignos de los que se dan en la historia de España. De hecho, un término popular como pelamesa (‘riña o pelea en que los contrincantes tiran del pelo o la barba a su adversario’) se usó notablemente a fines del siglo XIX y en la primera parte del XX para nombrar tal clase de riñas. Decía Ramón Gómez de la Serna (Automoribundia, 1948) hablando de Larra que «Toda la historia literaria de España está llena de esas desavenencias entre los escritores, y Fígaro que es nuestro modelo más vivo, estuvo en riña y pelamesa con muchos literatos de su tiempo». Hoy, cuando los corrillos de escritores murmuran sobre quién ganó el último concurso literario o quién va a estar de jurado en los próximos juegos florales de Villarriba, el término certamen parece disfrazar de justa poética lo que en otro tiempo fue también lingüísticamente una palabra para el conflicto, la lucha y el combate: CERTARE es en latín ‘pelear’.

Menos librescos fueron otros conflictos, los que vivió un poeta coetáneo de Herrera, Francisco de Figueroa (1530-1588), que fue soldado en Italia al servicio del emperador. A él, amigo de Cervantes y también alcalaíno, corresponde uno de los primeros ejemplos de uso del adjetivo combativo. Decía Figueroa que a la vista del amor desaparece «del espantoso viento / la furia y movimiento / y el combativo mar reposa y para». Que el latín BATTUERE hubiera dado en castellano derivados bien antiguos como combatir o combate no evitaba que un adjetivo como combativo fuera completamente raro e insólito en el español del siglo XVII. Las familias de las palabras, como las de cualquier casa de realidad o de ficción, tienen sus limitaciones y barreras internas y los adjetivos derivados de combatir fueron extrañísimos en español hasta el siglo XIX. Fuera del empleo de Figueroa, hay un rastro aislado en Lope de Vega y prácticamente hemos de esperar hasta el siglo XIX para encontrar derivados como combatividad o

combativo, tomados del francés combativité y combatif y extendidos en el español americano antes que en el español europeo. Cuando Rubén Darío en 1906 se dirige al águila americana, acalla conflictos con Estados Unidos para aclamar: «No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas, / la actividad eterna hace precisa la lucha: / y desde tu etérea altura tú contemplas, divina Águila, / la agitación combativa de nuestro globo vibrante». Ese uso de primeros de siglo era aún un empleo fresco; menos de una década después Miguel de Unamuno hablará (Niebla, 1914) de «una metafísica de la religión que nace de la sensualidad de la combatividad» y con su ejemplo ayuda a construir la torre de documentaciones que llevará al sustantivo combatividad a ingresar en la tardía fecha de 1936 en el Diccionario de la Real Academia Española.

La literatura hace navegar las palabras para el conflicto entre lectores de puertos varios y rompe barreras para peinar diferencias de vocabulario. También se embarca en la lengua de la calle, entra en los zurrones de quienes viajan de una ciudad a otra con el apoyo mísero de alguna fonda en que reponer las fuerzas. Si la combatividad llegó desde el francés al español, la camorra se embarcó en labios de hablantes españoles para aportar a Italia a mediados del siglo XVIII. Esa ciudad española que fue Nápoles usaba ya en el siglo XVIII la palabra española camorra (tal vez derivada de modorra, la enfermedad de las reses) para nombrar a una unión de malhechores.

Pero toda lengua tiene sus variaciones internas, y, en conflicto con las palabras comunes, compartidas entre territorios, habitan voces singulares, de menor dominio, privativas de un área. Si la comida o el atuendo son grandes fuentes de diversidad dentro del español, el conflicto entre personas es otra importantísima área de particularidad. Los ejemplos son tantos que lo conflictivo es seleccionarlos: la guasábara de República Dominicana y Puerto Rico, herencia de la antigua lengua antillana, denomina un enfrentamiento entre personas; en El Salvador es vergaceo lo que en Honduras es también despije o cachimbeo; por su parte, en Argentina el conflicto convive con el atrenzo, la palabra que nos obliga a mirar a la parte más corporal de todo conflicto, la cabellera. La pelamesa de las cuadrillas de escritores no está muy lejos de estos atrenzos.

«En medio del invierno está templada / el agua dulce desta clara fuente». No hay escenario más tranquilo y alejado del conflicto que este. Pero cuando Garcilaso de la Vega lo recrea y describe en su égloga segunda lo está dedicando al III duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel (1507-1582), hombre de confianza del emperador y de Felipe II y uno de los mejores militares de su

tiempo. Amigo y protector de Garcilaso, al gran duque se le atribuyen los primeros movimientos estratégicos del ejército español antes de la victoria en la batalla de San Quintín (1557) contra los franceses. A un militar de renombre, a un gran gestor del conflicto armado, un poeta soldado como Garcilaso le había dirigido unos versos de serenidad en el escenario recreado de un locus amoenus donde se cantan penas de amor. Garcilaso pasó a la historia y también la expresión armarse la de San Quintín como forma de nombrar a una gran pelea o conflicto. Los conflictos reales crean palabras: la batalla contra los franceses dejó San Quintín; las peleas con musulmanes se llamaron sarracinas y a los griegos les había caído en la Edad Media la fama de ser pendencieros; el adjetivo GRAECISCUS (griego, a la manera griega) dio lugar a un juego de azar del que deriva la palabra gresca como alboroto.

Pero hay otros conflictos que no son armados y que no son parte de ningún capítulo bélico ni tienen proclamas asociadas: el conflicto interior, el aprieto atribulado que asfixia sin contrincante. Eso que llamamos brete era algo tan insustancial como una trampa para pájaros, pero la palabra fue atrapando cada vez a presas más cercanas a los hablantes. Brete empezó a significar el cepo con que se enlazaban los pies a los presos y terminó siendo el conflicto en que debíamos decidir dolorosamente entre dos opciones, el dilema que tanto ha nutrido a la moderna literatura. «Que muera yo en el mal de mi tormento», lo dijo así Fernando de Herrera, envarado también en su propio conflicto, más humano que divino al revelarlo.

A GOLPES CON LAS PALABRAS: BOFETADAS, PORRAZOS Y ZASCAS EN EL ESPAÑOL

Todo conflicto debería ser solucionado sin recurrir a la violencia física. Cualquiera con un poco de sensatez y civismo nos dirá que antes de pegar a otro hay que hablar e intentar entenderse. Así lo piensa quien escribe esto y, a buen seguro, todos los que lo están leyendo; con todo, aun siendo gente pacífica los que estamos a ambos lados de este libro, sabemos qué son los puñetazos, los sopapos o los tapabocas y seguro que alguna vez hemos propinado un buen porrazo a la impresora que se atascaba, o, pasando de la realidad al deseo, daríamos una bofetada al interlocutor que llama en mitad de una siesta o soltaríamos un buen guantazo a la gente que habla entrecomillando con los dedos en el aire.

¿De dónde han salido las palabras para pegarnos en español? Veremos aquí las dos fuentes principales que nutren a ese repertorio de nombres que damos a los golpes que se propinan con las distintas partes del cuerpo o con los aparejos más básicos.

Sin duda, la génesis más común para estas palabras ha consistido en dar nombre a los golpes a partir del elemento del cuerpo que sirve para hacer daño. De los puños salen los puñetazos, de los codos los codazos, los manotazos salen de las manos y lo que cubre a estas, los guantes, da lugar a los guantazos; de agarrarse de los pelos viene pelear: una pelea era una lucha sin armas. Junto a estos nombres corporales está todo el ajuar doméstico de una persona que puede ser esgrimido en el cuerpo a cuerpo: bastonazo, estacazo, garrotazo, leñazo, porrazo (desde porra)... son instrumentos de madera con que se golpearon nuestros antepasados.

En el mismo grupo estaba en su origen cate, que hoy es meramente una bofetada, pero que deriva de la palabra gitana para el bastón, caté (desde el sánscrito kastha que significaba ‘madera’); esta es una palabra relativamente tardía de nuestro idioma, que no se extiende hasta fines del siglo XIX. A palos también se peleaban quienes participaban en una paliza, palabra usada en español desde el XVII. Palabra particular también relacionada con el cuerpo es somanta, usada normalmente en la expresión somanta de palos, compuesta por la preposición so

(que ya no se usa en español pero que se empleaba antes con el significado de ‘bajo’: so pena, so pretexto); el significado parece emanar de la terrible imagen de alguien siendo cubierto de golpes tal como te reviste una manta.

La otra gran fuente de palabras para dar nombre a los golpes es el lugar al que dirigimos el movimiento: un pescozón es un golpe en el pescuezo; un sopapo era, literalmente, un golpe que se propinaba en la papada ajena; un cachete era un golpe ligero (si es fuerte es más bien cachetada) que se daba en las mejillas o en las nalgas (nombradas como cachetes en parte de Andalucía y América) y una tragantada da en toda la garganta. Completamente transparentes son el tapaboca, golpe que cierra y cubre la boca ajena, así como el moquete o puñetazo dado en las narices. En la idea de que trompa es una forma posible para denominar a la nariz, un trompazo o una trompada era en su origen el encuentro violento de narices entre dos personas, aunque hoy ambas palabras tengan un significado más general y, para el caso de trompada una extensión más americana que española. Muy andaluza es la forma mascada (pronunciada mascá, con derivados de lo más variopintos: mascazo, mascales... a cual más amenazador) para dar nombre al golpe que se da en la mandíbula; viene del verbo mascar, derivado del latín MASTICARE.

Entre lo que golpea y la zona atacada está el aire por el que viaja la mano. Y ahí tenemos otra palabra: bofetada. Bofar significaba soplar, de su derivado bofete derivó bofetada, que se asienta en la idea de que si levantas la mano con el avieso fin de dar en la cara de otro, provocarás un movimiento de aire similar al que, con otra intensidad, provoca un soplo. Es la misma imagen que subyace en el hecho de que en francés bofetón sea soufflet, a partir de souffle (respiración). La posición inversa de la mano en la bofetada origina el nombre, más elaborado que popular, de revés. Completamente popular es, en cambio, la forma gofetá, con paso de b a g (como en güeno) y pérdida de la d entre vocales.

No eran violentos pero sí golpeaban profesionalmente quienes se dedicaban a curtir y preparar pieles: esos eran zurradores y lo que hacían era zurrar. La voz es de étimo oscuro (la comparte el castellano con el portugués y con el vasco) y de ella derivó la idea de castigar con golpes o azotes a alguien. En la misma base está tunda desde tundir.

En general, las voces del golpeo son bastante castizas y poco importadas, frente a los nombres de los instrumentos efectivamente creados para golpear o disparar, donde hay bastantes préstamos: del árabe trajimos la palabra azote, del francés

arcabuz, del inglés rifle...

La violencia verbal tiene sus modos y se materializa en las palabras insultantes o en las expresiones vejatorias. Pero, como vemos, la violencia no verbal, la física, se concreta también en palabras. Quiero pensar que el duelo a garrotazos que pintó Francisco de Goya en sus pinturas negras se vio precedido de un intento fallido de conciliación verbal. Pero desde luego, este seguramente fue, en toda nuestra historia, la única consecuencia positiva de una pelea a golpes.

CÓLICO SIMBÓLICO

Un reto intimidante en un conflicto bélico es el de saber reconocer al enemigo. Despojados de uniformes y sin banderas envoltorias, los soldados miraban al individuo del otro lado del río, un desprevenido que tenía la misma cara de desazón y los mismos ojos temblorosos que ellos, ese otro ante el que había que tomar una rápida decisión basada en una identificación que podría ser errada, que podría resultar fatal si se trataba como propio al que no lo era. La Biblia hizo de ese instante el primero de los escritos sobre dialectología del que tengamos noticia. Cuenta el Libro de los jueces que los galaditas pasaron a cuchillo a los efraimitas, a quienes supieron identificar por una prueba lingüística tan cruel como básica: hacerlos decir la palabra hebrea shibboleth, que los enemigos pronunciaban sibboleth, de forma distinta a sus oponentes. Desde entonces, la palabra shibboleth se ha convertido en el nombre de un signo que nos identifica como pertenecientes a una comunidad y, por tanto, como ajenos a otra.

Los signos tienen su parte de convencionalidad y de necesidad. La disciplina de la semiótica lleva décadas estudiándolos y en los años setenta Umberto Eco (1932-2016) guio magistralmente su investigación en las sociedades occidentales. Los signos (los colores del semáforo, las señales de tráfico, los significados de las palabras...) nos sirven porque nos ponemos de acuerdo en que ello ocurra, nos son útiles porque están basados en una convención social conjunta. Pero es una tiranía que el símbolo se haya convertido en el lenguaje preponderante y que la inmediatez con que interpretamos un signo externo empiece a reemplazar al discurso demorado y argumentado. Y esa es la tiranía a la que se están orientando nuestras relaciones sociales si seguimos caminando hacia los extremos. Hemos ideologizado ser vegano o no serlo, dejarse canas o chorrearse tinte con fruición, llevar corbata, vivir de alquiler... La polarización vive de los signos, sostiene sus andamios en la vacuidad aérea de los juicios simples y los extremos categóricos, convierte en símbolo lo que no llega ni a la categoría de indicio. Ideologizamos nuestro mundo cotidiano hasta extremos que darían risa si no empezaran a ser cargantes.

Por supuesto, vivir es decidir, y muchas de nuestras decisiones tienen repercusiones locales o incluso globales, pero el índice de ideologización se nos ha disparado; hemos convertido en shibboleth elementos que no son

determinantes, que son accesorios, que no deberían trazar particulares fronteras. Y eso es muy cansado, oscurece el juicio más que lo aclara, nos hace militar y vivir en el reto intimidante de reconocer adversarios en cada esquina, nos convierte en el soldado que mira con desconfianza al tipo del otro lado del río. Es coherencia que los actos propios sean congruentes con los principios que se dicen abrazar, pero es desmesura que convirtamos en ideología hechos que no merecen tal etiqueta. Yo confieso mi escepticismo ante tanta militancia inquebrantable, mi rendición ante este cólico de signos en que vivimos, mi debilidad por la contradicción, tan candorosamente humana. Y en quienes convierten en símbolos lo que no debía serlo, siempre sospecho que ven un bajorrelieve plano donde hay más bien una escultura de bulto redondo. Y con esa escasez de perspectiva, ven grietas y simas donde no hay más que aristas, las propias de la dimensión humana.

NI PARAÍSO SIN SERPIENTE NI CIELO SIN NUBES

Quien dice que en los refranes se concentra la verdad de un pueblo se equivoca, claro. La prueba, de hecho, está en cualquiera de esas bromas que circulan donde se demuestra que en español podemos tener para muchas cosas una enseñanza y su contraria en sendos refranes: Piensa mal y acertarás contradice a Piensa el ladrón que todos son de su condición, La cara es el reflejo del alma se opone a Las apariencias engañan. No obstante, sí parecen reflejar el saber de una sociedad y los valores que se tenían por apreciables o despreciables tiempo atrás.

No hay paraíso sin serpiente ni cielo sin nubes. Antiguamente se usaba este refrán, hoy apenas conocido, para evocar la oscuridad que late bajo toda promesa de placer y sosiego. La nube como imagen de quien atraviesa un problema de salud mental es muy vieja. En inglés se dice con un hermoso refrán, Every cloud has a silver lining, cuya traducción al español es igualmente bella: Toda nube negra tiene su orilla de plata, un correlato de lo que el escritor granadino Luis García Montero poetizó bajo la «nube negra». En las Generaciones y semblanzas, una obrita del siglo XV (el diminutivo es por lo corto de su extensión), Fernán Pérez de Guzmán biografía con ojo crítico a los nobles de su tiempo; del mariscal García González de Herrera resalta que era «muy malenconioso y triste, y por esto dicen que el nublado de García González siempre estaba igual». Los textos antiguos nos muestran que los achaques en la salud mental son tan viejos en la historia humana como las propias nubes del cielo. Lo nuevo no es la frecuencia con que hoy detectamos estos problemas sino la visibilidad que les empezamos a dar.

Quien dice que ahora somos muy tontos por padecer estas flaquezas, y que antes, con más hambre y menos lujo, teníamos menos nubarrones, también se equivoca. Como en tantas otras cosas, hemos puesto nombre (técnico, científico) a hechos que se llamaron antes de otra forma. Claro está que a veces nos hemos pasado de frenada y denominamos síndrome incluso a la pereza de tener que recoger la cocina después de comer o al desagrado de contrastar unas vacaciones sin reloj con la vuelta al trabajo. Eso frivoliza y contamina la seriedad de este asunto.

Es de sentido común celebrar que en el Congreso de los Diputados se haya

aprobado en 2021 el debate sobre una Proposición de Ley de Salud Mental: habría que ser muy cerril para rechazar las aspiraciones de un texto que, según sus proponentes, intenta reducir los tiempos de espera en la atención psicológica, reivindica la incorporación de la buena salud mental como derecho en el trabajo e incluso, aunque esto parece más de pastoral bienintencionada que de ley, reclama que no se estigmaticen los problemas de salud mental. A la vista de las muchas competencias que las autonomías ya tienen sobre sanidad, está por ver cuánto de lo que se plantea en el Congreso se puede ejecutar y equipar con presupuesto.

Quiere una pensar que no hay oportunismo sino oportunidad en que esta propuesta surgiera justo en el momento en que los medios atendían los padecimientos de salud mental de varios personajes célebres. Si la política fuera un paraíso, desde luego el oportunismo sería su serpiente; pero pensemos bien: ya tenemos bastante nube en nuestro propio cielo como para ocuparnos de averiguar por qué se convirtió por fin en noticia lo que llevábamos siglos padeciendo.

LA VICTORIA LINGÜÍSTICA DEL TERRORISMO

Un atentado es un hachazo visible que provoca montañas de dolor individual y despierta un miedo justificado en las sociedades. Ante eso, la cuestión lingüística de cómo narramos un acto de terrorismo puede parecer trivial, pero precisamente por la necesidad de relatar el horror en los términos que merece, sorprende ver cómo aceptamos el uso de determinadas expresiones que desenfocan por completo nuestra forma de entender y valorar estos hechos y que, posiblemente, resultan ofensivas para las víctimas y engañosas para la sociedad.

En octubre de 2021, en Kongsberg (Noruega) un individuo armado de arco y flechas mató a cinco personas; en el Reino Unido un político conservador fue apuñalado días más tarde en una reunión electoral. Ambos asesinatos fueron investigados para esclarecer una posible relación con el radicalismo islámico. En la urgencia de la actualidad, algunos medios españoles, dando estas dos noticias tan impactantes y crueles, otorgaron rápidamente a sendos asesinos el calificativo de lobos solitarios en los titulares.

Creo que cada vez que se dice eso de lobo solitario se muestra de nuevo la callada victoria lingüística del terrorismo sobre sus víctimas. Lobo solitario, un calco del inglés lone wolf, se usa convencionalmente para aludir al individuo que perpetra un acto terrorista sin una macroestructura que lo ampare, lo arme o lo financie. También podemos escuchar esta expresión para señalar a determinados agentes sociales que ejercen libremente, a su aire, como lobos solitarios dentro de organizaciones que nos parecen sistémicamente gregarias en su funcionamiento (como las formaciones deportivas o los partidos políticos). Con todo, lo común en español ha sido sacar a relucir al lobo para designar a los terroristas que atacan individualmente fuera de una jerarquía concreta que orqueste el cómo y el cuándo de las acciones.

La evocación de fiereza instintiva, de individualismo y arrojo y también de éxito sobre las víctimas que evoca la figura del lobo debería ponernos en alerta. Llamar lobo al terrorista es animalizarlo, sí, pero confiriéndole la facultad de ser más poderoso que el grupo social contra el que actúa. Denominarlo así nos convierte en corderos desvalidos, cambia el esquema de convivencia entre iguales que nos damos como democracia y otorga atributos de dominio y poder

al radical temerario. Los lobos son animales de manada y según los describen los biólogos que han estudiado su comportamiento en libertad, si salen del grupo es porque han sido apartados de él por reasignaciones de liderazgo en época de apareamiento. Separado del grupo, el lobo solitario tiene más difícil su supervivencia y acentúa su agresividad.

Otorgar esa bravura al terrorista es una concesión torpe, por eso creo que deberíamos expulsar la expresión lobo solitario fuera del lenguaje periodístico. Entre los mismos expertos policiales, empieza a ser reemplazada por perro o rata extraviada. Supongo que un término más neutro y menos evocador como terrorista aislado tendría una menor capacidad de propagación en el lenguaje contagioso de los medios, tan dado al símil y a la recreación audiovisual, pero es necesario levantar ese barniz de heroicidad que lingüísticamente otorgamos al fanático. Ni lobos ellos, ni corderos nosotros.

CÓMO SE APELLIDA UN NAZI

El castellano Selemoh ha-Levi, hijo de Simeón ha-Levi, era el rabino mayor de la comunidad judía burgalesa a finales del siglo XIV; con cerca de cuarenta años se convirtió al cristianismo, abandonó la kipá, se colocó la mitra y ejerció como obispo de Cartagena y de Burgos. Al convertirse, se cambió el nombre y empezó a llamarse (así lo conocemos hoy) Pablo de Santa María. La nueva elección onomástica era muy motivada: adoptó el nombre del converso más insigne, Pablo de Tarso, y un apellido de santoral.

Los apellidos como Santamaría, que evocan a santos, se llaman técnicamente hagiónimos y son frecuentísimos en la lengua española. Muchas veces remiten a lugares (hagiotopónimos) que a su vez tienen nombres de iglesias con advocaciones religiosas: unos santos están más bien escondidos dentro de la evolución fonética (Santander desde Sancti Emetherii, Santillana desde Sancta Iuliana), otros resultan claramente reconocibles (San Francisco, Santo Domingo...). Hay cientos de apellidos de santos en nuestros registros; obviamente, no todos remontan a judíos conversos pero sí consta cierto hábito de los judíos españoles a adoptar esa clase de hagiónimos al abrazar una nueva identidad religiosa: en el mismo siglo XV de los Santamaría burgaleses, el médico aragonés Yosef ha-Lorquí se hizo llamar Jerónimo de Santa Fe; los Santángel, por su parte, fueron otra relevante familia de judeoconversos.

También los lugares cambian deliberadamente de nombre. El pueblo burgalés Castrillo Mota de Judíos se llama así desde 2014, fecha en que sus habitantes, en torno a medio centenar, decidieron olvidar el nombre previo Castrillo Matajudíos por lo hiriente de su connotación. Argüían los vecinos, además, que el viejo nombre del pueblo, constatado al menos hasta el siglo XVII, era «Mota de Judíos» y que alguien, empeñado en sacar pecho y acentuar el carácter de cristiano viejo, lo cambió con mala fortuna a Matajudíos. Lo cierto es que tanto mota (colina en terreno llano) como mata (porción de terreno arbolado) son formantes muy comunes en nuestra toponimia, y aluden a accidentes del terreno y la vegetación, pero con el cambio de topónimo esta localidad se quitaba de encima la aparente resonancia antisemita de un nombre que, paradójicamente, afectaba a un pueblo con una fundamentada tradición judía en sus orígenes; la historia verifica un asentamiento de judíos en la zona huidos de la comunidad

hebrea de Castrojeriz.

Sorprende que a esta población burgalesa se desplacen colectivos nazis a hacer pintadas (cambiando mota por mata) y a quemar contenedores. De cuando en cuando se publican crónicas sobre episodios de vandalismo nazi sufridos por los ciudadanos de Castrillo Mota de Judíos; leyendo estas noticias, me preguntaba cómo se apellida un nazi, si alguno de esos bestias que se dirigen al pueblo burgalés para deshonrar su historia y sus decisiones, tendrá apellidos de resonancia judía entre sus antepasados y si se los cambiaría o atentaría contra su propia historia; me preguntaba cuántos de los ancestros de estos quemacontenedores usaron kipá y vivieron en aljamas, en qué clase de pureza absurda puede creer alguien que, como español, no es otra cosa que la suma mezclada de identidades, conversiones, migraciones y destierros.

El proceso es el inverso al que, a miles de kilómetros de Burgos, le ocurre a un escarabajo cuyo hábitat se concentra en unas escasas cuevas húmedas de Eslovenia: un escarabajo ciego, depredador de los otros animales más pequeños que pueblan su hábitat. Esta especie de escarabajo, ignota para quienes como yo no nos dedicamos a la biología o a estudiar coleópteros ciegos cavernícolas, está en peligro de extinción por su nombre: se llama Anophtalmus hitleri, o sea, an-ophtalmus (sin ojos) de Hitler. La bautizó así el entomólogo austriaco Oskar Scheibel en 1933, en homenaje a Adolf Hitler, entonces recién elegido canciller alemán. Feliz y olvidado en su cueva húmeda, lo que ha puesto a este pobre escarabajo en peligro de extinción es algo tan superficial (y desafortunado) como su reciente nombre, porque el hecho de llevarlo lo ha convertido en un insecto codiciado para quienes, con muy dudosos principios y aficiones, gustan de coleccionar todo lo relativo a Hitler y están sustrayendo al escarabajo del hábitat esloveno en el que vive.

Es llamativo, y sería tierno si no estuviésemos hablando de nazismo, que estos vándalos le den tantísima trascendencia a un nombre. Quien construye su identidad sociopolítica sobre el odio al prójimo necesita encontrar marcas identificatorias, y si no las halla, se las construye en torno a algo tan simple y tan cambiante como una denominación. Imagino que, cuando no se tiene muy claro a quién dirigir el odio o la admiración, la vía más fácil para una mente simple es denostar o adorar aquello que de la manera más primaria y superficial pueda sugerirle un nombre. Pero ya es triste que lo más coherente con tu ideología sea perseguir un escarabajo o cambiar por a la o del nombre de una aldea.

EL RUIDO DESDE LA MONTAÑA

Es de noche y del monte vienen sonidos extraños. No parecen murmullos de animal ni ecos de movimiento humano. En las casas del valle se despierta el miedo, porque desazona sentir un ruido y no saber su origen. Conocer la causa de ese efecto que es el sonido mitigaría el temor, pero la incertidumbre inquieta. Miles de años atrás, los griegos dieron nombre a esto. El dios Pan era su señor del bosque y de la vida silvestre, por eso ellos creían que los ignotos ruidos montañeses eran provocados burlonamente por este dios, y los llamaban «sonidos pánicos». La palabra pánico, que el latín heredó del griego, no es un vocablo muy viejo en español: pánico, usado originalmente como adjetivo («terror pánico»), nos llegó desde el francés y está en nuestros textos desde el siglo XVII, en un principio servía para calificar a la imaginación más funesta, al miedo sin motivo conocido o identificado.

Las palabras tienen una historia en la lengua y otra particular, propia de la vida de cada cual. En mi imaginación la palabra pánico también tendía a la aprensión hacia algo remoto. Yo tendría unos cinco años y leía todo lo que había a la vista: libros o tebeos, pero también los carteles electorales, las pintadas, los rótulos de las tiendas... El paisaje lingüístico de las ciudades españolas era en mi infancia más uniforme que el actual, por eso recuerdo bien las palabras y enunciados que, por extranjeros o distintos, me resultaban más incomprensibles. Vino el papa Juan Pablo II a Sevilla en 1982 y alguien fijó un cartel dadivoso en su honor: «Totus tuus», entrega total al pontífice, pero otra mano añadió con letras gruesas a brocha: «...menos nuus». El grafiti contestón en latín macarrónico tardó años en borrarse y por eso me dio tiempo a terminar de entenderlo.

Otra pintada de esa misma época me era más críptica aún: en mayúsculas enormes, en el muro gigante de un viejo almacén por el que pasaba cada día de camino al colegio, apareció de un día para otro la pintada: «Pánico en Afganistán». Y en mi historia, el hábitat del pánico quedó ligado a ese país montañoso desde niña; el horror de los cuentos tenebrosos halló en el atlas mundial una ubicación. Contextualizar la pintada no borró esa sensación, porque cada vez que los afganos fueron apareciendo posteriormente en el horizonte educativo o mediático no era para desdecir la pintada sino para cargarla con argumentos nuevos: la guerra que había empezado en 1979, la persecución de la

modernidad, la dinamita sobre el patrimonio hereje, las universidades cerradas, la violencia permitida... Siempre un runrún de padecimiento civil, por acción de unos o por inacción de otros, siempre con el mismo resultado penoso de vulneración de derechos. La pintada terminó borrándose o cayendo por la piqueta, no lo recuerdo, pero el pánico persiste.

Lo que nos asusta de Afganistán no es solo lo que sabemos que llevaba décadas ocurriendo sino el ser conscientes de que, sin embajadas ni medios, en Occidente ignoraremos lo que pueda estar pasando tras la salida de las tropas occidentales a finales de verano de 2021. Sentimos de nuevo las voces pero otra vez nos atemorizan más los efectos sobre nuestro valle en calma que la causa lejana de lo que suena en la montaña. Y no hay dios Pan al que echar la culpa.

LA GRANADA RUSA

El campo de concentración austriaco de Mauthausen fue en buena parte construido por españoles deportados, pero no eran ellos los que cantaban allí «Granada» como himno de consuelo. La canción, que no debemos confundir con la «Granada» que entonaba en español Agustín Lara, era muy popular entonces en Rusia y fue en el ominoso campo de tortura el cántico de los rusos desplazados desde el frente. Traducido al español, su estribillo decía: «Adiós, mis parientes / adiós, mi familia / ¡Granada, Granada, / Granada mía!». Las estrofas referían la historia de un soldado que, a caballo por la estepa, tarareaba para sí una letra sobre un lugar lejano al que había acudido para ayudar a unos campesinos a recuperar la tierra; herido en el combate, la canción contaba cómo en los labios del moribundo soldado la última palabra que sonaba era el nombre de ese remoto lugar, Granada: «Su nombre es muy bello / su gloria es muy alta / es una provincia / en el sur de España». Es tan arriesgado como tentador pensar que el noviete de Ana Frank, ese Peter con quien ella mantuvo un breve romance en su encierro en Ámsterdam, pudo también escuchar la estrofa, sin entenderla, en boca de los rusos que la coreaban. Mauthausen fue la tumba de ese chico judío, que murió unos días antes de que el ejército estadounidense liberase el campo.

La canción musicaba el poema de un ucraniano de origen también judío, Mijaíl Svetlov (1903-1964), que nunca había pisado España. Svetlov había luchado en Ucrania tras la revolución rusa contra eso que se llamó el «ejército blanco», el conjunto de tropas que combatían el advenimiento bolchevique. En 1926, en un contexto ideológicamente muy rojo, Svetlov escribió este poema donde cita una y otra vez la ciudad andaluza, vista con exotismo y admiración.

Pero el exotismo es un salvoconducto de ida y vuelta, y funcionó también en el sentido inverso. Si tenemos una hermosa versión al español del poema de Svetlov es gracias a Rafael Alberti y María Teresa León. Aun compuesto en las coordenadas ideológicas de una época de cosacos y bolcheviques, Alberti percibe la resonancia de romancero tradicional que parece tener el poema una vez pasado al español e incluye a Svetlov en su capilla de fervores porque, no sé en qué orden, era soviético y citaba a Granada. En 1932 Alberti viaja a Moscú y las comitivas locales se empeñan en mostrarle lo mejor de un mundo que era

hermético para la Europa occidental. En La arboleda perdida, Alberti cuenta decepcionado cómo no pudo llegar a entablar una conversación con su admirado poeta, pese a haberlo esperado durante horas en su casa. Bebedor rutinario, Svetlov había regresado al hogar sin atender a los camaradas que lo aguardaban y se había echado a dormir. Bajo el relato de mitificación entusiasta que hace Alberti, se hace evidente, al menos para el lector, que estaba siendo tratado por la URSS como un invitado al que impresionar y que, pese a ello, bajo su sospecha o con su ignorancia, el desencanto de los soviéticos asomaba entre las rendijas de la propaganda.

Svetlov, por cierto, procedía de la zona oriental de Ucrania, la que más ha sido castigada por la invasión rusa de Ucrania de 2022. El primer verso de su Granada es «Lentos cabalgábamos / hacia los combates». La canción vuelve a sonar.

ALFABETO SOBERANO

Escribo desde un país que tiene un himno sin letra pero que usa la eñe como símbolo identitario informal. Pese a ello, digo con convicción que el alfabeto es lo menos propio de una lengua. Lo son los sonidos, los modos de edificar la frase, pero no las letras. Estas son tan advenedizas y sobrevenidas como una chaqueta cambiante que varía a soberanía nuestra. Esta lengua que ahora escribo usando el alfabeto latino podría escribirse con otro alfabeto y sonaría más o menos igual; de hecho, es un juego común para quienes aprenden griego, árabe o alguna lengua eslava escribir su nombre y apellidos españoles en alfabeto helénico, en las letras del alifato o en alfabeto cirílico. Y cuando hacen eso, siguen escribiendo en español, aun con otro alfabeto.

Por estas razones, la modificación del alfabeto tradicional de un idioma no solo es posible sino que ha sucedido en numerosas ocasiones. Muchas lenguas han variado su sistema gráfico de manera intencional y por una decisión tomada deliberadamente desde arriba. Si les deslizo ejemplos de lenguas del este, adivinarán hacia dónde me dirijo. La lengua de Kazajistán hoy se escribe con este mismo alfabeto latino que nosotros usamos, pero en el siglo XX se escribió primero con alfabeto árabe, luego con alfabeto latino y después en cirílico. En 2017 el kazajo inició un proceso para volver a ser escrita solo en alfabeto latino y se prevé que el cambio, en todas sus dimensiones (escolar, administrativa, libresca), habrá terminado en 2025.

¿Cambia esto en algo la lengua? Aparentemente no. La realidad es que sí. Al modificarse el alfabeto, el paisaje lingüístico se vuelve familiar de forma repentina para los hablantes de otras lenguas con ese mismo alfabeto, que de pronto pueden leer, aunque no las entiendan, palabras en su mismo código.

Tener un alfabeto latino te hace más afín, aunque sea visualmente, al occidente europeo mientras que el cirílico consuena con los territorios al este. No siempre fue así. Fueron los soviéticos quienes en una primera etapa impulsaron el abrazo al alfabeto latino para tratar de extender el comunismo por el mundo y, de paso, dar escritura a lenguas de la URSS que no se escribían. Casi medio centenar de lenguas de la URSS pasaron a escribirse por primera vez en alfabeto latino en el siglo XX. Estas campañas de latinización terminaron frenándose en los años

treinta, cuando se dio la vuelta a la iniciativa para promover el uso del cirílico en las lenguas de la URSS. El telón era de acero y también de letras.

Una parte de la historia propia que muchos países del este han tratado de construir desde su separación de la Unión Soviética ha sido la del abandono del cirílico. Encajado en la frontera sur de Ucrania está otro país, Moldavia, que mira con temor la expansión bélica rusa. La lengua de Moldavia (la llamemos moldavo o rumano) transitó del alfabeto cirílico al latino tras la caída de la URSS en 1989. Por si acaso, además de cambiar el alfabeto, Moldavia solicitó formalmente en marzo de 2022 ingresar en la Unión Europea. Por vía simbólica y diplomática están tratando de defender su soberanía, están llamando a este lado del telón que denominamos Europa y que tiene en la latinidad de su alfabeto una identidad histórica incuestionable.

TODA UCRANIA EN UNA MALETA

Entre los museos curiosos e inesperados que hay en el mundo, estaba hasta 2020 el Tassenmuseum de Ámsterdam, que exhibía carteras, maletas y bolsos antiguos y modernos. Cerró a causa de la pandemia de covid-19 y por su propio colapso económico no reabrió. Propongo que en las vitrinas hoy vacías de ese museo cerrado ubiquemos las maletas que jalonan nuestra historia, y que estas muestren al visitante los extremos de la vida humana. Dentro de una maleta se atesora la ilusión del viaje, el estímulo lejano que nos hizo crecer, la ternura de los libros del colegio; dentro de una maleta entran las tristes pertenencias que la premura de la guerra deja elegir a quien huye, la quintaesencia apresurada de una identidad. Las miles de salas que no tiene ese museo hoy cerrado podrían llenarse también con las mochilas llenas de piedras invisibles que todos llevamos a cuestas a poco que hayamos vivido un poquito; identificamos las penas con las peñas y nos las echamos a la espalda como los críos se echan la mochila escolar. Por eso, echarse una maleta es, no literalmente, echarse algo a las espaldas, asumirlo, y en el español chileno la expresión a la maleta se usa para indicar que algo se hace de espaldas, a traición.

En la guerra televisada de Ucrania emergió como símbolo de la destrucción de Ucrania una maleta que va rodando al compás cansado de quien huye, o esa otra que funestamente está quieta al lado del cadáver de quien no consiguió escapar. Esa maleta que representa a una Ucrania en guerra en 2022 podría estar en nuestro museo en la misma sala que otras maletas que nos quedan cerca en el espacio y lejos en el tiempo. El 14 de marzo de 1492 a los judíos españoles se les dio orden de conversión forzosa; faltaban apenas unas semanas para que se dictara su expulsión definitiva. Muchos prepararon sus maletas, sus zurrones, sus talegas y se fueron. Con ellos se fue también una forma de hablar nuestro idioma a la que hoy llamamos judeoespañol.

No se usaba aún entonces la voz mochila; por ello, ni esos judíos de 1492 ni hoy el judeoespañol de sus sucesores ha tenido esta palabra en su equipaje de vocabulario. Cincuenta años después de la expulsión, el vocablo ya empezó a pulular en el español y a competir con la forma tradicional, talega («talegas las llamaban los pasados y nosotros ahora mochilas» decía Diego Hurtado de Mendoza en 1570), que hoy ha perdido casi por completo su sitio en favor de la

vivísima mochila. Más antigua era la palabra maleta, que lleva un diminutivo escondido de la misma manera que meseta o peseta. Procede del término francés malle, que significaba baúl y que pasó al castellano para llamar a las valijas y al inglés para denominar al saco de correos, el precedente del actual mail, una de nuestras cargas profesionales invisibles.

Si los clásicos nos enseñaron que la vida es un viaje, la lengua nos muestra que, en ese viaje, las maletas pesan aunque no lleven carga material alguna. Toda la felicidad y la miseria de una vida, todo lo que de iniquidad y de placer hay en lo humano, se puede simbolizar en una maleta.

DE QUIÉN ES LA GUERRA

La posesión es muy difícil de manejar en la vida real. También en la lengua. Hablamos de mi cama o nuestro sofá como nuestras posesiones, sin embargo, nuestros hijos o mi madre, entidades con vida propia, no lo son aunque los acompañamos de ese mismo elemento mi o nuestro que la gramática llama «posesivos». Los posesivos pueden incluir todo tipo de relaciones de pertenencia amplia: si hablo de mi cuadro puede ser porque lo tengo en mi casa, porque lo he pintado yo o porque en él salgo retratada. De la misma forma, la noción de posesión puede expresarse con elementos que en la gramática no son posesivos. La mesa de Joaquín, sin posesivo, con de expresando la pertenencia, puede ser propiedad de él, quizá la haya fabricado con sus manos o tal vez sea suya porque, aun sin él saberlo, está dedicada a su persona.

¿De quién es la guerra que comenzó a arder en febrero de 2022 en el este europeo? Si decimos la guerra de Ucrania, lo más objetivo e incuestionable que estamos señalando es que es una guerra en Ucrania: muertos, bombas y masacres no salen de ese país. Pero esta no es exactamente una guerra propiedad de Ucrania. Aristóteles (qué necesaria la filosofía, qué serenidad es haber tenido esas brújulas formativas para entender este mar de ética en tormenta) nos enseñó a distinguir entre cuatro tipos de causa, entre ellas, la causa eficiente (quién) o la causa final (para qué). Si buscamos la causa eficiente de la guerra, es decir, el agente que la inició, estamos ante la guerra de Rusia en Ucrania; es Rusia la propietaria de la guerra, en su mano está que haya paz. Si pensamos en la causa final, en la razón que la motivó, esta es la guerra por el gas, por la salida al mar, por un imperialismo ruso disparatado y trasnochado que pretende despojar a sus países vecinos de la posibilidad de elegir cómo quieren vivir y en qué espejo quieren mirarse. Esos son los propósitos que guiaron la invasión de Ucrania en 2022. Tampoco en ese sentido esta guerra es de Ucrania ni por Ucrania.

Quizá de un modo ingenuo, desde hace décadas hemos percibido como cosa lejana e improbable la repetición en el territorio europeo de una guerra de este tipo, que reduce a escombros un país invocando el fantasma de un conflicto global. Pensábamos que Europa había aprendido la lección impartida sangrientamente en el siglo XX y sentíamos que el respeto a la soberanía nacional y a la población civil constituía un límite infranqueable que ya no

veríamos sobrepasado en nuestro continente. Pero resulta que nuestra manera de vivir no depende solo de nosotros, no nos pertenece del todo, la posesión es laxa. Somos más frágiles de lo que pensábamos y nos resentimos con las decisiones y las agresiones que pertenecen a otros.

Por eso, si atendemos a la cuestión de a quién afecta lo que ocurre al este del continente, esta no es solo la guerra de Ucrania, también es una guerra de Europa, dedicada a Europa porque ataca frontalmente lo que Europa representa. Esta guerra en Ucrania es también nuestra guerra, es la guerra de Europa y contra Europa: no la poseemos pero desde luego nos tiene en sus manos.

OCTAVA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO POLÍTICO

Zoon politikón, o sea, traduciendo del griego antiguo, «criatura cívica» o «animal político» es la expresión que acuñó Aristóteles para aludir al ser humano, que se relaciona en comunidades organizadas dentro de sociedades reguladas políticamente. No hay nada más social que la lengua, por eso es legítimo pensar que el gobierno de los estados puede también analizarse desde la clave de la lengua. El estatus de la clase política, su forma de comunicarse con la ciudadanía, la expresión lingüística de la política como ciencia del poder y el uso virtuoso o falaz de la lengua para influir sobre el bien común son algunos de los mundos que se exploran en las páginas que siguen.

Y LLEGA LA MOJIGANGA

La actividad electoral y preelectoral de los partidos se parece cada vez más a una mojiganga. Es más, la actividad de un partido político en la campaña es una completa mojiganga. Cuando en época de Carnavales nuestros antepasados se asomaban a la puerta porque se oía la música de la mojiganga, se topaban con un personaje risible que hacía de guía de un pasacalles de gente con máscaras y disfraces grotescos. El espectáculo era tan celebrado que en el siglo XVII las compañías de teatro le vieron la punta y empezaron a incluir mojigangas en sus representaciones: entreactos y finales de fiesta incorporaban estos entretenimientos de argumento propio, con un guion breve, burlesco y disparatado. Sus códigos eran distintos a los de la comedia. En la teoría literaria, la mojiganga se consideraba farsa y no comedia porque no intentaba provocar empatía en el espectador sino dar lugar a una risa irreflexiva y básica. El público sabía también que después de una representación con argumento más o menos esforzado llegaban estas gracietas sonoras y extremas.

Las mojigangas que saltaron de las calles a los corrales de comedias parecen haberse recuperado modernamente en las campañas electorales, que contienen todo lo que había en el gran teatro de nuestros Siglos de Oro. Si la mojiganga irrumpía con música estrepitosa de inicio y cierre, nuestros mítines acaban con los saturados himnos del partido y el cernidillo del confeti; si la mojiganga es farsa (del latín FARCIRE, rellenar), no hay más relleno que el mitin en todo lo que no es la parte emitida para el corte del telediario. Y husmear en los diccionarios antiguos nos da otra pista más en estos parecidos razonables: decían las viejas fuentes que quienes participaban en las mojigangas llevaban «disfraces ridículos, enmascarados los hombres, especialmente en figura de animales» y las campañas electorales de turno parecen estar librándose ya con la caracterización de que los contendientes se retratan, si no se retratan como animales, sí lo hacen entre ellos: menudean las fotos con vacas y granjas de fondo para hacerse con el disputado voto de la España rural.

Los dramaturgos del Siglo de Oro le dieron al público lo que el público quiso y esto que tenemos como votantes es lo que pedimos por las redes sociales y en las encuestas: análisis rápido, crítica voraz y pasacalles exagerados de alharacas. No pidamos estadistas de discurso paciente e ideología pegada a la piel como un

sudario si luego terminamos aplaudiendo a los fogosos oradores que tratan las ideas como un traje que uno cambia y suelta a placer.

Acepto que esto que habitamos es un gran teatro del mundo, pero si se trata de decidir qué compañía dejamos entrar a la escena del gobierno deberíamos apostar por ser público de géneros teatrales más ilustres, como la comedia o incluso el drama, llegado el caso. La mojiganga es divertida siempre que se quede en eso: en el postre de la actuación por la que uno paga.

Algún lector se querrá consolar pensando que esto es cuestión de aguantar unos días el espectáculo, la música estrepitosa y los disfraces. Pero no se consuelen: tras unas elecciones llegan otras, así que es previsible que el corral de comedias no se cierre nunca y que tengamos función continua. La mojiganga viene para quedarse.

UNA FORMA MUY POLÍTICA DE ESCURRIR EL BULTO

Las lenguas suelen estar configuradas sobre una base fuertemente antropocéntrica, en ellas todo se configura a partir del tiempo y del espacio de quien habla, y quien habla puede decidir hacer irrelevante o vaga la presencia de otros. La impersonalidad no es solo un rasgo que apliquemos a edificios, al trato humano o a la decoración de algunas habitaciones: es también un rasgo lingüístico.

Son impersonales las frases que construimos evitando la mención a quién es el responsable de la acción que se narra. Hay impersonalidades inevitables: la de llover por ejemplo, que en español no tiene sujeto; pero hay impersonalidades completamente deliberadas y buscadas, nacidas porque no queremos señalar quién está detrás de la acción, sea porque no lo sabemos, sea porque no queremos que lo sepan los demás. Las clases de gramática nos enseñaban que existían sujetos elípticos (dicen cosas) o genéricos (la gente habla) pero también estructuras impersonales (se come bien aquí). A veces diluimos el sujeto en la masa, otras veces, normalmente con el pronombre se, lo escondemos.

En la política, el protagonismo del agente o su disolución es también opcional: en los carteles electorales sale un candidato con nombre y apellidos, y la personalización de la ideología en su figura es tan abusiva a veces que se nos convence de que es esa persona, con su mascota, su matrimonio o su historia de vida la que representa antonomásticamente el ideal de sociedad que queremos. La paradoja es que en cuanto empieza a gobernar y a decidir sobre cuestiones difíciles, esa persona empieza a disiparse en la sintaxis y ya deja de estar presente en lo que acomete. Comienza a decir se ha tomado la determinación y no yo he tomado la determinación. Quienes usan estas frases y funden su figura con el fondo saben también volver al primer plano de manera oportunista para decir, cuando conviene: he alcanzado esto, he logrado aquello.

Nada hay más sibilino que el intento de sacudirse lingüísticamente una responsabilidad política. Unos y otros se van esquinando hábilmente a la sombra que les da la sintaxis de la impersonalidad: se incrementan los precios (¿ellos solos?), se produce una subida de la luz (¿quién la produce?), suben los mercados (como si tuvieran vida propia). Es invisibilizar lo humano y humanizar

lo que no lo ha sido nunca. La fertilidad en ocurrencias del lenguaje político es legendaria (aquel viejo ajuste fino, la unidad habitacional de la época de la burbuja de la vivienda, el ya mítico crecimiento negativo), pero casi prefiero esas ocurrencias, tan visibles, a estos usos de sintaxis que se escabullen tanto como quienes los manejan.

Nuestros primitivos antepasados eran animistas, creían que las piedras y las montañas tenían alma, pero nosotros estamos en la civilización contraria, la del impersonalismo; aquí nadie es agente, todos son observadores, no participa nadie, ni siquiera quien regula y gobierna. Por eso, cuando un periodista en una rueda de prensa levanta la mano y pregunta «quién», quién con todas las letras, cuando un periodista pide el sujeto o rebusca entre papeles hasta encontrarlo, ayuda a conjugar verbos cuyos sujetos no deben ser elípticos ni omitidos a la sociedad: defraudar, abusar, esconder. Cuando un periodista arrastra desde el fondo a quienes deben ser valorados como figuras que son, está desenmascarando la impersonalidad, y en ese periodismo creo.

NUEVA LEY DE EDUCACIÓN: DEL JARDÍN IDEAL AL BOSQUE REAL

Cada vez que se habla de la aprobación de una nueva ley educativa, yo recuerdo las clases de mi bachillerato. En ellas, una profesora manchada de tiza nos explicaba cómo el trasfondo de muchos cuadros de la iconografía cristiana era un jardín impecable, limitado en sus confines, de sembrados lineales y arbolado pulcro. Era el jardín cerrado, el hortus conclusus que recreaba el paraíso original, un espacio gozoso donde cualquiera se imaginaría eligiendo un fruto fresco de la rama, desconectado del ajetreo exterior, protegido de los vaivenes de la realidad al mismo tiempo que limitado en una cuadrícula separada del entorno.

Una reforma educativa es siempre una tensión entre aquello que se tiene y aquello a lo que se aspira. Por eso hay algo que conecta estas disposiciones legales con los jardines de la idealidad. Las leyes tasan en horas y asignaturas el conocimiento; todo lo que se cree necesario para el ejercicio profesional futuro se convierte en una asignatura del presente; esto es una ecuación prospectiva con muchos riesgos, pero se dan por asumibles. Todo aquello de cuya rentabilidad inmediata se duda se acaba convirtiendo, como mucho, en una simpática optativa. En el hortus conclusus de la normativa estatal o regional, la optatividad es amplia, con asignaturas más originales y otras más tradicionales. En el bosque real de la aplicación en los centros de secundaria y bachillerato, la mayoría de esas optativas no es ofertada: no pueden constituirse grupos suficientes, falta el profesorado, se reduce el catálogo... La realidad termina afectando a la idealidad del jardín de las asignaturas.

Ese es el coladero por el que el latín y el griego amenazan con escurrirse para siempre de muchos institutos españoles. La cultura clásica es esa que nos enseñó a saber traducir la expresión hortus conclusus y a sacarle su raíz bíblica, la que nos legó las historias que hoy con otros nombres nos narran las películas, la que nos mostró por primera vez a seres humanos libres, desesperados, maníacos, sobrepuestos a la tragedia o devorados por ella... En la misma norma que nos habla de la necesidad de enseñar creatividad y comprensión lectora, esa tradición se relega a la optatividad y a la decisión de los centros. Por decenas de optativas que se planteen, la cultura clásica no se impartirá si no se incluye en más cursos como obligatoria. Si no hay alumnos suficientes, no se repondrá su profesorado

y no se volverá a ofertar.

Las cambiantes leyes educativas y sus subsiguientes regulaciones autonómicas tienen una idealidad tan pictórica que terminan siendo insolentes. Una legislación articulada así, como construcción de un precioso hortus conclusus, es una forma de hablar de educación sin salir de la cuadrícula, una manera de huir de las realidades más problemáticas de los centros: docentes enterrados en burocracia, institutos rurales agujereados por la itinerancia de su profesorado, centros que querrían ofertar estudios consistentes y no una amalgama de materias que cambia de año a año según la plantilla que haya a disposición... En este terreno de la educación, labrar con la realidad es más efectivo y difícil que imaginarse un jardín ideal, pero muchos no quieren mancharse la mano de tiza.

UN VIEJO REY Y EL ESTADO DE LAS AUTONOMÍAS

Aunque los delitos y los castigos son tan antiguos como lo es la humanidad que los comete y sanciona, la manera de redactar las normas básicas de convivencia y la forma en que se condena a quien las contraría ha sido muy cambiante. Los primeros textos legislativos en castellano eran narraciones con nombres y apellidos de personas penadas por una culpa; son muy curiosas, servían para inspirar a los jueces y se llamaron fazañas. Siguieron los fueros, textos que hipotetizaban (si alguien roba, que pague), y que avisaban de las condenas de forma más universal, aunque esa universalidad estuviera muy limitada por el ámbito de aplicación de la ley: Castilla reunía numerosos fueros de pueblos o comarcas, distintos entre sí, sin un texto global común. Fue un logro trascender esta jurisdicción de narraciones particulares y de fueros locales, y ese logro tiene un responsable: un monarca audaz intelectualmente, Alfonso X el Sabio (1221-1284), que consolidó en Castilla un derecho mucho más abarcador y ambicioso, simbolizado en un código legal de una gran trascendencia: las Siete partidas.

Ese ordenamiento que son las Siete partidas fue un hito en la historia de nuestro derecho: se legisla pensando más allá del pueblo propio y el resultado es una obra de regulación jurídica realmente acaparadora, que incluía a los habitantes de la parte de Andalucía recién incorporada a Castilla, a los de Murcia, a los leoneses, a los manchegos... Las Siete partidas son una obra fundamental, pero no solo del derecho español: a las gradas para invitados del Capitolio se puede acceder a través de veintitrés puertas sobre las que se sitúan otros tantos relieves que reverencian a personajes relevantes de la historia legislativa estadounidense, y ahí está Alfonso X. La ley alfonsí sirvió para estructurar la convivencia de ese país tan nuevo que era Estados Unidos: se tradujeron las Siete partidas al inglés y todavía en el siglo XIX estas se aplicaban en La Luisiana.

Hoy hay mucho de apasionamiento acotado y foral en un país como el nuestro, que tiene una carta suprema en el ordenamiento jurídico común, que está, o debería estar, por encima de los privilegios territoriales. En España, los derechos igualitarios están avalados por nuestra Constitución pero la financiación autonómica, y de ello dan fe las disensiones internas dentro de los propios partidos políticos, no nos igualan a todos los españoles ni en oportunidades ni en la cartera de servicios a la que tenemos derecho. Déjenme que piense aquí en

Andalucía, como podría pensar en Extremadura sin tren o en los pueblos vaciados de las dos Castillas.

En noviembre de 2021 celebramos los ochocientos años del nacimiento de ese rey sabio enterrado en Sevilla que creó la primera disposición legal que igualaba a todos los súbditos bajo unos mismos derechos, independientemente de la parte del territorio en la que habitaran. Las Siete partidas fueron inspiradas por el aliento europeo que emergía de la Universidad de Bolonia. El mismo viento inclusivo de equidad y nivelación debería abrirnos los ojos ahora ante la necesidad de igualar los distintos territorios de España.

Hay, por cierto, otro medallón hispano en el Capitolio estadounidense: el del judío Maimónides (nacido en Córdoba en 1138). Maimónides dijo que las acciones políticas de quien gobierna deben emanar «conforme a la mesura de derecho, no por mero arrebato de la pasión». Pues eso.

SIMÓN BOLÍVAR EN GRECIA

El presidente colombiano Gustavo Petro se estrenó en su toma de posesión de agosto de 2022 sacando a pasear la espada de Simón Bolívar, el héroe de las independencias americanas. Elegir una espada como símbolo de un gobierno es de una representatividad notable pero no es particularmente original: desde la Tizona patria a la Excálibur británica, las espadas han sido asociadas a los padres tutelares con que se suele cimentar la identidad de una nación. Hacer desfilar la espada de Bolívar transmite un mensaje intencionado: dimensionar la independencia y defender la historia propia de los estados americanos que se configuran tras los movimientos políticos y militares iniciados por Bolívar.

Hay muchas formas de transmitir mensajes sin hacerlos explícitos. Cuando Simón Bolívar trata de lanzar un proyecto emancipador de la colonia basado en una gigante confederación americana que abarcase de México a Argentina, organiza una convención diplomática en Panamá en 1826 a la que le da el esdrújulo nombre de «Congreso Anfictiónico». La anfictionía era una asamblea de confederación de polis griegas que funcionó al menos hasta el siglo II a. C.; sus representantes, los anfictiones, se asociaban para administrar recursos compartidos, por ejemplo los templos. Bolívar sabía de las fuerzas de los simbolismos: en uno de sus elaborados discursos, animaba la celebración de este congreso señalando que el istmo de Panamá debería ser para los americanos «lo que el de Corinto para los griegos», evocando al istmo que une a la Grecia continental con el Peloponeso: Grecia fue blandida para reivindicar una proyectada unidad política americana, no su presente indígena ni colonial. Lo que unía a todo ese territorio que Bolívar quería poner de acuerdo era su condición compartida de haber sido colonia española, pero esa historia común de la que se renegaba fue apartada intencionalmente al escoger el nombre de la asamblea de la antigua Grecia.

La utilización del pasado clásico como fuerza galvanizadora de la identidad presente es tan común en Europa como en América, aunque la tradición clásica americana sea menos conocida y hoy sea preterida en los discursos identitarios americanos, más escorados hacia el indigenismo. Pero hubo una América latina en el sentido de latinizada, con una cultura clásica importada que generó prontamente una visión propia de los mitos, de la lengua y de las fuentes que

habían sido las fundadoras de la cultura europea. La primera enseñanza de gramática en América se establece en el Caribe unos veinte años después del primer viaje colombino. La podemos reconstruir gracias a las tempranas cédulas que desde la Casa de la Contratación de Sevilla proveen de sueldo a los pioneros maestros de latín en América; en esa documentación se registra también el viaje de los libros de latinidad: las obras de Nebrija, sobre todo su manual latino y sus dos diccionarios bilingües fueron demandados, estudiados e impresos en América. Saber latín era una oportunidad de promocionar; la exigencia de conocimiento de latín permitía el acceso a cargos en la administración colonial, por ello, la demanda de aprendizaje de latín desde América y el envío de maestros enseñantes de latín a los virreinatos era también una forma de hacer crecer con solidez la nueva estructura de gobierno.

En 1536 la corona funda la primera institución escolar occidental de América: el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde se enseña en náhuatl y latín, pero no en castellano. El latín fue una de las lenguas americanas, de hecho fue la única especialmente protegida y favorecida por la monarquía hispánica y por las órdenes religiosas que ejercían la enseñanza en centros americanos. En las zonas rurales, los sacerdotes evangelizaban en las lenguas autóctonas, por un sentido de conveniencia cuantitativa y por una estructura de pensamiento condescendiente en que se consideraba que el menor contacto con los europeos aislaría a los indios del posible efecto negativo de la vecindad con los pecados ajenos. Aunque hay una evidente y paulatina castellanización de América, esta se sostiene más sobre el uso que en la enseñanza explícita, y, es paradójico, son las repúblicas americanas que se alimentan con el liderazgo de Bolívar las que más contribuyen, fundadas en ideas centralistas, a la expansión escolar del español en América.

La historia casa mal con los símbolos, es más compleja que ellos, tiene más aristas que los dos lados de la hoja de una espada. El arma de Bolívar tiene sus dos filos simbólicos: puede servir, a la manera de Petro, para la defensa de la contemporaneidad mestiza colombiana, pero podría servir también para postular la latinidad de Colombia, su cultura clásica enraizada en la literatura, las décadas de bibliotecas con estantes llenos de traducciones de clásicos, con la gramática latina (1876) de los colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino Cuervo como fruto destacadísimo.

Quienes han hecho el ejercicio de contar cuántas puñaladas recibe Santiago Nasar en Crónica de una muerte anunciada estiman un número de 23. La cifra no

es fácil de fijar pero se hace verosímil, porque poco en García Márquez es casual: 23 fueron las puñaladas que recibió Julio César. El colombiano, buen lector de Suetonio, hacía un guiño en su novela policial caribeña al magnicidio más famoso de la historia antigua. Prefiero ese puñal de tradición clásica y de memoria incluyente blandido por el escritor a una espada manipulable a placer del gobernante: pasear la máquina de escribir que empuñó García Márquez habría sido un símbolo improbable y extravagante, pero habría recibido, estoy segura de ello, la aclamación unánime de un público en pie.

EL IDIOMA DE FIDEL CASTRO

Los grandes protagonistas de cualquier éxito profesional suelen serlo porque algún secundario, superior o inferior a ellos, se encarga de mantener el fondo sobre el que destacan ellos como figuras. El periodista Barry Sussman (1934-2022) fue uno de esos imprescindibles secundarios. La noticia de su fallecimiento en junio de 2022 recibió una discreta atención en los medios. Se repetía a su muerte el papel que tuvo en su vida profesional; Sussman fue el necesario facilitador del entorno mediático en que tuvo lugar una de las mayores demostraciones de la necesidad de un periodismo libre: el descubrimiento de la trama Watergate.

Quienes brillaron como protagonistas de la historia fueron Bob Woodward y Carl Bernstein, reporteros del periódico Washington Post; la valiente intuición de quien era entonces su jefe, Sussman, editor de noticias locales, fue imprescindible para que se destapase una trama ilegal de escuchas alentada por el gobierno estadounidense. El escandalo del Watergate le costó el puesto al presidente Richard Nixon y llevó a Woodward, a Bernstein y a su periódico a ganar el Premio Pulitzer en 1973. El caso Watergate se sigue empleando hoy como ejemplo de la cota máxima de capacidad que puede tener el periodismo para controlar los desmanes y tentaciones que el poder puede construir sobre su suelo de aparente impunidad.

Para quienes no fuimos coetáneos de ese escándalo, este episodio periodístico excepcional y trepidante nos es conocido por las películas que se han basado en él. Los hombres del presidente (1976), con Robert Redford y Dustin Hoffman haciendo de reporteros, es quizá la más conocida de ellas. Quiero recordar aquí una frase de esa película, desfasada hoy en su sentido original, pero actual en lo que connota. Ocurre en el inicio de la historia, cuando los periodistas empiezan a sondear una lista de nombres de agentes protegidos gubernamentalmente al servicio del espionaje. Uno de los periodistas llama por teléfono a un posible implicado, se oye al otro lado una algarabía de críos jugando y voces en español que evocan una casa cubana llena de gente y ruido. Desesperado por hacerse entender, el personaje que interpreta Robert Redford tapa el auricular y grita en la redacción una frase que fue doblada al español como: «¿Alguien habla el idioma de Fidel Castro?». Ningún compañero contesta; el periodista cuelga.

Es penoso pero parece que era así. En los años setenta, con la crisis de los misiles aún fresca y una migración latina todavía menor en relación con la de otras latitudes, el español era para un estadounidense medio el idioma de un dictador a quien desde el Capitolio se temía tanto como se atacaba. La cuota de poder atribuida al español en Estados Unidos en esta película era pasmosamente pequeña y se simbolizaba en una sola persona: Castro.

Hoy esta pregunta ya no tendría sentido, y no solo por la muerte del dictador: el español es hablado en Estados Unidos por algo más de sesenta millones de personas como lengua materna. Y es previsible que la cifra siga aumentando. Quizás algunos de los periodistas del Washington Post ya lo hablan y en su redacción a buen seguro aterrizan los ejemplares de la prensa estadounidense escrita en español que circula por Estados Unidos (pienso por ejemplo en un delicioso periódico semanal que se distribuye en Nueva York con el fabuloso nombre de El Especialito).

Cierto es que los estereotipos son cambiantes y que seguramente hoy alguien podría decir en Estados Unidos que el español es el idioma de los tenderos, los camareros o los obreros. Hay muchos retos sociales que lograr para que la lengua se prestigie y no se abandone en las próximas generaciones. Con todo, la tentación de hacer a una lengua propiedad del político del territorio que la gobierna persiste. Y persiste porque la mala política no verá en la lengua otra cosa que la expresión personalizada del poder de quien la habla. Casi al mismo tiempo que moría Sussman, el dictador americano Daniel Ortega atosigaba y empujaba al cierre a la Academia Nicaragüense de la Lengua, institución que establecía nexos (qué poco les gustan a las dictaduras los nexos y cuánto les gustan las cuerdas) con otros organismos culturales externos. Piensa Daniel Ortega que el español es el idioma de Daniel Ortega. Y no se da cuenta de que él es, por esas tristes derivas históricas, una figura represora absolutamente prescindible en la historia de Nicaragua. Y eso lo puedo escribir desde España gracias a que tenemos un periodismo libre y una democracia de fondo.

ADICCIONES POCO SUSTANCIOSAS

Yo imagino que toda la vida ha habido adictos, aunque los placeres prohibidos y las sustancias estimulantes hayan variado por épocas. Pero la palabra adicción no entró en nuestros diccionarios con el sentido que hoy le damos hasta ¡1983! Cuando ingresó en ese libro de las palabras que es el diccionario académico, la adicción se definió como la afición desmedida a «algunas drogas tóxicas» y el ejemplo que se dio (muy triste, muy de los ochenta) fue el de la «adicción a la heroína». En cambio, por una de esas singularidades de la historia de la lengua, la palabra adicto (su adjetivo) es bastante más vieja: hay adictos en nuestros diccionarios desde fines del XVIII. Y la palabra se puso de moda y se popularizó como expresión politizada unos años más tarde, en el tiempo de guerra contra los franceses y en los vaivenes políticos de la España posterior, debatida entre partidarios de la Constitución de Cádiz y partidarios de Fernando VII. Había entonces adictos a Godoy, adictos a la causa, adictos a la Inquisición... ADDICERE era en latín ‘dedicar’, y el adicto era el muy dedicado y devoto de algo. En los periódicos de inicios del siglo XIX, los cronistas se quejaban de la pesadez de que se usara tanto el adjetivo adicto.

No quiero caer en el error de criticar de forma generalizada a la clase política, pero creo que hay expresiones públicas de adhesión que más bien parecen de adicción. Pocas letras separan las dos voces, pero son bien distintas las actitudes de adhesión y las de adicción. La adhesión es neutra, la adicción no lo es; los adheridos son libres y los adictos, esclavos. Yo sugiero que en los mítines, los congresos, las alocuciones públicas, nuestros políticos parezcan menos adictos; que cuando hablen a cámara y digan que Juan o Yolanda o Isabel o Pablo es la persona de confianza que nos va a salvar los muebles, reflexionen sobre qué los movió a militar en un partido, si las ideas o una persona. Porque son tan personalistas las declaraciones de los políticos que, si hay conflicto interno, los grupos surgidos se reparten entre los nombres de sus candidatos: hace un lustro hubo susanistas, antes felipistas, luego hubo pablistas y ayusistas. Hemos normalizado tanto esa personalización que no nos damos cuenta de la ausencia de ideas en el conflicto. Estos parecen bandos como los que hubo en las regencias de Castilla tras la muerte de Enrique IV. Allí hubo isabelinos (por Isabel, luego la Católica) y juanistas (por Juana, luego la Beltraneja), bandos con nombre porque en una monarquía antigua no había nada ideológico visible en la

liza más allá de la persona que se llevaría la victoria acabado el conflicto.

Comprendo, aunque no justifico, las adicciones, los turbios procesos físicos y psíquicos que llevan a engancharse a una sustancia, pero se me hace difícil entender esa adicción política, esa dedicación rendida al candidato que han elegido en un partido o al líder que manda en él. No hay sustancia alguna en esa adicción. A ver si va a ser que quienes proclaman esa devoción son adictos al paraguas del poder y no a la persona que lo ejerce.

INVENTADA LA FÓRMULA DE LA VISIBILIDAD POLÍTICA

Cuando los franceses invadieron España (1808-1814) propusieron una división interna de la península basada en 38 prefecturas con nombres bellísimos sacados de accidentes geográficos y, sobre todo, de ríos. Las regiones que subdividían el país en 1810 se denominaron, por ejemplo, prefectura de Tormes (con capital en Salamanca), del Salado (con centro en Málaga) o prefectura del Duero Alto, que englobaba a Soria y lindaba en el norte con la prefectura de Arlanzón, con núcleo en Burgos. La nomenclatura es indudablemente hermosa, aunque en la práctica quedó casi sin aplicar.

Tomar los ríos como base de organización del territorio tiene un fundamento lógico. Aunque las gentes de ambas riberas suelen estar en contacto, los grandes ríos (más que las montañas) suelen funcionar históricamente como indicio de frontera y, de hecho, es frecuente que un rasgo lingüístico se extienda por un territorio hasta que se topa con un río. El occidente del río Sella tiene rasgos que la zona más cercana a Cantabria, al otro lado, no tiene; el Duero y el Ebro también son ejes divisores que limitan la difusión de algunas palabras entre territorios vecinos. A veces las fronteras administrativas coinciden con esos límites naturales y otras veces, la mayoría, esas lindes discurren por travesías distintas de las fronteras humanas y culturales. Los modos de cultivar, de festejar o de hablar hermanan a zonas geográficas vecinas que pueden estar ligadas a demarcaciones distintas.

Hay fronteras de vallas y muros pero hay también fronteras vacías sobre las que solo un esfuerzo de cinta métrica aclara dónde queda la separación administrativa entre un territorio y otro. En general, cruzar por carretera de una autonomía o una provincia española a otra suele notarse exclusivamente en una señal de tráfico que cancela un lugar y abre el otro, sin que sepamos muy bien en qué momento tuvimos un pie en Andalucía y el otro en Extremadura, por ejemplo.

«Nunca traces tu frontera ni cuides de tu perfil: todo eso es cosa de fuera». Lo dijo Antonio Machado, pero hoy no parece que nadie haga caso a esa frase, al menos en el plano político. Porque hoy es necesario trazar frontera y cultivar un perfil propio desde dentro para que desde fuera uno sea conocido y reconocido.

Se crean partidos de demarcaciones cada vez más pequeñas: la provincia de Soria, la de Teruel. El consejo de Machado, andaluz que conoció bien el campo soriano, no resiste la lógica de los escaños.

Nuestra configuración provincial, básicamente hija de la propuesta por el político Francisco Javier de Burgos en 1833, es la base de la representación en nuestras cámaras de representantes. Y estas fronteras relativamente recientes hoy se arman y articulan gracias a la distribución por escaños. Que una provincia tenga un partido político propio es una legítima pócima de visibilidad, tristemente necesaria; quienes habían sido fantasmas imperceptibles para los gestores y las instituciones se hacen tangibles y corpóreos. Con todo, el particularismo es una colecta sin otro límite que el de la frontera trazada: si hay un partido de una provincia, nada obsta a que mañana aspire a ser partido el de una localidad grande dentro de esa misma provincia. Asón, el río más corto de España, hoy tendría prefectura propia.

LA CONSTITUCIÓN Y SUS PIEDRAS LLOROSAS

El monumento más simple y conmovedor contra la pena de muerte está en Sevilla y se llama la Piedra Llorosa. En la primavera de 1857 un centenar de jóvenes sevillanos se levantaron en armas contra el gobierno, con cierta ingenuidad desorganizada, y fueron detenidos; el presidente Narváez mandó a un comisionado desde Madrid que no dudó en ordenar el 11 de julio de ese año el fusilamiento de los más de ochenta apresados. Los sacaron del cuartel de san Laureano y los mataron. El alcalde de Sevilla, que en vano había intercedido para frenar la ejecución de la pena capital, contempló la ejecución y se sentó a llorar en la primera piedra que encontró junto a la vieja muralla. Esa es la Piedra Llorosa. Hoy es el símbolo de todo lo que hemos avanzado como sociedad al no tener pena de muerte. Según la leyenda, el alcalde se lamentó diciendo «Pobre ciudad». Es la ciudad desde la que escribo, la misma donde, tristemente, había sonado por primera vez el grito reaccionario de vivan las caenas en 1823 por parte de quienes estaban en contra de la Constitución de Cádiz. La historia tiene estos contrastes.

El Día de la Constitución suele coincidir con un puente festivo en España, y Sevilla se llena en esa fecha de turistas nacionales. Llegados a la capital andaluza, los visitantes explorarán la ciudad efervescente y el sol embotellado en las fachadas; o los lugares cervantinos y las casas natales de Bécquer o Cernuda; o los paisajes del río y los guiños árabes o judíos de las callejuelas. Buscarán, en fin, en la capital andaluza lo anhelado y lo prometido por esa mezcla de realidad heredada y de realidad construida que es la imagen que proyecta cualquier ciudad para el visitante. Pero en ese día festivo, yo quiero transitar otras rutas.

Yo honraré el camino de desventuras que nos han llevado a que este día sea festivo porque hay una Constitución que celebrar. En esa ruta está la piedra que nos recuerda una estampa despiadada del siglo XIX, cuando aún existían fusilamientos. En ese itinerario quiero pasear por las librerías sevillanas que vendían a escondidas los ejemplares de Ruedo Ibérico editados desde Francia y censurados por el franquismo. Quiero escrutar en el Guadalquivir que se ve desde la Piedra Llorosa el agua que durante 22 años (que se dice pronto) miles de presos políticos condujeron en una obra que dio lugar al colosal Canal del Bajo Guadalquivir, llamado también y con justicia «Canal de los presos». Y en

esa ruta también quiero pasar por la calle gélida junto a la Giralda donde dos etarras asesinaron a Alberto Jiménez-Becerril y a Ascensión García en 1998, en plena democracia. Quiero pasear por esas calles porque hasta llegar aquí muchos se han sentado en piedras llorosas a seguir construyendo una sociedad mejor. Y yo, desde luego, no voy a quitarles mérito ni a acusarlos de tutelados o de masticadores de trágalas. Hay una parte de los derechos de los que disfruto y con los que vivo que es heredada y otra parte que es construida y de cuya consolidación participo. Y a los que han hecho posible esa parte heredada, en el Día de la Constitución, me toca darles las gracias.

NOVENA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO DE GRANDES

Los grandes de una lengua son quienes la hacen crecer, por ejemplo, estudiándola científicamente para que la entendamos mejor en su funcionamiento actual o pasado; los grandes de una lengua son quienes, con una capacidad especial para el uso de la lengua o para la construcción de historias, hacen que los lectores entren en otros mundos y se hagan con nuevas palabras o nuevas escenas. No hay hablante del español que sea pequeño en relevancia, pero algunos de nuestros hablantes han sido especialmente importantes para que nos hagamos una justa idea de la dimensión de nuestra lengua. Como gratitud a su trabajo y capacidad, estas páginas que siguen señalan con el dedo a grandes personajes de la lengua española, unos muy lejanos en el tiempo, otros mucho más cercanos. Si el español es hoy un gran mundo, ha sido en parte porque tuvo grandes como estos en su esfera.

CUANDO CASTILLA LLEGÓ A LA LUNA

Cuando en julio de 1969 Neil Armstrong puso su huella redonda en la Luna, el rey castellano Alfonso X el Sabio ya estaba allí. Para que Castilla llegara a la Luna hizo falta que en 1651 el astrónomo italiano Giovanni Riccioli llamara Alphonsus a un cráter de 2,7 kilómetros de profundidad y 119 de diámetro. Alfonso X, rey de Castilla y León de 1252 a 1284, fue fundamental para el desarrollo científico de la astronomía. Bien rodeado de traductores, Alfonso X patrocinó en su corte la puesta en castellano del saber que circulaba en la Europa medieval sobre astronomía: libros sobre todo en árabe que unían el conocimiento griego e hindú sobre la materia, obras que interpretaban la disposición de las estrellas y que describían los instrumentos técnicos para apreciar distancias estelares. El monarca resolvió, en una decisión muy atrevida en su tiempo, mandar traducir esos textos no al latín sino al castellano. En el contexto europeo medieval era una absoluta originalidad contar con un rey que promoviera ese tipo de empresa científica en una lengua vulgar. El honor de bautizar un cráter lunar con el nombre latino de Alfonso es merecido.

Pero uno no decide cómo pasar a la historia. Si hoy alabamos de este monarca su interés por la ciencia y su valoración de una lengua incipiente como el castellano, aún tenida entonces como lengua imposible para nada serio, su obsesión en vida fue obtener el nombramiento honorífico de emperador y rey de romanos. En ello gastó energía y dinero, sin éxito alguno; posiblemente pensó que el logro de ese privilegio lo haría brillar a perpetuidad en la historia. Es humano deslumbrarse por la posibilidad de una fama divina. Cuando en julio de 2021 el magnate estadounidense Jeff Bezos (1964-) viajó al espacio, debió de sentir quizá que estaba alcanzando ese brillo de celebridad y honor y que esa sería su forma de pasar a la historia.

Un efecto primero de aquel patrocinio medieval de obras científicas fue el acceso más fácil a un conocimiento especializado; otra consecuencia de alcance fue la puesta en circulación de tecnicismos que hasta entonces no se usaban en castellano y que seguimos empleando hoy: ángulo, crepúsculo, diámetro, esfera (o alcora, voz árabe), grado, polo o planeta son, entre otras decenas, palabras que debemos a los textos alfonsíes. Nombres de estrellas y mansiones lunares, precisos términos astrológicos y de aritmética ligados al cálculo de longitudes

estelares aparecen por primera vez en castellano gracias al rey Alfonso X.

Entre el viaje espacial libresco de Alfonso y el que protagonizó Jeff Bezos han pasado siglos en los que el español, como otras lenguas del mundo, se ha ido equipando con palabras científicas: se han traducido textos, se han buscado términos para hallazgos novedosos y se ha generado una estructura editorial en nuestro idioma para el libro especializado. Tantos siglos construyendo una lengua capaz de expresar la ciencia, tantos siglos mirando al cielo y explicándolo en español para que el Ministerio de Ciencia e Innovación, por idea de algún iluminado prescindible, nos pida ahora a los científicos que, a ser posible, redactemos en inglés las memorias de nuestras peticiones de proyectos de investigación. Que mejor escribamos en la lengua de Bezos y no en la de Alfonso. Da igual que Castilla hubiera llegado antes a la Luna. Alguien ha decidido que el español científico pase a la historia.

NEBRIJA Y LA LIBERTAD

Si yo digo que es una tiranía no poder decir lo que pienso; si me pregunto qué injusta dominación y qué clase de servidumbre es la que no me permite al menos escribir mi pensamiento en mi casa y en mi mundo; si lo llevo a un extremo y digo que tengo, cuando menos, el derecho de meditar lo que se me antoje y darle vueltas en mi cabeza, y que si no me dejan decirlo, excavaré un hoyo y lo susurraré dentro... si yo digo todo esto, con respeto pero con la retórica de una pregunta que lanzo para reclamar mi libertad, estaré citando a un sevillano que murió hace quinientos años y cuya modernidad de pensamiento nos asombra aún hoy.

Elio Antonio de Nebrija (1444-1522) es para el lector actual, fundamentalmente, el autor de la primera gramática completa (1492) que conoció el castellano, la primera también de una lengua hija del latín. Estamos hablando de alguien que, cuando el castellano era aún tenido por insuficiente para usarse en la explicación instruida, se atreve a describirlo conforme a reglas y lo hace, además, con una terminología gramatical novedosa y distinta, sin servidumbres del latín. Ya eso es un enorme logro y un paso decisivo en la historia de nuestra tradición lingüística.

Esta valiente defensa del castellano es aparentemente contradictoria en un sabio como Nebrija, que fue sobre todo latinista y que escribió en latín la mayoría de sus libros en una época en la que usar el latín por escrito era ya solo hábito de profesores universitarios y eruditos. En su pensamiento y en su convicción, en cambio, la dignificación del castellano y el estudio del latín eran coherentes: por un lado, considera como lengua docta la que en ese momento era solo lengua vernácula, el castellano; por otro lado, se ocupa de denunciar que el latín que se usa en la universidad española y en los libros de texto es malo, conduce a errores. Y no se arredra en señalar que muchos saberes, del derecho a la medicina, estaban en peligro porque eran explicados a partir de fuentes deturpadas: llama bárbaros a los profesores que no saben buen latín. La postración de una universidad anclada en la repetición de enseñanzas hechas en un latín viciado se remueve con su figura.

La idea de que la llave para desvelar la verdad estaba en la lengua y no en la

revelación o en la autoridad era una novedad en su tiempo; Nebrija insufla aliento del renacimiento europeo en el aire español. Hoy que estamos a la defensiva contra la mentira disfrazada, esta preocupación por desenterrar la verdad escondida en los textos se nos dimensiona en su auténtica magnitud.

Al final de su vida, Nebrija pone ante sí otro texto más que analizar, un libro que, con su acostumbrada pulcritud, escruta contrastando las fuentes con las traducciones en que circula para concluir que contiene frases de interpretación errada o dudosa. Ese texto era la Biblia; la obra en la que Nebrija puso en duda respetuosamente algunos pasajes de la tradición recibida fue la aldaba que hizo resonar la puerta del Santo Oficio, que persiguió la publicación y llegó a abrir un proceso al autor. Nebrija responde a la Inquisición con valentía en un escrito, la Apología, que he glosado en el inicio de estas líneas y que hoy podría seguir funcionando como elogio a la libertad de expresión y al respeto con que esta se ha de ejercer.

La interpretación de una obra y de un autor oscila en el tiempo como el álamo que se doblega flexible al placer del viento. La gramática castellana, la obra que más subrayamos de Nebrija hasta opacar el resto de sus escritos, fue en su tiempo ignorada por sus coetáneos y vista como una extravagancia. Que en esta obra dedicada a la reina Isabel, Nebrija postulara la idea de que «la lengua siempre fue compañera del imperio», tópico de raigambre clásica que buscaba asimilar Castilla a una nueva Roma, sirvió para que el nacionalismo rancio del siglo pasado corrompiese la figura de Nebrija hasta convertirlo en una suerte de nuncio imperial de la pureza lingüística.

En la actualidad tenemos conocimiento y capacidad suficientes como para entender mejor al personaje y reconocerlo desde un perfil menos adulterado y, sin duda, más valiente. La oportunidad que nos ha brindado la conmemoración en 2022 del quinto centenario de su fallecimiento hace que el viento sople a favor de nuestro gramático y facilita que difundamos mejor su figura. Estamos festejando a un intelectual que se comprometió con su tiempo, que veía en la mala enseñanza una señal de barbarie, que ligó la lengua a la libertad.

ANACARDOS Y GALARDONES

Los anacardos eran para nuestros antepasados el alimento de la memoria. Ellos creían que las hojas y el agua de la anacardina reforzaban los recuerdos y los apartaban de distracciones y despistes. Uno de los más bellos versos de amor escritos en español es ese de Lope de Vega donde el poeta se hace pasar por el mayoral de una res que, extraviada, ha olvidado su hierro de pertenencia. Lope habla a su manso para decirle: «Paced la anacardina [...] y no bebáis del agua del olvido». Más de una década después de la aprobación en España de la ley de memoria histórica, es el momento de pararse a reflexionar sobre los choques que se dan entre la memoria privada y la colectiva en la gestión de nuestro pasado, porque en España parece que oscilamos entre darnos un atracón de anarcadina o derramar sobre la losa el agua de los recuerdos.

La memoria individual de alguien se sostiene sobre un acto primero e íntimo de introspección: nuestra memoria más básica es la de la genealogía y esta se construye en lo material sobre el preciado homenaje fúnebre a los antepasados. Por eso, honrar a nuestros muertos, poner su nombre en una piedra y enmendar el ultraje de la cuneta era necesario para estar a la altura de nuestra democracia. La memoria común, la colectiva, descansa sobre armazones muy distintos: se asienta sobre esos logros que como país hemos alcanzado a partir de iniciativas comunes o de hazañas individuales. Estos son a menudo andamios materiales, en forma de obras, inventos o personajes. Simbolizamos sus valores como algo histórico en tanto que han sido dignos de entrar en la historia.

En ese bastidor de la trascendencia, algo estamos haciendo mal: la gestión pública de las biografías de los personajes históricos españoles. A ellos les pedimos integridad, feminismo, buen uso de sus posibles privilegios, equidad y congruencia hasta en la más pequeña de sus decisiones vitales... Les requerimos que sean aún más que santos, porque a estos se les ha permitido incluso vida licenciosa antes del arrepentimiento y consagración eterna a la virtud. Pocas figuras históricas resisten esa cota de probidad que exigimos bajo amenaza de cancelación. Y ahí vienen las cíclicas polémicas sobre por qué quitan o dan a tal personaje un parque o una plaza. Como en España no ponemos número a las calles, el debate seguirá dándose, parece inevitable, pero otra cosa distinta pasa con las designaciones de premios o certámenes. No precisan nombre y para ellos

se puede adoptar la tajante decisión de quitarles sus denominaciones honoríficas. Se acaba así el problema, claro: cortar por lo sano es la puesta en limpio de la acción de mutilar.

El Ministerio de Ciencia e Innovación amagó en abril de 2021 con que los Premios Nacionales de Investigación se designasen en adelante exclusivamente a partir del área científica que reconocen: el premio Nacional de Humanidades dejaría de llamarse premio Ramón Menéndez Pidal, el premio Nacional de Medicina se desproveería del nombre premio Gregorio Marañón... Estos galardones se otorgan desde 1982 en una decena de disciplinas y cada una llevaba el nombre de un profesional español reconocido en su ámbito. No es una práctica pretérita ni de otro tiempo la de nominalizar: ayudas que se conceden al profesorado universitario como las prestigiosas estancias José Castillejo o los contratos Sara Borrell tienen una vida mucho más corta, ojalá no se extienda la moda y mantengan su denominación.

Quitar el nombre a los Premios Nacionales de Investigación no desprestigia el premio ni modifica el valor de quien lo recibe, pero es una pérdida de peso simbólico, de conciencia histórica y de memoria común. Sí, se evitan suspicacias de mayorías masculinas y se elimina la posible polémica derivada de descubrir en algún momento una flaqueza en los personajes reverenciados, pero al desnominalizar los premios se les quita altura, casi literalmente: es vieja y muy europea la imagen de que somos quienes somos en el presente porque estamos subidos a los hombros de gigantes del pasado.

Don Ramón Menéndez Pidal fue uno de esos gigantes: fue un gran historiador, un medievalista minucioso, un investigador abierto a la ciencia de su época, un maestro en la universidad, un profesional reconocido internacionalmente, el gestor del mejor centro de investigación en humanidades que tuvo la España del primer siglo XX. Tras la Guerra Civil, Pidal ocupó el sitio que le dejaron: vivió en el exilio interior de seguir investigando en su casa madrileña, con su mujer, María Goyri, una investigadora excepcional (de hecho, el galardón del Ministerio se podría haber llamado sin rebozo alguno premio Pidal-Goyri si querían abrirlo a nombres femeninos). Pidal ganó merecidos reconocimientos en vida, uno de los más tardíos fue la medalla al Mérito en el Trabajo, que la dictadura franquista accedió con la boca chica a concederle en 1965 (cuando Pidal ya estaba en los 96 años y seguía, con la suerte de una mente lúcida, escribiendo e investigando). En el expediente de concesión de esa medalla se declaraba: «No es posible silenciar en España la figura y el nombre de

Menéndez Pidal». Pues resultó que sí, que era posible.

EL DELANTAL DE LOS APUNTES DE CONCHA CASADO LOBATO

No eran dos vidas pero lo parecían: la de antes del confinamiento domiciliario por el COVID-19 y la que llegó con él. En esa de antes yo tenía una agenda milimetrada y había revisado muchos de mis procesos domésticos y profesionales para tratar de simplificarlos y atesorar tiempo para las cosas de mi gusto. Leí que Marc Zuckerberg y Barack Obama habían abreviado la primera decisión de sus mañanas («¿qué ropa me pongo?») reduciendo su armario, respectivamente, a veinte camisetas iguales o dos colores (azul y gris) para diez trajes de chaqueta iguales; me pareció una exageración limitarse tanto pero lo cierto es que yo misma había dispuesto hace años que los dos armarios de la casa que me correspondían se dividirían en ropa de ir a trabajar y ropa para todo lo demás, de manera que físicamente los atuendos separaban dos momentos distintos de la semana: la jornadas de impartir clase por las tardes en la universidad e investigar y los ratos de estudiar en casa, de salir con la familia, de hacer deporte.

Cuando irrumpió el coronavirus, cerré mi despacho en la Universidad y en la intimidad de mi habitación algo me dijo que el armario de dar clases tardaría en abrirse. Así fue. Toda esa ropa, las cajas de los tacones, los bolsos de acarrear el portátil se quedaron dentro confinados en un armario con la boca de sus puertas cerradas. Una de las dos vidas parecía quedarse guardada ahí dentro también. Desde entonces, cada mañana a las 6, al tiempo que bostezaba, bostezaban también para abrirse las puertas del armario de la ropa casera. Con ella hacía las videollamadas, las clases virtuales, los seminarios en línea y... más horas de cocina que de costumbre. El abrazo textil del delantal se convirtió en un gesto cotidiano.

En algún momento con el delantal puesto, me acordé de la filóloga Concha Casado Lobato (1920-2016). Leonesa de nacimiento y crianza, estudió en Madrid pero regresó a su tierra natal en los años cuarenta para hacer su tesis sobre el habla de la comarca leonesa de Cabrera, se asentó durante meses en un pueblo llamado Truchas y desde allí investigó el habla de sus gentes. Estudiar el habla viva de un lugar es más efectivo cuanto más discretamente se hace. Una forastera que llegaba a un pueblo en los años de la posguerra, en una zona de escondite de maquis, no podía pretender pasar desapercibida, pero, al menos,

podía tratar de obtener datos reales. Es decir, nada de preguntar directamente por la lengua (prohibidas las preguntas «¿usted usa esta palabra?» o «¿aquí cómo llaman a...?»): ante la presencia de un intruso, el hablante tiende a reprimir sus rasgos lingüísticos, sobre todo si los considera rurales y distintos del estándar. Los métodos de pregunta en dialectología suelen ser indirectos: dejar hablar, anotar, preguntar con rodeos... En la época de Casado las grabadoras apenas se habían generalizado en España, y si se sacaba cuaderno y lápiz para apuntar una palabra o un giro de interés, la gente se callaba y desconfiaba. Concha Casado ideó la forma de lograr recabar datos fidedignos: se sentaba a coser entre las demás mujeres y cosía en su mandil papelitos con las palabras que quería anotar. Nada de cuadernos: delantales; nada de ropa de ir a trabajar: el atuendo más doméstico era la mejor grabadora profesional.

En esos papeles de los delantales fue apuntando palabras y en su memoria se fueron recogiendo también costumbres y usos que caracterizaban las zonas rurales leonesas. Por ello, cuando sus artículos y libros fueron saliendo a la luz, la llamaron la dama del patrimonio leonés, en referencia a ese patrimonio chico que es la etnografía rural: la vida doméstica tradicional, la forma y los modos de las chimeneas, la artesanía de la cestería, las danzas de palotes, la joyería popular, los ceramistas... Todo eso que es cultura y a la que nunca mayusculamos como Cultura, la cultura en la que nunca pensamos cuando nos llenamos la boca hablando de industria cultural, ocupó durante décadas los trabajos científicos de Concha Casado.

Hombres y mujeres usan delantales; históricamente, el delantal era uniforme para zapateros, herreros o aprendices; hoy los siguen llevando en trabajos de hostelería hombres y mujeres; en la masonería el mandil masónico, atado a la cintura y con aspecto de sobre, es un símbolo muy relevante... Con todo, la prenda del delantal parece más típicamente asociada a lo femenino y a las tareas domésticas. Viajemos de León a Argentina; en 1920, cuando nació Concha Casado, ya estaba asentado en Buenos Aires el compositor madrileño Antonio Viérgol (1872-1935), responsable de alguno de los tangos de Gardel. Para una cantante argentina creó la canción «El delantal de la China», señalando con ese nombre de china a la mujer de rasgos indios. La tonada sigue escuchándose aún; se cuenta en ella cómo la prenda del delantal es depositaria de los secretos de una muchacha en amores: «Nadie se imagina / de qué modo sin igual / ese trozo de percal / con su dueña se acompasa. / ¡Lo que a la china le pasa, / se lo dice al delantal!».

Para algunos hablantes, mandil es el nombre del delantal de trabajo y delantal la forma de llamarlo cuando su uso es doméstico como el de la china de la canción; pero en general en español ambas voces han sido sinónimas y a menudo su uso depende meramente de la zona de procedencia; por ejemplo, en Andalucía occidental el uso de delantal es muy común mientras que Andalucía oriental (Jaén, parte de Granada y parte de Almería) emplea más la forma mandil, que yo, como sevillana, usaría poco, en cambio. Mandil es en Bolivia, Perú y Paraguay la bata que usan los estudiantes en los colegios o el personal sanitario en su trabajo; mandiles blancos son en Bolivia el sector sanitario de la medicina y la enfermería, o sea, justamente el de aquellos por quienes nos quitábamos los mandiles de cocina para salir a aplaudir eran también personal con mandil.

El delantal que para mí era la ropa más ajena a mi armario de ropa del trabajo fue para Concha Casado la mejor superficie de escritura y una herramienta fundamental de investigación; el delantal de guardar intimidades de la china es la bata blanca de trabajo con que se protegen quienes nos salvan del coronavirus. Cuando me ponga el delantal, seré consciente de que esa prenda humilde y útil forma parte de la vestimenta litúrgica de muchos profesionales que salvan vidas y salvaron palabras.

NAZIS Y PERONISTAS ORGANIZAN UNA CITA A CIEGAS

Cuento una historia de amor pero es en realidad una historia de política; ocurrió hace más de setenta años pero es una historia actual. Una porteña y un ucraniano, ambos judíos, se casaron en Estados Unidos en 1948. Los responsables de que se encontraran fueron Hitler y Perón. Los felices enamorados, Yakov y Rosa, se conocieron gracias a que alemanes y argentinos permitieron con desidia e inconsciencia que sus gobiernos fuesen liderados por gente sin escrúpulos.

M.ª Rosa Lida (1910-1962) fue una estudiosa de la literatura española y de sus fuentes clásicas, una medievalista sabia, con obras que seguimos leyendo en las facultades de filología y de historia. En mi opinión, fue la erudita que más interesantes notas a pie de página ha escrito, con un conocimiento construido sobre datos que hoy echamos de menos, cuando a veces el mundo académico hace triunfar lo inconsistente del aire frito. Por su parte, Yakov Malkiel (1914-1998) fue un gran lingüista, ocupado sobre todo de las raíces de las palabras. Sus trabajos eran muy analíticos: descomponía un vocablo como en una mesa de quirófano y exploraba su historia de vida, le sacaba los genes a cada una de las partes que se suman para formar voces.

La unión de ambas inteligencias en una vida en común es uno de esos matrimonios de académicos que se dan a veces en la historia de la ciencia. Pero indagar en la biografía personal de cada uno de ellos hasta que ocurre la boda es más una lección de política que de preámbulo amoroso.

Malkiel nació en Kiev en la época en que la actual capital ucraniana estaba bajo dominio ruso. A causa de la guerra civil rusa, su familia emigró a Alemania y allí Malkiel se forma en la Universidad de Berlín; pronto vio venir el odio antijudío y se marchó prudentemente a Estados Unidos: se salvó. Por su parte, Lida venía de una familia que había llegado a Argentina migrando desde el imperio austrohúngaro, estudia en la Facultad de Filosofía y Letras y se integra en el Instituto de Filología de Buenos Aires, un buque insignia de la solidez intelectual argentina que empezó a ser torpedeado a mediados de los años cuarenta por el gobierno peronista. En un clima de inquietud, ella saca la cabeza buscando un destino profesional fuera y acepta una beca para ir a Estados

Unidos: se salvó.

A veces la política empuja por la espalda a los ciudadanos, los lanza a una pedana de esgrima y cada cual acaba negociando con su nuevo escenario. Hablo de dos personajes a la altura de la excepcional romanística que se hacía entonces en Europa y en América, que vivían en un ambiente intelectual completamente desnivelado respecto al clima político miserable que los rodeaba. Ambos empezaron intercambiándose por carta publicaciones y preguntas profesionales; su correspondencia, editada hace unos años por Acantilado bajo el título Amor y filología, terminó siendo un epistolario amoroso, cortejador. Tras meses de amor por carta, se encuentran en persona por primera vez en Estados Unidos, se casan y ejercen en la Universidad de Berkeley. Esta, por cierto, tiene su escudo en azul y dorado, colores que, vistos de lejos, son muy parecidos a los de la bandera de la desdichada Ucrania.

ALMUDENA ES NOMBRE DE NOVELA

En clase leía con mis estudiantes un documento de divorcio del siglo XVIII donde se acusaba al gobernador de Cuba de estar en «pública mala amistad» con una mulata llamada «Caridad Rigores», un nombre real que ni Gabriel García Márquez, autor de grandiosos nombres literarios como los que impuso a los personajes de Nena Daconte, Juvenal Urbino o América Vicuña, hubiera imaginado mejor.

Entre las sorpresas que da la lectura de literatura antigua está la profunda resonancia connotativa que tenían los nombres propios asignados a los personajes. Entonces como ahora, había nombres que sonaban a moderno y a rancio, nombres que sonaban a ricos y nombres que sonaban a pobres, nombres con mucha personalidad y nombres neutros. Sin salir de esos tiempos lejanos, la comparación entre cómo se llamaba la gente en las partidas de bautismo y cómo se llamaban los personajes de la literatura y de los chistes confirmaba ciertas estereotipias. La vida se parecía a la literatura y la literatura a la vida, lo normal en este mundo donde vivimos contando y contándonos cosas.

Cuando Quevedo se inventó, él de su propia pluma, la palabra perogrullo para nombrar a alguien que proclamaba obviedades, lo hizo inventando el nombre de alguien llamado Pedro y Grullo en el apellido porque así sumaba los atributos para ser visto como una persona simple. Decía un refrán de los Siglos de Oro: «Con lo que sana Pedro, Sancho adolece» y así se consagraba el uso de Sancho como nombre de alguien sano y pío y mostraba la frecuencia de Pedro aún vigente hoy en los enunciados de los problemas de Matemáticas, en convivencia con el nombre de Juan, que lleva años usándose como ejemplo en las gramáticas porque desde el siglo XVI evocaba normalidad y bonhomía. El nombre de Rodrigo evocaba fiereza y testarudez: la deliciosa música de los cancioneros españoles hizo popular la copla de un tal Rodrigo Martínez que silbaba a los ánsares, empeñado en que eran vacas y no aves. Aldonza, que fue un nombre frecuente entre las señoras castellanas en la Edad Media, sonaba ya en el XVII a pueblo, por eso la amada de don Quijote escondía bajo el exotismo del apodo Dulcinea el nombre real de una labriega llamada pedestremente Aldonza Lorenzo. Los esclavos en el teatro eran llamados con frecuencia Blas y las esclavas Gila, a los caballeros los bautizaban Diego o a las damas Beatriz,

nombre que según algunos autores del XVII, solo podían llevar las hermosas. Carmen se sentía nombre de mujer fatal y heroica cuando Merimée en el XIX lo adjudicó a la heroína de su novela y una reina rumana de origen alemán llamada Isabel se lo puso como seudónimo en sus escritos literarios para firmar romántica y poéticamente como Carmen Sylva.

Acertaba Almudena Grandes cuando decía que Malena era nombre de tango en el título de su novela o cuando en Los aires difíciles ponía en boca de un personaje la idea de que el nombre de Nicanor «sonaba a chiste y sonaba a antiguo, a figurante sin frase en cualquier rancia comedia castiza». De alguna forma muy paradójica, para mí su nombre sonaba al aire fresco y vital de Rota y su escritura me removía como una ventolera.

DÉCIMA PARTE

EL ESPAÑOL ES UN MUNDO PROFESIONAL

La lengua es la herramienta básica de trabajo de cualquier profesional. Quien vende en el mercado escribe carteles y se comunica con los clientes hablando de precios y calidades; quien trabaja curando necesita palabras para comunicar diagnósticos y prescripciones; quien conduce un avión o un autobús necesita avisar con señales y palabras de las direcciones de su ruta. Todos trabajamos con palabras, la lengua es el instrumento de cualquier desempeño profesional. Pero además, hay profesionales que trabajan específicamente atendiendo a las lenguas, puliendo palabras, tocando con una mano las estructuras de un idioma y con la otra abrazando sus equivalentes en otro. Los traductores, los correctores y quienes, como los periodistas, se ganan la vida escribiendo son una parte de esos hablantes que ven en el español su mundo profesional. Merecen su sitio en este libro sobre los mundos del español.

LOS ARCHIVOS: JANO NO PIDE ADUANAS

El dios de los archivos es Jano, deidad de las puertas en la religión de Roma. Se representa con dos caras, cada una mirando a un perfil. Jano bifronte, patrón de los principios y de los finales, figura en el logotipo del Consejo Internacional de los Archivos (International Council on Archives) como su patrono secular. La razón es poética e impecable: Jano conoce el pasado pero mira hacia el futuro, como hacen los archivos, estandartes del pretérito en el presente.

Los archivos son lugares bifrontes. Como entidades, viven en un doble tiempo, ya que custodian hoy documentos originales que han surgido de una actuación de ayer: manuscritos que pueden contener cartas privadas, declaraciones judiciales, quejas a una institución, testamentos, inventarios de bienes o huellas de los distintos procesos administrativos que iniciaron nuestros antepasados tiempo atrás. Como lugares de conservación, las jambas de los archivos sostienen simbólicamente una puerta que también abre a los dos lados: hacia dentro, en los depósitos, se guarda lo que merece ser protegido y resguardado por su forma, por su valor histórico y monetario así como por su materialidad, a menudo frágil; hacia fuera, en las salas de consulta o a través de una conexión a Internet, los investigadores observan material o digitalmente aquello que se guarda, los fondos que merecen ser estudiados.

La diversidad de titularidades de los archivos es, por último, otro cuadro de bifrontismo, que tiene en España consecuencias inmediatas. Nuestro país oscila entre disponer de archivos públicos con catálogos cumplidos y amplias cantidades de documentos digitalizados (la valiosa Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional o el inmenso portal Pares del Ministerio de Cultura y Deportes son una constatación de ello) y contar con otros centros (de gestión no pública en general: privada, eclesiástica...) que, faltos de horizontes, a veces parecen empeñados no tanto en proteger sus documentos sino en protegerse de los investigadores que necesitamos consultarlos.

Quienes vamos a un archivo a buscar documentación asumimos las exigencias casi aeroportuarias que se requieren, del mismo modo que se padece la arena caliente que cruzamos ante la promesa de la mar helada. Toda prevención es poca, pero Jano no pide aduanas tan caprichosas como las que a veces levantan

algunos responsables de archivos (me niego a llamarlos con el ilustre nombre de «archiveros») que confunden archivo con museo y patrimonio con pertenencia.

No puede ser que tras viajar muchos kilómetros para consultar unos fondos, el responsable de guardarlos nos ofrezca verlos en un facsímil (algo así como una fotocopia a color de mucha calidad) o nos fije un horario de consulta salido del teatro de los absurdos. No puede ser que estemos sin mascarillas pero algunos archivos sigan con la excusa de que las salas de consulta han de estar cerradas por el coronavirus. Es descorazonador que se mezcle despotismo y nepotismo para negar el acceso a los documentos. Resulta inadmisible que el éxito de una investigación que incluye una fase de archivo dependa de que los investigadores caigamos en gracia al custodio y que tengamos que ser augures de los semblantes del privado, como se lamentaban los viejos versos a Fabio.

Aparte de creer en la protección del dios Jano o de rezar a san Benito de Nursia, santo de los archiveros, no hay mejor patrono para los documentos antiguos que una buena administración de las entidades que los custodian. La gestión del patrimonio documental español tiene que esforzarse en ayudar a los investigadores para que el acceso a los archivos públicos sea lógico y para que las tarifas de copia o digitalización sean justas; en cuanto a los archivos de manos privadas, la recepción de ayudas y subvenciones debería estar unida siempre a que estos censen sus fondos y digitalicen (¡al menos!) sus catálogos. Si el presupuesto de una entidad privada es escaso (lo entiendo y nada objeto), debe ser igualmente escasa su tendencia a retener documentos que en otro lugar o con otra titularidad se cuidarían mejor. Igual que muchas familias se han desprendido de casas que no podían administrar, quienes no puedan administrar sus fondos documentales deben tramitar su cesión al estado y este debe pagarles en reciprocidad. El Archivo Histórico de la Nobleza, de titularidad estatal, se ha levantado a partir de fondos de casas nobiliarias españolas, y está siendo un buen ejemplo de gestión que debería animar a abrir las manos a más entidades privadas poseedoras de documentación.

Un país con una historia textual tan amplia como España no puede caer en el error de creer que solo la piedra y los lienzos son patrimonio. Los documentos son también monumentos, textos que se consultan y textos que se admiran. Entiendo esa doble faz; entiendo que Jano se evoque en el acceso a los archivos recordándonos esa dualidad, pero, con todos los respetos exigidos, los investigadores queremos franquear la puerta y tenemos derecho a ello.

TERRAPLANISMO Y ETIMOLOGÍA

La sentencia «carne dada a los gusanos» figuraba en las sepulturas romanas como CARO DATA VERMIBUS, a menudo abreviada en sus tres sílabas iniciales, lo que dio lugar a la palabra cadáver. El bello pueblo de Toro, al sureste de Zamora, se llama así porque en su territorio fue encontrado un animal de piedra con esa forma. Unas niñas pretenciosas de Cádiz, de la familia Sicur, inspiraron, con la vuelta al revés de su apellido, el adjetivo cursi. La palabra desidia deriva del plural desideria, porque el exceso de deseos nos provoca fastidio. Qué historias tan curiosas... y qué profundamente falsas.

Cursi posiblemente deriva de un vocablo del árabe marroquí. El étimo (o palabra origen) de desidia es el latín DESIDIA, que significa pereza. De la misma lengua proviene cadáver: nunca existió esa suma de siglas. El topónimo Toro deriva de CAMPI GOTHORUM, tierras de godos, aunque en el escudo de Toro haya un toro (igual que en el de León hay un león, por más que su nombre derive de la LEGIO SEPTIMA romana).

Cuando no hay ciencia, la imaginación tiene menos esquinas que sortear y estira a placer sus piernas de ficción y fábula. Los que no creían en la existencia de una pandemia ni en la protección de las vacunas generaron teorías conspirativas tan elaboradas que terminaron funcionando como un edificio mitológico autosostenido. Pero no solo el coronavirus despertó ideas anticientíficas, acientíficas o pseudocientíficas. El mismo grado de atrevimiento y de terraplanismo se da ante otras disciplinas, que también sufrimos el pensamiento creativo de iluminados que desconfían del estudio de años y pretenden suplantarlo por la primera idea peregrina que les viene a la cabeza.

Desde que la inquietud por la lengua dejó de ser una curiosidad, se convirtió en una disciplina cuyo núcleo es el tiempo: la historia. Y la historia lingüística se equipó desde el siglo XIX con un conjunto de técnicas que estudian como parte de la ciencia filológica la etimología. Esta trata de encontrar la raíz de un vocablo, la lengua en que se originó y la cadena de cambios por los que ha atravesado hasta llegar a su forma actual. Para ello, se usan datos comparativos y se confrontan las evoluciones con palabras de similar estructura y fonética. Hay un signo especial, el asterisco, que la etimología usa para marcar que una palabra

no está documentada pero debió de existir como estado intermedio entre un étimo y un resultado. Llevar asterisco es muestra de hipótesis pero no de invención.

En la Edad Media las etimologías eran casi propuestas místicas: nuestros antepasados veían simbolismo y alegoría en cada palabra. Todavía hoy, muchos tratan de defender por la vía etimológica el ascendiente mítico de su pueblo, la raíz etnográfica de su disidencia política o alguna historieta local simpática. Es descorazonador ver que se vuelven a defender hipótesis etimológicas absurdas que fácilmente se podrían desmontar consultando nuestro completo diccionario etimológico (el de Corominas y Pascual) o los materiales ya publicados del Diccionario histórico de la Real Academia Española.

Étymos significa 'auténtico' en griego. Yo podría fantasiosamente inventarme otro origen para defender que étimo proviene del palíndromo «omite ese étimo», leído igual al derecho que al revés. Y «omite ese étimo» es lo que pienso decir con gesto de palmetazo de dómine cada vez que alguien me vuelva a esgrimir un terraplanismo etimológico.

ONCE MIL VÍRGENES, PERO NINGÚN CORRECTOR

Las vidas de santos y los relatos de milagros fueron lectura queridísima para nuestros antepasados. Los santos eran torturados con vileza, pero resistían, se enfrentaban con desenvoltura dialéctica a sus torturadores, guardaban su dignidad incólume y a veces eran ayudados por las nubes, los árboles o los rayos. El aliento de esa escritura de los prodigios se deja ver hasta la literatura actual: el realismo mágico que nos fascinó de la (nueva entonces, ya clásica) narrativa hispanoamericana hundía sus raíces en esas historias asombrosas de paranormalidad que hoy la televisión nos sirve cocinada en otros platos: los programas sobre hechos misteriosos y retos extremos o los reportajes sobre fenómenos meteorológicos desbocados. Consumimos, pues, la misma comida de ficción de nuestros antecesores, a los que sin embargo hacemos más crédulos e inocentes que nosotros.

Entre esas historias, a mí me causa particular ternura la de santa Úrsula de Colonia, la joven del siglo IV que, volviendo de Italia, fue martirizada en Alemania por las tropas de Atila. La narración de la leyenda aporta otros detalles: había ido a Roma para consagrar sus votos de virginidad y no peregrinaba sola sino con otras once doncellas. Pero alguien equivocó en algún momento la historia, y este error se explica a través de varias hipótesis: una de ellas es que cinco siglos después de santa Úrsula, un copista escribió en latín el número XI para hablar de las once vírgenes en la frase «XI m virginum», con una m que significa mártires (once vírgenes mártires) pero que fue leída y copiada de nuevo como once mil vírgenes. La historia de las once mil vírgenes se extendió en las crónicas y la iconografía: cuadros y grabados europeos medievales representaron desde entonces a Úrsula rodeada de cientos de figuras, asentando la idea de que la masacre de los hunos aniquiló a once mil y no a once acompañantes.

La ficción de las once mil vírgenes es tan disparatada en su número como comprensible en su origen: un clásico error humano de copia. Alguien transcribió mal, alguien interpretó mal. Hoy se siguen dando estos errores, más peligrosos cuando lo que se vicia es un mensaje que no debe ser incorrecto, ambiguo o desmañado.

No hubo once mil vírgenes, fueron muchas menos. Y a la inversa pasa con los correctores de texto y de estilo: debería haber muchos miles más de los que hay; empresas y organismos tendrían que estar comprometidos con el cuidado lingüístico. Escribir bien no es un capricho elitista y disponer de buenos correctores de texto y estilo no es un lujo. En un mundo donde los asesores nos aleccionan con que tenemos que saber vendernos, cultivar nuestra marca personal y elegir con esmero los colores de nuestro logo, subestimamos en ocasiones un elemento inmediato y trascendente: la marca lingüística cuidada, que no solo interesa a quienes trabajan en el mundo del libro sino a cualquier empresa que escriba, o sea, a todas. Estoy hablando de correctores profesionales, debeladores de la chapucería o del despiste. Si Úrsula Iguarán, la matriarca de Cien años de soledad, era el personaje de la cordura y la racionalidad en la novela, estos correctores son las tomas a tierra de nuestros textos, las Úrsulas que revisan que no se nos disparaten las letras.

LOREM IPSUM

Es una cadena de palabras bastante común, la vemos muy frecuentemente pero nadie se detiene en ella. No significa nada. La frase fue generada por los impresores del siglo XVI recortando letras a una sentencia de Cicerón que hicieron, a un tiempo, incomprensible y célebre. La frase era «neque porro quisquam est qui dolorem ipsum quia dolor sit amet, consectetur, adipisci velit» (o sea, 'tampoco hay nadie que ame, persiga y quiera alcanzar el dolor mismo porque sea dolor') y es el origen de «lorem ipsum dolor sit amet», la cadena de caracteres que emplean los diseñadores gráficos para rellenar blancos si quieren mostrar cómo queda un formato o un tipo de letra antes de insertar el texto definitivo. «Lorem ipsum», repetido cuantiosas veces, está en muchas webs en formación, en borradores de carteles y en propuestas de portadas.

Nadie compraría un libro lleno de páginas con ese mensaje ni se informaría en un medio que contuviera esta cadena ininteligible de palabras vacías, pero no es disparate prever un futuro lleno de lorem ipsum si atendemos a nuestro comportamiento lector de los últimos años. Como consumidores de textos y alentados por las empresas que someten sus contenidos al tráfico de internet, tendemos a navegar por la red al ritmo de atracción y sugerencia que nos dan los titulares, a veces sin clicar para ver el interior de los textos, a veces surfeando por ellos, leyendo en diagonal, sin que la ola de palabras nos roce apenas.

Que el título suponga un importante elemento en nuestra atención como lectores o que incluso pese sobre nuestra forma de interpretar los textos que están bajo él es un fenómeno propio de la sociedad moderna, completamente distinto y novedoso respecto a la forma de leer que tenían nuestros antepasados. En la Edad Media, los libros, entonces no impresos sino manuscritos, carecían de título, aunque sí tenían por lo general en su primera frase un aviso de su forma textual y de su contenido: aquí empiezan las coplas..., principia el libro de..., este es el tratado sobre... Los modernos historiadores de la cultura fueron, de hecho, poniéndoles título a las viejas obras medievales: en 1898 Menéndez Pidal llamó Libro de buen amor a los versos alcahuetes y faltones de un arcipreste del siglo XIV que nos regaló una gran obra literaria; el Poema de mio Cid, cuya primera página está perdida, empieza con un verso («de los sus ojos tan fuertemente llorando») impactante e inesperado, pero nos queda la intriga de cuál sería su

verdadero inicio.

Hoy tenemos títulos por la acción de la imprenta, que generalizó el uso de portadas, grabados y rótulos en las páginas de los libros y terminó haciendo sistemática la práctica de titular. Un efecto interesante de la popularización de la prensa en el siglo XIX fue la convivencia de distintos títulos dentro de una misma plana. Los titulares se hicieron tan importantes que se convirtieron casi en un epítome de los medios de comunicación: «lo dicen los titulares», señalamos, para significar que algo lo dicen los medios, ni siquiera solo la prensa.

Paradójicamente, los primeros periódicos no eran abundantes en titulares, incluso contenían noticias o apartados sin título. Las cosas han cambiado mucho: el hipertexto, la lectura en línea, ha dado lugar a la absoluta obligatoriedad técnica del titular. En este nuevo orden, el titular es tan importante que para muchos lectores y gestores es lo único importante, de manera que parecemos estar derivando en una conversión de lo escrito en mero relleno de los titulares, en lorem ipsum inevitables que son encabezados por el titular al que se concede el privilegio del tamaño y la exclusividad de nuestra atención. En la era actual, eso que llaman clickbait no nos habla ya de textos sino de contenidos, apartados de la exigencia discursiva de coherencia y globalidad que se reclama a un texto frente a la polimorfia que se puede permitir a unos contenidos; no se habla de leer sino de clicar.

Es normal que un diseñador gráfico considere el texto como un relleno: preocupado por el aspecto final, por el encuadre de los títulos, tiene a las palabras como una mancha de caracteres que disponer. Pero si desequilibramos en la prensa el peso de los titulares y como lectores nos quedamos en su lectura, sin sumergirnos a nadar en el cuerpo, estaremos propiciando una prensa llena de textos que podrían ser meros rellenos.

Los titulares llamativos son como bañistas de pie en el agua, braceando para captar la atención de los lectores que estamos en la costa y que no podemos ver la desigual hondura de cada parte de la playa. Para comprobar la profundidad, los lectores tendríamos que zambullirnos, nadar y esclarecer si esa llamada de atención que era el titular nos ha llevado a un olvidable baño de relleno y lorem ipsum o a un texto honesto, controvertible pero riguroso en intencionalidad y datos.

No he dicho, por cierto, que esa frase de Cicerón de donde sale el galimatías del lorem ipsum procede de la obra Sobre los límites del bien y del mal (De finibus bonorum et malorum). Y ese es el reto: ponernos límites como lectores ante lo que vacuamente pretende llamar nuestra atención.

ESO QUE USTED LEE EN LA PRENSA

Los textos que usted lee en la prensa se insertan en un tipo de comunicación que ha sido durante décadas un gran pilar para la lengua y la literatura. El periodismo nos parece ahora una parte más de nuestra vida: eso que llamamos «los medios», que abarca en la actualidad novedosamente a las redes sociales y que antes incluyó otros elementos innovadores como la televisión o la radio, fue en su primera manifestación un periódico impreso, algo que ya solo algunos empeñados seguimos comprando sin miedo a la sombra de tinta en los dedos.

La escolarización ha sido, tristemente, un capítulo tardío de nuestra historia letrada, e incluso cuando se hizo general y obligatoria, suponía un periodo muy corto en la vida de los individuos. Para la mayoría de los españoles, la prensa era la fuente que manaba noticias y que las hacía correr entre quienes sabían leer, que a su vez, en ocasiones, las leían colectivamente a otros. Y esa práctica de lectura diaria eran las únicas letras que, en muchos casos, unos abordaban y otros miraban sin saber descifrar; entender los titulares era el gran logro de quienes con esfuerzo y de adultos conseguían aprender a leer. Sé que muchos se enfadan, y con razón, cuando el periodismo hace un uso inadecuado de una palabra o cuando una falta de ortografía salpica y desmerece una de estas hojas volanderas hoy digitales. Modernos catones, la responsabilidad lingüística de los periódicos es tan grande como su difusión.

El periódico ha sido, además, la escuela de escritura de muchos autores que hoy consideramos figuras de la literatura pero que fueron periodistas en sus inicios. En América, el periodismo curtió a Roberto Arlt en la crónica policial, a Gabriel García Márquez lo sensibiliza en el retrato de personajes al hacer crítica de cine; en España, Miguel Delibes se fortalece en el reporterismo, en la fotografía de personajes y hechos que se hacían escenas y cuadros en alguna de sus rotundas novelas. Al calor de esas herramientas de viejo periodista (la linotipia, la teja, el chibalete) se levantaba invisible el laboratorio de muchos de nuestros escritores, su escuela. La escritura era un trabajo alimenticio que los nutría también de temas y de recursos.

La prensa escrita ha sido, pues, una parte de la educación informal de muchos lectores y una parte del entrenamiento en la escritura de muchos novelistas.

Estoy defendiendo que lo que usted lee en pantalla o en papel ha sido la cartilla de numerosos hispanohablantes y también el vivero de un buen número de nuestros autores. Y esto pasa porque la escuela, siendo enorme y fundamental, no es la única que enseña a leer; la tinta negra del periodismo ha sido involuntariamente una tiza, el papel sábana ha sido pizarra, hay mucha trama novelística escondida en algunas piezas de prensa. Las rotativas iban echando libros de texto con forma de periódico y seguramente ni los propios profesionales eran conscientes de ello. Al celebrar el Día de los Periodistas, cada 24 de enero, día de San Francisco de Sales, celebramos también de alguna forma el día de la lengua y de la literatura.